

ISSN 1870-4697

PUBLICACIÓN BIMESTRAL / ENERO-FEBRERO, 2007 / AÑO I / NÚM. 03

FOLIOS

PUBLICACIÓN DE DISCUSIÓN Y ANÁLISIS



IEEJ

INSTITUTO ELECTORAL DEL ESTADO DE JALISCO

www.iej.jalisco.gob.mx

► Nuevos rostros de lo político

JOSÉ WOLDENBERG

SERGIO ORTIZ LEROUX

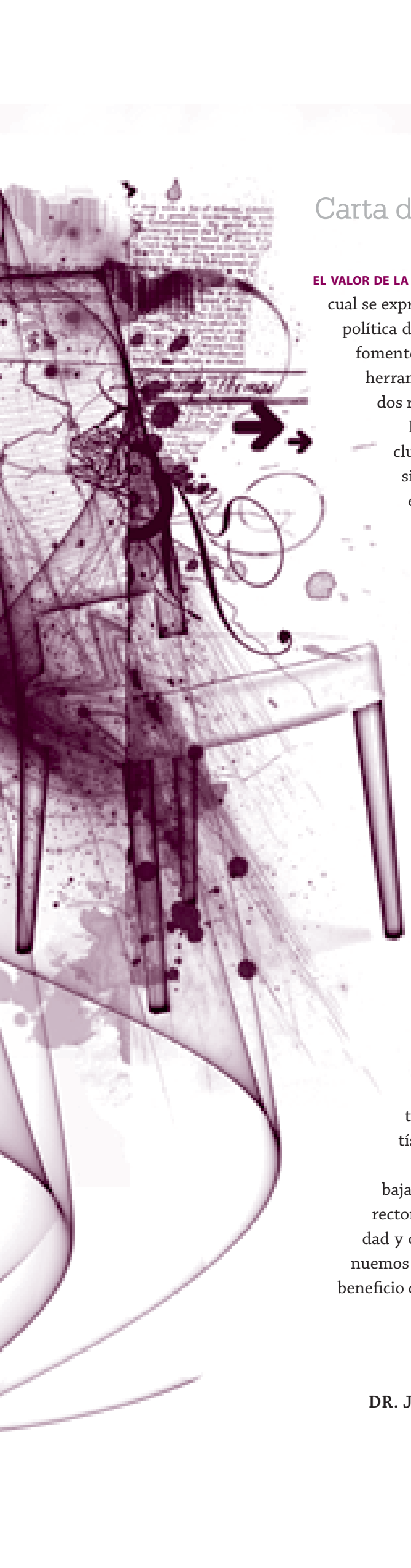
MARÍA ANTONIA MUÑOZ

SILVANO CANTÚ

ÁNGEL SERMEÑO

ARTURO SANTILLANA ANDRACA

ABEL GALVÁN pintor, *Suplemento Artes*



Carta del Consejero Presidente

EL VALOR DE LA INFORMACIÓN en una democracia participativa, a través de la cual se expresa una pluralidad de opiniones, es fundamental en la vida política de nuestro país, ya que comunicar a la ciudadanía ideas que fomenten la cultura cívico-electoral y democrática, proporciona las herramientas teóricas que contribuyen a construir criterios sólidos respecto del acontecer público en Jalisco y en México.

Para el Instituto Electoral del Estado de Jalisco, el año concluido deja una serie de logros y aprendizajes así como un sinfín de retos, ya que representó un avance importante en el ámbito de la difusión de información de temas cívico-políticos, dando así origen a la edición de *Folios*. En este 2007, el reto y el compromiso con la sociedad jalisciense es aún mayor ya que pondremos al alcance de toda la ciudadanía publicaciones que contengan enfoques diversos y que cuenten con participaciones de estudiosos en esta materia, los cuales sin duda, serán dignos de la calidad de sus lectores.

En este tercer número de *Folios*, se presentan diversas opiniones en donde convergen criterios heterogéneos, sin embargo, estos son los que permiten la discusión y el análisis de temas fundamentales en la vida político-electoral de nuestro país y nuestro Estado, fomentando así, ejercicios de pluralidad y tolerancia, con el fin de alcanzar el adecuado e informado desarrollo de la sociedad mexicana.

Hacemos un reconocimiento a todos aquellos que participaron en esta edición con aportaciones de primer nivel: José Woldenberg, Sergio Ortiz Leroux, María Antonia Muñoz, Silvano Cantú, Ángel Sermeño, Arturo Santillana Andraca y Hugo Luna Vázquez, así como las participaciones especiales en el suplemento de artes, de Oscar Marrón, y en la Biblioteca de Alejandría, de Flavia Freidenberg.

Asimismo, hacemos un reconocimiento especial al pintor Abel Galván por exponer parte de su magnífica obra artística en este tercer número de *Folios*.

En el Instituto Electoral del Estado de Jalisco estamos trabajando con objetivos claros y siempre bajo nuestros principios rectores: certeza, legalidad, independencia, imparcialidad, equidad y objetividad; siguiendo esta premisa, los invito a que continuemos trabajando con el fin de edificar una cultura cívica sólida en beneficio de nuestra entidad.

Saludos cordiales

DR. JOSÉ LUIS CASTELLANOS GONZÁLEZ
CONSEJERO PRESIDENTE



FOLIOS ES UNA PUBLICACIÓN
BIMESTRAL DE DISCUSIÓN Y
ANÁLISIS EDITADA POR EL INSTITUTO
ELECTORAL DEL ESTADO DE JALISCO

ENERO-FEBRERO, 2007

DIRECTORIO

Doctor José Luis Castellanos González
CONSEJERO PRESIDENTE

CONSEJEROS

Licenciada Rosa del Carmen Álvarez López
Licenciado Víctor Hugo Bernal Hernández
Licenciado Sergio Castañeda Carrillo
Licenciado José Tomás Figueroa Padilla
Licenciado Armando Ibarra Nava
Licenciado Carlos Alberto Martínez Maguey

Licenciado Manuel Ríos Gutiérrez
SECRETARIO EJECUTIVO

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Licenciado Efrén Flores Ledesma (PAN)
Licenciado Alfonso Gómez Godínez (PRI)
Licenciado Ismael del Toro Castro (PRD-PT)
Licenciado Hugo Valdivia Ochoa (PVEM)
Contador Público José Jaime Ayala Ponce
(CONVERGENCIA)
Licenciada Elsa Cristina Stettner Terrazas
(ALTERNATIVA SOCIAL DEMÓCRATA Y
CAMPESENA)
Licenciada Lizet Gámez Ferrero
(NUEVA ALIANZA)

REVISTA FOLIOS

Víctor Hugo Bernal Hernández
DIRECTOR GENERAL
director_folios@ieej.org.mx

Alejandro Vargas Vázquez
DIRECTOR EDITORIAL
editor_folios@ieej.org.mx

CONSEJO EDITORIAL

Ivabelle Arroyo
Jaime Aurelio Casillas Franco
José de Jesús Gómez Valle
Juan Luis Humberto González Silva
Mario Edgar López Ramírez
Martín Mora Martínez
Sergio Ortiz Leroux
Gabriel Pareyón
Moisés Pérez Vega
Héctor Raúl Solís Gadea

Karla Stettner Carrillo
SECRETARIA TÉCNICA

Juan Jesús García Arámbula
DIAGRAMACIÓN Y ARTE DIGITAL

Los artículos y la información contenida
en la revista *Folios* son responsabilidad
de sus autores. El Instituto Electoral del
Estado de Jalisco es ajeno a las opiniones
aquí presentadas. Se difunden como parte
de un ejercicio de pluralidad y tolerancia.

Título de portada: "Hope is my Hope"
Acrílico sobre tela / 150x200 cm

CONTENIDO

3

El malestar en relación a la política

» JOSÉ WOLDENBERG

13

**Crisis de la República: ¿reforma o
refundación del cuerpo político?**

» SERGIO ORTIZ LEROUX

22

**El concepto de lo político y las luchas
democráticas**

» MARÍA ANTONIA MUÑOZ

32

**Un café con Hannah Arendt.
Aproximaciones a lo político desde la
cafecultura**

» SILVANO CANTÚ

40

**Transformaciones y desafíos de la teoría
democrática contemporánea**

» ÁNGEL SERMEÑO

55

*Suplemento
Artes*

» ABEL GALVÁN

57

Microfísica de la legitimidad

» ARTURO SANTILLANA ANDRACA

64

Política

Vinos de cuento

» HUGO LUNA VÁZQUEZ

67

*Biblioteca
De Alejandría*

Dieter Nohlen

Diccionario de Ciencia Política

» FLAVIA FREIDENBERG

Nuevos rostros de lo político

En este *dossier* de *Folios* queremos descifrar “los nuevos rostros de lo político”. La novedad de esta dimensión de la vida pública se encuentra en el debilitamiento de las fronteras entre el ámbito del Estado y la esfera de la sociedad. En efecto, lo político moderno se articula a partir de un proceso contingente y simultáneo: la desestatización de la política y la politización de la sociedad, vale decir, la expropiación de la política a los políticos profesionales y su recuperación por parte de la sociedad civil que es vista como una esfera pública. De ese proceso queremos dar cuenta en esta entrega de *Folios*. Para ello, hemos preparado un *dossier* de doble entrada que esperamos sea del agrado de nuestros lectores: por un lado, una entrada teórica, que da cuenta de las metamorfosis del concepto moderno de lo político; y, por el otro, un acceso empírico, que ofrece claves para poner en escena la esfera de lo político moderno. Dentro del horizonte teórico, María Antonia Muñoz ofrece un sugerente texto sobre las potencialidades democráticas del concepto de lo político a partir de las aportaciones de dos destacados teóricos políticos: Ernesto Laclau y Jacques Rancière.

Ambos retoman el concepto de lo político como un proceso oblicuo que desborda el encapsulamiento que la sociología y la ciencia política positivistas han realizado acerca de la política. Arturo Santillana Andraca, por su parte, presenta una aproximación novedosa al problema de la legitimidad: más allá de la famosa tipología weberiana de las formas de legitimidad, se encuentra la “microfísica de la legitimidad” elaborada por Michel Foucault. Dicha legitimidad se reproduce cotidianamente en la subjetividad y en la intersubjetividad. Finalmente, pero no al último, Ángel Sermeño presenta un panorama general sobre las transformaciones y desafíos que enfrenta la teoría democrática contemporánea, a la luz de procesos como la modernización y globalización; las nuevas expresiones del conflicto social; y los dilemas y presiones de la democracia.

En el contexto de la puesta en práctica de la dimensión de lo político, José Woldenberg realiza un minucioso análisis en torno al desencanto de la política; Sergio Ortiz Leroux ofrece una clave de lectura de la crisis política que atraviesa actualmente nuestro país a partir de su diagnóstico como una crisis de Estado, no como una crisis postelectoral, que podría atenderse si se refundan las bases de la República. Silvano Cantú, por su parte, recupera categorías centrales de la filosofía política de Arendt: labor, trabajo y acción, para dar cuenta de la dimensión de lo político en el campo particular de la cafecultura. Sirva este trabajo, como un sencillo (y un poco tardío) homenaje que los editores de esta revista hacemos a la bella Hannah Arendt (1906-1975) en el centenario de su natalicio.



JOSÉ WOLDENBERG*

El malestar en relación a la política



AL INTENTAR ESCRIBIR ALGUNAS NOTAS en torno al tema tan actual de la democracia en México apareció con fuerza un fenómeno que tiñe nuestro espacio público: el malestar con relación a la política. Me parece pertinente, entonces, intentar rastrear sus nutrientes.

ES NECESARIO VIVIR EN EL MAYOR AISLAMIENTO; no leer diarios o revistas, ni escuchar la radio o ver la televisión; carecer de familia y de amigos, para no tener referencia del fenómeno siguiente. Se trata de un malestar general, que se expresa como una ola expansiva, hacia los partidos, los políticos, los cuerpos legislativos, es decir, hacia la política. Los adjetivos que comúnmente la acompañan no suelen ser nada halagadores.

LO MÁS PARADÓJICO, en nuestro caso, es que fue la política la que logró conducir a buen puerto un proceso de tránsito democrático, que estuvo sembrado de enormes retos y dificultades. En diferentes momentos, los políticos, los partidos, los gobiernos y el Congreso supieron estar a la altura de las exigencias, y fueron capaces de diseñar un cauce para el encuentro y recreación de las diferentes fuerzas políticas, y de generar leyes e instituciones que han permitido la coexistencia de la diversidad en la esfera pública. Al parecer, no fue poco, pero con seguridad no fue del todo suficiente.

EL MALESTAR QUE PRODUCE LA POLÍTICA es un fenómeno no circunscrito a nuestras fronteras, sino que se presenta en la mayor parte de los países de América Latina, precisamente en el momento en que parecía que el continente dejaba atrás regímenes militares y autoritarios. Es así que el desencanto con la política puede convertirse en un desencanto con la política democrática, dado que son los instrumentos de esta última (políticos, partidos y parlamentos) los que se encuentran más cuestionados. Dante Caputo, ex canciller argentino y coordinador del Informe Regional sobre el Estado de la Democracia en América, encargado por la ONU, así lo decía hace algunos meses: "...un 60 por ciento de latinoamericanos considera que la democracia es el mejor sistema, pero el 50 por ciento de los encuestados en 18 países expresan que estarían dispuestos a apoyar un régimen militar si éste trajera solución a sus problemas económicos. Más grave aún, del 60 por ciento que adopta a la democracia como el mejor sistema, la mitad estaría dispuesta a aceptar un régimen autoritario si éste trajera solución a sus problemas económicos".

* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y director de la revista Nexos. Ex consejero presidente del Instituto Federal Electoral.



NO SE TRATA DE SUBRAYAR ARTIFICIALMENTE LAS TINTAS, puesto que a pesar del desgaste en la percepción positiva hacia la democracia, no parece emerger un modelo alternativo, pero el deterioro de la imagen de los instrumentos de la política democrática no puede pasarse por alto, porque puede ser caldo de cultivo de fenómenos autoritarios.

LOS NUTRIENTES de ese malestar son múltiples y variados, pero a mí se me ocurren, por lo pronto, tres de ellos.

- 1) **LA SOBREVENTA DE EXPECTATIVAS.** Las luchas por la democracia al parecer despertaron una gama de ilusiones que iban más allá de las metas razonables que ésta puede alcanzar; o, para decirlo de otra manera, la democracia, como forma de gobierno, ayuda a resolver dos problemas medulares de toda sociedad masiva y compleja: la construcción de una fórmula legítima para elegir gobernantes y la edificación de un espacio que permita la coexistencia y competencia de la pluralidad política que la cruza. No obstante, nunca faltaron los discursos que hacían de la democracia una especie de tierra prometida donde, por arte de magia, los problemas serían resueltos. La democracia aparecía como un sombrero de mago capaz de desterrar no sólo los métodos autoritarios de gobernar sino, además, la pobreza, la marginación, el atraso, la tontería. Sobra decir, por qué esa sobre oferta no puede causar sino desencanto.
- 2) **LA FALTA DE CRECIMIENTO ECONÓMICO.** América Latina es, en lo fundamental, democrática, pero es una zona del planeta inmensamente pobre y la más desigual de todas. Los rezagos en materia de salud, alimentación, vivienda, educación, empleo, resultan oceánicos, y lo que es peor, se han ahondado en los últimos veinte o veinticinco años. Diagnósticos sobre lo que ha sucedido, sus causas y culpables, hay muchos, pero lo cierto es que los procesos de redemocratización o de construcción democrática han sido acompañados de estancamiento económico y crisis recurrentes que han impactado de manera negativa las condiciones de vida de los más y han ensanchado las desigualdades sociales. En ese escenario, las respuestas de los ciudadanos a las que hace alusión Dante Caputo, encuentran nutrientes profundos. Porque racionalmente se puede explicar que los frutos de la democracia tienen que ver con los espacios de libertad, la coexistencia de la diversidad, la mecánica de mayoría y minorías y los métodos para generar y sustituir gobiernos, pero si las condiciones de vida de las grandes mayorías continúan degradándose, el aprecio por la fórmula de gobierno tiende a erosionarse. Esa falla estructural de nuestros países es quizá el tema más relevante de la agenda (si es que existe algo así).

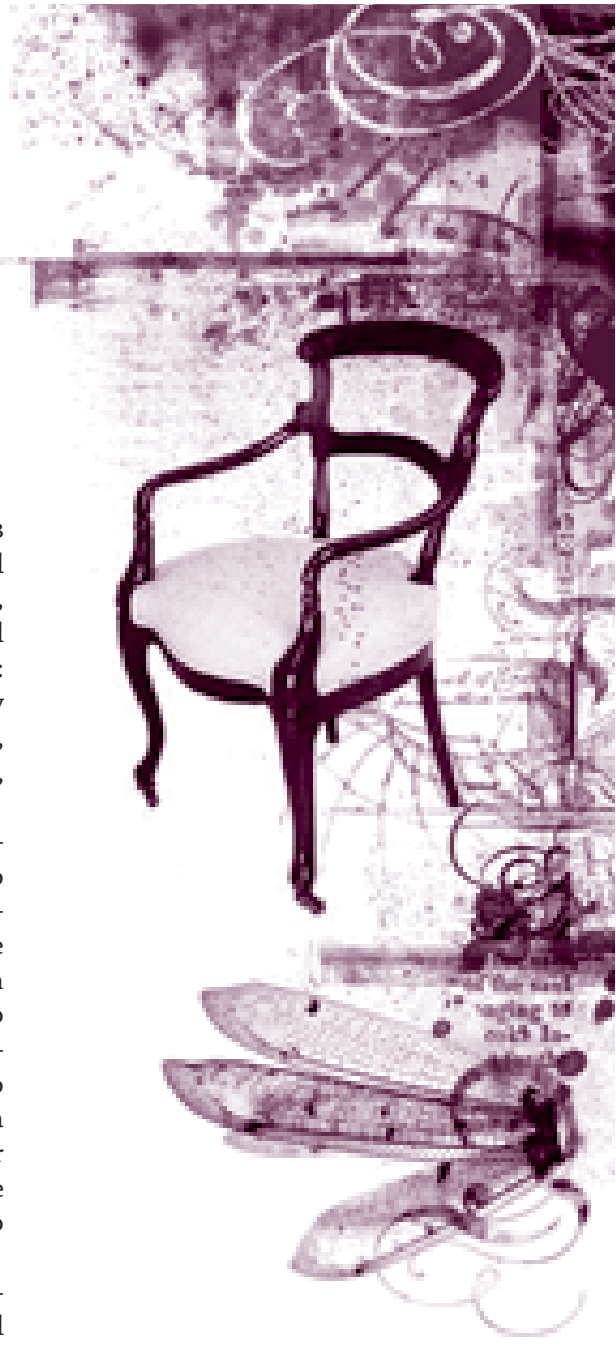
DURANTE LARGOS CINCUENTA AÑOS la expectativa de los padres fue que sus hijos alcanzarían un mejor nivel de vida que ellos, y esa ilusión, en lo fundamental, se cumplía. En los últimos veinte años esa expectativa se ha convertido en su contraria: se espera que los hijos vivan peor que los padres, y en la mayoría de los casos se cumple. Una explicación fundamental se encuentra a la mano: entre 1933 y 1981 la economía mexicana creció a una tasa anual promedio del 5 por ciento. De 1982 a la fecha el crecimiento promedió anual ha sido de alrededor del 2 por ciento.

JOSÉ I. CASAR Y JAIME ROS nos recuerdan que entre 1940 y 1981 el PIB por habitante creció en 3.2 por ciento anual; mientras que de 1982 al año 2003 lo hizo sólo al 0.6 por ciento. (“¿Por qué no crecemos?”, *Nexos*, octubre 2004, p. 57). Algo similar nos informa Carlos Tello Macías. El crecimiento del PIB por persona anual por quinquenios fue el siguiente: entre 1965 y 1970, 3.5 por ciento; entre 1971 y 1976, 3.0; entre 1977 y 1982, 3.3 y a partir de ahí un quiebre espectacular: entre 1983 y 1988, 2.1; entre 1989 y 1994, 1.9; entre 1995 y 2000, 1.6, y de 2001 a 2003, 1.5 (“Transición financiera en México”, *Nexos*, agosto 2004, p. 22).

DE TAL SUERTE, que las posibilidades de mejorar las condiciones materiales de vida se han trastocado de manera profunda. De un largo período de crecimiento económico sostenido que suponía un progreso en la situación de las familias, pasamos a un estancamiento que produce erosión de la vida diaria. Y por supuesto, con ello también los humores públicos han cambiado. En términos personales, pero también sociales, las expectativas, las ilusiones, las perspectivas, tienen un peso fundamental en las conductas. Unas serán el resultado de aspiraciones que de manera gradual se cumplen (por ejemplo, la aspiración de elevar el nivel de escolaridad de los hijos) y otras, por supuesto, la de ensueños que se frustran (por ejemplo, la idea de que luego de un título universitario las posibilidades de un empleo digno se encontraban aseguradas).

DURANTE LA FASE DE CRECIMIENTO, millones de personas fueron incorporadas a un empleo productivo y/o formal; se expandió la educación; el sistema de salud pública se amplió; los servicios en las ciudades (drenaje, pavimento, luz, etcétera) se multiplicaron, y la sensación de una mejoría paulatina, pero real, impregnaba el espíritu público. El cine, la televisión, la radio, recreaban ese sentimiento. El optimismo era el estado de ánimo predominante. Las clases medias crecían y su expansión era el anuncio del nuevo México. En los años cincuenta “aparecieron los primeros suburbios así como los televidentes, como se llamó a los espectadores de la novedad tecnológica. En algunos, los cincuenta crearon la sensación de estar a las puertas del paraíso, y en otros, la de estar cerca, cuando menos. Una meta era vivir bien; no la Buena Vida, sólo vivir bien, rodeado de consolas y aparatos de televisión, lavadoras y alfombras de pared a pared y salas modulares y plásticos, acrílicos, cromos, neones” (Antonio Saborit. Prólogo al libro de Salvador Novo. *La vida en México en el período presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, CONACULTA, México 1996).

PERÍODO DE CONFIANZA Y GRANDES ESPERANZAS, de futuros promisorios y bienestar que se extendía. Escribe sobre aquellos años Serge Gruzinski: “La ciudad [de México] respira entonces, al menos en apariencia, una modernidad controlada. En el sur, en sólo cuatro años (1948-1952) la Ciudad Universitaria surge de la tierra y transforma la geografía de maestros y estudiantes, al mismo tiempo que promete educación para la mayoría. Levantada a principios de los años cincuenta, la Torre Latinoamericana rasga el cielo y materializa el dinamismo urbano. Su verticalidad rompe con la horizontalidad que aún domina la ciudad. Símbolo del Progreso, de la norteamericanización a todo galo-





pe, proeza técnica a prueba de los futuros terremotos [...] Sueño de un crecimiento que nada podría detener y de una apertura hacia el resto del mundo. Octavio Paz puede escribir: ‘Por primera vez en la historia, somos contemporáneos de los demás hombres’.” (*La Ciudad de México: una historia*. FCE, México 2004, pp. 29-30).

AQUEL CRECIMIENTO NUNCA FUE IGUALITARIO. Por el contrario, fomentó abismales desigualdades. Pero cada familia, al compararse contra sí misma, observaba una mejoría. Y al parecer, aquello era suficiente para inyectar dosis de satisfacción en la vida social.

EN SUMA, el país generó una espiral de crecimiento económico, contento y coloridas esperanzas. Incluso el formato autoritario de la política y la vida social parecían reciclarse y sólo algunas franjas de la población se inconformaban contra el verticalismo y la opresión (no resulta casual que el fenómeno antiautoritario creciera hasta volverse un poderoso movimiento social y político, precisamente durante la etapa de parálisis económica).

PERO LAS SUCESIVAS CRISIS, el estancamiento, han tenido un impacto desgarrador. El trabajo informal crece como una mancha imparable, la educación pública se deteriora y de facto asistimos a una escisión profunda entre la educación pública y la privada (ambos circuitos se separan hasta configurar una ruta para los pobres y otra para las capas medias y altas), los servicios de salud se deterioran, no se genera empleo suficiente, y la irritación social crece y todo lo inunda.

NO HAY QUE BUSCAR MUY LEJOS. En las calles, las oficinas, las fábricas, los comercios, el humor público es ácido. El malestar se reproduce y las relaciones entre desconocidos suelen ser tensas. El día a día es arduo y las ilusiones resultan escasas.

BASTA ASOMARSE a nuestros medios de comunicación. La irritación es un común denominador. La majadería y el insulto son moneda de curso común. El presente es gris y el futuro pinta peor. La complejidad de los problemas desaparece y es sólo la incompetencia, la tontería, la corrupción de los políticos, la fórmula cansina para explicar nuestros males. El espíritu público expresa desencanto, cansancio, malestar.

ES DIFÍCIL –IMPOSIBLE– resignarse a ver el deterioro de las condiciones de vida, asimilar que la suerte de los hijos será peor que la de los padres, y por ello, si bien el proceso de cambio democratizador puede explicarse por la lógica misma de la política, no debe perderse de vista que en el trasfondo y como acicate se encontraba una economía estancada con sus fuertes efectos en los humores públicos.

DE TAL SUERTE QUE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO no es sólo una necesidad para atender las graves carencias materiales en la que transcurre la vida de millones de mexicanos, sino también resulta imprescindible para recuperar un espíritu público que haga que la vida en sociedad esté menos cargada de cólera y malos humores.

3) LA DEGRADACIÓN DEL DEBATE PÚBLICO. La declinación de las ideologías que ordenaban los campos de la política, el fortalecimiento del pragmatismo como posición predominante dentro de todos los alineamientos, y la falta de visiones de Estado que graviten sobre

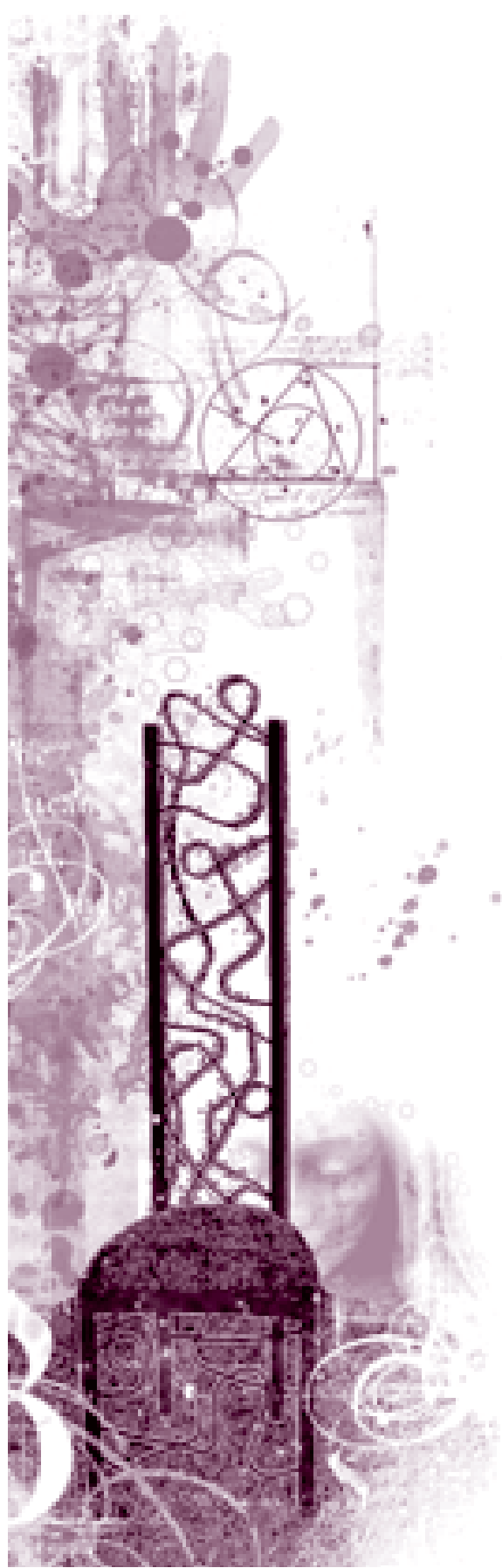
el debate, han contribuido a secar el sentido y el significado de la actividad política, produciendo, por supuesto, hartazgo, desencanto, apatía. Si a ello le sumamos la tendencia a convertir a la política en una actividad emparentada con el espectáculo y modulada por los códigos de los grandes medios de comunicación masiva, el círculo del sinsentido tiende a cerrarse. Los diagnósticos más o menos elaborados no tienen visibilidad pública y los programas, genéricos, se convierten en un requisito que los partidos políticos cumplen al entregarlos a las autoridades, pero que ni siquiera como instrumento de pedagogía social son utilizados. De tal suerte que el escenario de la política se llena de ocurrencias, “frases ingeniosas”, dimes y diretes, acusaciones e insultos mutuos, que divierten al “respetable” por un momento, ganan un número determinado de líneas ágata, un espacio efímero en radio y televisión, pero que en conjunto dejan una estela de desaliento y frustración difícil de remontar. En ocasiones se tiene la impresión de que el declive de las propuestas ha dejado el campo vacío y sembrado para la reproducción al infinito de acusaciones cruzadas sobre corruptelas varias, única forma en que de verdad se pretende desacreditar al oponente.

PUEDE AFIRMARSE que de la calidad de nuestros partidos políticos y medios de comunicación dependerá la calidad de nuestra democracia.

DADO QUE NO EXISTE DEMOCRACIA SUSTENTABLE sin un sistema de partidos fuerte y con arraigo. Dado que los partidos son insustituibles como agregadores de intereses, referentes ideológicos, redes de relaciones, plataformas de lanzamiento electoral, ordenadores de la vida pública. Dado que los partidos expresan diversas plataformas políticas, intereses materiales y hasta sensibilidades que coexisten en la sociedad. Dado que los partidos son connaturales a las sociedades modernas. Dado que si no existieran habría que crearlos para ofrecer un cauce a la expresión de la pluralidad política. Dado que en nuestro país, la Constitución los define como “entidades de interés público” y que por ello gozan de derechos y prerrogativas, y por supuesto, tienen obligaciones. Dado que en México los partidos usufructúan el monopolio para postular candidatos a los distintos cargos de elección popular. Dado que incluso aquellos que reniegan de los partidos cuando quieren participar en política crean uno (aunque eventualmente no lo llamen así). Dado que los partidos son maquinarias que han colonizado las instituciones del Estado. Dado que el sistema de partidos –con los que conocemos o los que puedan surgir– llegó para quedarse. Dado que ningún exorcista será capaz de desaparecerlos. Por ello, repito, de su calidad dependerá la calidad de la democracia.

DADO QUE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN MASIVA son el vehículo a través del cual se socializa la política. Dado que lo que no aparece en ellos no existe para la inmensa mayoría de los ciudadanos. Dado que los medios modulan y jerarquizan las noticias. Dado que los medios son la única vía eficiente para hacer de la política un quehacer público. Dado que cada vez son menos las personas que no ven televisión, escuchan





la radio o leen periódicos y revistas. Dado que es inimaginable una sociedad moderna sin los medios de comunicación. Dada la enorme influencia de los medios. Dado que hablar de vida pública es hablar de los medios y sus contenidos. Dado que se trata de un poder que crece y se expande. Dado que no hay política de masas que no pase por los medios. Dado que el espíritu público en buena medida es esculpido por ellos. Dado que los medios son mucho más que medios. Dado que sus acciones y omisiones tienen impactos en la llamada opinión pública. Por ello, repito, de su calidad dependerá la calidad de nuestra democracia.

SIN EMBARGO, TENEMOS que la actuación de unos y otros, de partidos y medios, está generando un desencanto mayúsculo con la política. Los partidos acusan a los medios de subrayar los escándalos y las tonterías, sin reparar en la cara virtuosa de la acción política. Y los medios se defienden diciendo que ellos sólo expresan lo que existe y exhiben lo que quiere ver la gente. Escribió Raúl Trejo Delarbre: “Desde los partidos, se suele ver a los medios como interlocutores incómodos pero inevitables. Desde los medios no son pocos quienes miran al mundo de la política con desdén y desagrado, más que como una fuente necesaria de acontecimientos comunicables” (*Mediocracia sin mediaciones*, Cal y Arena, México 2001, p. 141). Los políticos acusan a los medios y los medios a los políticos. Total, como suele suceder, nadie asume la responsabilidad y el círculo vicioso continúa reforzándose todos los días. Resultado: la apatía, el enojo, el disgusto con la política crece y se reproduce.

LOS PARTIDOS –EN PLURAL– fueron motor y beneficiarios del proceso de transición a la democracia en nuestro país. Fueron capaces de construir un escenario para su expresión y recreación, para su competencia y convivencia. Se trató de una espiral virtuosa que desmontó un entramado político autoritario y edificó otro democrático. Pero una vez llegado a ese, vale la pena preguntarse: ¿la calidad de la política es hoy inferior a la del pasado?, ¿la responsabilidad de los funcionarios se ha incrementado o ha decrecido? Sostengo que las condiciones en las que transcurre la política hoy son mejores que las de ayer, pero la imagen de la misma se ha deteriorado sensiblemente. Parece contradictorio... pero quizá no lo sea. Y ello nos ilustra lo difícil que será construir el aprecio hacia esa actividad fundamental. Veamos.

SÓLO UN AUTÉNTICO CONTEXTO de exigencia logra incrementar de manera sustantiva la calidad de la política y la responsabilidad de los políticos. Y se me ocurre que ese “contexto de exigencia” tiene que ver por lo menos con cuatro variables: 1) los pesos y contrapesos que existen o no en el entramado estatal; 2) la capacidad que tiene el ciudadano para exigir información y rendición de cuentas; 3) el comportamiento de los medios de comunicación, y 4) la fortaleza de la sociedad civil.

EN RELACIÓN A LOS CUATRO tenemos novedades nada despreciables que tienden a elevar el nivel de exigencia hacia los políticos: a) la coexistencia en las instituciones del Estado de la pluralidad polí-



tica; b) las leyes e instituciones que tienen que ver con la transparencia de la información; c) el incremento de la libertad de expresión, y d) el surgimiento de nuevas agrupaciones y agendas desde la sociedad.

1) HACE 25 AÑOS las instituciones del Estado eran habitadas por funcionarios y representantes de una sola fuerza política. Prácticamente, todos los cargos importantes eran ocupados por los militantes de un solo partido, el PRI. Pero la transición democrática modificó de manera radical esa realidad. Ahora el mundo de la representación política es plural; el presidente coexiste con un Congreso donde él y su partido no tienen la mayoría, y eso le sucede también a un buen número de gobernadores; en los estados de la república suele haber presidentes municipales de tres, cuatro, cinco y hasta seis partidos diferentes. En fin, que los pesos y contrapesos que se han forjado en los últimos años resultan una novedad venturosa. Porque el nuevo equilibrio de fuerzas construye un espacio estatal más vigilado, menos impune, sujeto al escrutinio de unos y otros. Pensemos, por ejemplo, en la forma en que se evaluaba la cuenta pública ayer, y la forma en que se hace hoy, para tener una idea de que actualmente existen condiciones mejores para el escrutinio y la rendición de cuentas en el espacio estatal.

NO OBTANTE, la imagen que se proyecta no es esa, sino la de una clase política enredada en acusaciones mutuas y diestra en utilizar las nuevas realidades para erosionar al adversario. De tal suerte que la inédita correlación de fuerzas, si bien sirve para la vigilancia mutua, es explotada sobre todo para la descalificación del contrario.

2) EN LA MULTIPLICACIÓN DE LEYES e instituciones que obligan a las autoridades a responder con información a las demandas de los ciudadanos, la política sin horizonte se impuso. Los partidos dan la impresión de estar perdidos en su propio laberinto.

LOS MEDIOS, POR SU PARTE, sin duda son ahora más abiertos que en el pasado y, sobre todo, más libres. La diversidad política se recrea en ellos y han sido desterradas las prácticas excluyentes de ayer. La subordinación al poder político se erradicó en buena medida y el ejercicio de la libertad de expresión se expande. Todo ello en buena hora. Pero una vez llegado a ese punto, el ruido es más podero-



so que el análisis, la bulla es más atractiva que la objetividad. Se premia la estridencia y se castigan los planteamientos, se reproducen las gracejadas y desaparecen los diagnósticos.

EXISTEN OTROS ELEMENTOS para explicar el desencanto con la política: la sobreventa de expectativas, el magro crecimiento económico, las abismales desigualdades sociales, el incremento de la inseguridad, los rezagos en casi todos los campos y súmele usted. Pero el nivel del debate público y la forma en que la política aparece a través de los medios, sin duda son generadores del malestar creciente. Partidos y medios producen una espiral hacia abajo: lo más malo es lo que destaca.

PARTIDOS Y MEDIOS ESTÁN OBLIGADOS a inyectarle racionalidad al debate; a hacer visibles y comprensibles los monumentales problemas del país; a elevar el conocimiento sobre nuestro entorno; a dotar de sentido a la actividad política. Porque, como lo demuestran las más diversas encuestas, si bien la inmensa mayoría de las personas prefieren vivir en democracia y valoran su existencia, esa misma mayoría tiene un profundo recelo en relación a los actores de la democracia: políticos, partidos y Congreso. Cabe entonces preguntarse si ese desgaste de los “instrumentos” de la democracia no presagia un desgaste de la misma.

NO APARECE EN EL HORIZONTE un modelo de organización política alternativo a la democracia. Ni riesgos de involución autoritaria, ni fantasmas de golpes militares ni de dictaduras redentoristas (creo) están en la orden del día. No obstante, es menester asumir que la democracia como régimen político puede tener muy distintas calidades. Insisto, la calidad de esa fórmula de organización política depende de lo que hagan o dejen de hacer partidos y medios de comunicación. O para decirlo de otra manera: la democracia es un modelo general de organización política, y lo que vivimos son sistemas democráticos singulares con linajes diversos.

POR SUPUESTO, no será la inercia la que revierta la mecánica de degradación. Se requiere de un esfuerzo mayúsculo, concurrente, para elevar la calidad de nuestra democracia.

¿CÓMO ELEVAR LA CALIDAD DE LA POLÍTICA?, ¿cómo incrementar la responsabilidad de los políticos?, son preguntas que aparecen de manera recurrente.

PARECE UN INSTRUMENTO INMEJORABLE para trascender la opacidad con que a lo largo de los años se desplegaba la gestión pública. Aunque hoy parezca increíble, durante décadas la información pública fue más bien privada y el acceso a ella dependía del humor del funcionario en turno. Hoy no. Gracias a las innovaciones normativas e institucionales existe la garantía de que la demanda de información debe ser atendida, y si eso no sucede, el demandante tiene la posibilidad de recurrir

a diversos institutos (el IFAI a nivel federal y los correspondientes institutos estatales).

ESTAS REFORMAS RESULTAN INMEJORABLES para exigir rendición de cuentas y esa mecánica debe fortalecerse. No obstante, parecería que el “juguete nuevo” se explota y adquiere visibilidad cuando aparecen resultados escabrosos, cuentas deficientes, operaciones truculentas, de tal forma que la fórmula diseñada para reclamar y obtener información también coadyuva a la erosión de la imagen de la política.

3) LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ejercen hoy una mayor libertad. De la subordinación al poder público han pasado a diseñar por sí mismos sus políticas de información, y esa es una muy buena noticia. Los rastreos e investigaciones que aparecen en la televisión, la radio y la prensa de manera regular resultaban impensables en el pasado, y buena parte de los escándalos que han sacudido a nuestra sociedad tienen que ver con la visibilidad que a través de los medios han adquirido los casos de políticos involucrados en actos de corrupción. Ello, por supuesto, también eleva el listón de exigencias hacia los políticos.

NO OBSTANTE, da la impresión que los medios no han logrado trascender el nivel de la nota amarilla y mantienen inhibidas sus potencialidades pedagógicas, es decir, sus capacidades para hacer inteligible la vida política. Montados sobre el escándalo, son ineficientes para explicar y ofrecer sentido a lo que acontece en el escenario político.

4) EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HA GESTADO una sociedad organizada más demandante que la del pasado. Organizaciones y redes de todo tipo (feministas, de defensa de los derechos humanos, ecologistas, etcétera) se han sumado a las tradicionales (empresariales, sindicatos, agrupaciones agrarias, etcétera) y en conjunto crean una trama capaz de desplegar agendas diversas que obligan a las autoridades a, por lo menos, estar atentas a esas reivindicaciones. Ello hace que los funcionarios y políticos no actúen en un espacio vacío. No obstante, todavía tenemos un déficit en la materia. Nuestra sociedad civil es débil y sobre todo desequilibrada. Los intereses de unos cuantos suelen gravitar con mayor fuerza que los de amplias capas de la población. Pero además, parece ser que el resorte mejor aceitado de esa sociedad civil es el de responsabilizar al Estado de todo lo que ocurre, de tal suerte que cada nueva demanda, cada nuevo problema tiende a subrayar incapacidades (reales o ficticias) de las instituciones del Estado.

ESAS NOVEDADES –la inédita correlación de fuerzas en el entramado estatal, el acceso a la información pública, la Libertad que hoy explotan los medios y una más robusta sociedad civil– crean mejores condiciones para exigir cuentas a los políticos, pero paradójicamente al mismo tiempo construyen la imagen de que hoy la política es más ineficiente y los políticos incapaces.

NO ME EXTIENDO MÁS. Por angas o mangas, el desaliento crece. Y para romper ese círculo, paradójicamente no contamos sino con los instrumentos propios de la política. 





SERGIO ORTIZ LEROUX*

Crisis de la República: ¿reforma o refundación del cuerpo político?



AL IGUAL QUE EL CUERPO HUMANO, el cuerpo político también puede enfermarse. En un principio, la enfermedad del cuerpo humano es fácil de curar y difícil de reconocer, pero al paso del tiempo, si no se le ha identificado en un comienzo ni aplicado la medicina o el tratamiento conveniente, pasa a ser fácil de reconocer pero difícil de curar. Lo mismo sucede con los asuntos del Estado. Los problemas o males que nacen en el cuerpo político, sugiere Maquiavelo en *El Príncipe*, se curan pronto si se les reconoce con antelación, pero si por soberbia, negligencia, cálculo político, interés, o lo que es peor, ignorancia, no se les reconoce a tiempo y se les deja crecer de forma tal que llegan a ser de dominio público, ya no hay remedio posible. La enfermedad se convierte en incurable. México atraviesa una *crisis de Estado*. Los fundamentos que le ofrecieron legitimidad al Estado están hoy en entredicho. Las instituciones y el derecho se han rebajado de lo universal al momento de lo particular. El consenso normativo que expresan y que les ofrece horizonte de sentido y de futuro se ha fracturado. No estamos, entonces, ante una crisis menor que pueda solucionarse con una simple aspirina. No es, como algunos pronostican, una crisis postelectoral, que inició el 2 de julio y terminaría el 1 de diciembre con la toma de posesión de Felipe Calderón. La República tiene algo más que un mero dolor de cabeza pasajero. Se trata, más bien, de una crisis mayor que requiere terapia intensiva. Si no nos hacemos cargo de ella ahora y entre todos (ciudadanos, organizaciones sociales, partidos políticos, gobiernos locales, pero sobre todo, el gobierno federal); si no reconocemos que la conflictividad y pluralidad sociales no han encontrado suficiente correspondencia con la esfera de la institucionalidad política, puede ser demasiado tarde y el tumor maligno acabará contaminando al conjunto

* Doctor en Investigación en Ciencias Sociales (FLACSO-México). Profesor-investigador de tiempo completo de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Fue subdirector del semanario de cultura política *La Brecha*. Integrante de la sociedad autodenominada *La Eterna Mancha*.

del cuerpo político. El fantasma de los tres diez: 1810, 1910 y el próximo 2010 anda ya merodeando por ahí. Pero si reconocemos a tiempo la magnitud de la enfermedad, estaremos en posibilidades de aplicar la medicina correspondiente.

ES DIFÍCIL DETERMINAR EL MOMENTO PRECISO en el que comenzó a cultivarse esta crisis política. Ya el tiempo ayudará a ver las cosas con mayor distancia y cuidado. Sin embargo, puede afirmarse que el ambiente político empezó a enrarecerse a partir de la torpe decisión política del gobierno de Vicente Fox de desaforar al entonces jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador. A partir de entonces, el sello distintivo de la política partidaria y de la relación entre los gobiernos federal y el del Distrito Federal fue una lucha abierta, desbocada y descarnada por el poder que tuvo como desenlace provisional el descarrilamiento electoral del pasado 2 de julio; descarrilamiento que ha marcado y seguramente marcará los meses subsecuentes. En las siguientes líneas, ofreceremos una clave de lectura de la crisis política que atraviesa actualmente nuestro país a partir de su diagnóstico, no como una crisis postelectoral pasajera que pueda resolverse a golpe de una nueva generación de reformas electorales, sino como una crisis política, vale decir, una crisis de Estado, que podría enfrentarse y, tentativamente, resolverse si se refundan las bases de la República. Para ello, en un primer momento, nos detendremos en el proceso electoral del 2006 como momento de quiebre de la salud de la República, para después, en un segundo momento, ofrecer las razones, el contexto y los elementos centrales de la cirugía mayor que se requiere llevar a cabo en nuestro país, si lo que se quiere al final del túnel es enfrentar y, en su caso, superar la crisis política que atraviesa actualmente nuestra República.

EL QUEBRANTAMIENTO DE LA SALUD: LAS ELECCIONES DE JULIO DEL 2006

EN EL AÑO 2000, muchos (entre los que me incluyo) interpretamos la alternancia en la Presidencia de la República como el fin de la transición hacia la democracia y el inicio (posible) de la consolidación democrática. Señalábamos, entonces, que la derrota de la llamada “dictadura perfecta” en las elecciones federales era condición de posibilidad para hablar de democracia en serio. Creo, a la distancia, que pecamos de ingenuos u optimistas. No bastaba sacar al Partido Revolucionario Institucional (PRI) de Los Pinos para otorgarle carta de mayoría de edad a nuestra joven democracia. No bastaba terminar con la simbiosis entre partido y Estado para acreditar la civilidad democrática. Se necesitaba, además, llevar a cabo un proceso intenso y profundo de reforma del Estado que sentara las bases de un nuevo régimen político sustentado en una relación de equilibrio y corresponsabilidad entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. La alternancia, en este sentido, sería coronada necesariamente con la reforma del Estado. Lamentablemente eso no sucedió. El autodenominado “gobierno del cambio” y su partido,

NO BASTABA TERMINAR CON LA SIMBIOSIS ENTRE PARTIDO Y ESTADO PARA ACREDITAR LA CIVILIDAD DEMOCRÁTICA





Acción Nacional, concentraron en un primer momento sus baterías en las reformas económicas estructurales. La reforma del Estado, según sus cálculos, vendría en un segundo momento. Craso error. Si algo divide a la sociedad mexicana y a sus diversas expresiones sociales y políticas, es precisamente el tema de las reformas estructurales. Como consecuencia de ese error de apreciación –y también, hay que decirlo, de una fuerte mezquindad y poca altura de miras de las oposiciones–, la relación entre el poder Ejecutivo, en manos del PAN, y el Congreso, bajo el control de la oposición (PRD y PRI), estuvo marcada en adelante por la desconfianza, la confrontación y la consecuente parálisis legislativa. Luego entonces, en el contexto de una alternancia presidencial sin reforma del Estado, de una transición sin consolidación, el bono democrático de origen del presidente Vicente Fox se fue agotando poco a poco. El correlato fue, como es de dominio público, una presidencia débil, un vacío de poder que, como todo vacío, fue llenado por los poderes fácticos (crimen organizado, medios de comunicación, grupos empresariales, sindicatos corruptos, Iglesia, etcétera) y, evidentemente, una sucesión adelantada con varios meses de anticipación.

EL PROCESO ELECTORAL DEL 2006 comenzó con la decisión equivocada de Vicente Fox de desaforar a Andrés Manuel López Obrador. Ese acto de origen marcaría el destino y el tono de las campañas presidenciales. La naciente democracia mexicana sería puesta a prueba en una contienda electoral marcada por la competencia y, sobre todo, por el enfrentamiento abierto y rijoso no entre dos candidatos de dos partidos diferentes (PAN y PRI), sino entre dos proyectos de nación distintos (y en ciertos puntos, antagónicos) que se habían puesto en escena previamente en el gobierno federal y en el local: uno, encabezado por el candidato de la derecha: Calderón; y el otro, dirigido por el candidato de la izquierda: López Obrador. Como ha dicho Lorenzo Meyer, la verdadera prueba de fuego de la joven democracia mexicana no fue en el año 2000 con la derrota del Revolucionario Institucional y el triunfo de Acción Nacional, sino se dio en las elecciones federales del 2006 cuando nuestras leyes e instituciones políticas y electorales debían procesar la competencia y posible alternancia entre dos proyectos de nación distintos y, en ciertos casos, antagónicos. Esa prueba de fuego, como fuimos testigos, no fue superada.

EN LOS DISCURSOS SOBRE LA PRIMERA DÉCADA DE TITO LIVIO, Maquiavelo sostiene que el Estado es fruto de una desmesura protagonizada por dos deseos antagónicos: el deseo o apetito de los Grandes de mandar y de oprimir; y el deseo o apetito del Pueblo (los Pequeños), de no ser mandado y no ser oprimido. Como todo deseo, el apetito de los Grandes de dominar y el del



pueblo de no ser dominado es insaciable. Entre ambos deseos o apetitos irreductibles, aparece el Estado. Desde la óptica maquiavélica, el poder político no nace de un contrato voluntario entre los hombres ni es la forma velada que defiende los intereses particulares de la clase dominante, sino es fruto de dos deseos contrapuestos, de dos apetitos por principio insaciables. El Estado nace, entonces, para mediar entre ambos deseos: por una parte, para defender la libertad de los Pequeños del apetito excesivo de opresión de los Grandes, y por la otra, para defender a los Grandes del deseo excesivo de libertad de los Pequeños. Cómo lo hace: mediante el recurso de la *ley*. En este sentido, la ley no elimina el conflicto social, sino lo traduce en conflicto político en torno a una normatividad (*iuris consensu*), que expresa un consenso normativo que permite que los apetitos distintos e insaciables se subordinen a un criterio universal de justicia que haga iguales a los desiguales.

ESE ESTADO COMO MEDIADOR, ese orden civil (*polis-civitas*) sustentado en el predominio de las leyes y de las instituciones por sobre los apetitos insaciables de las partes, es el que se fue desdibujando poco a poco antes y durante las elecciones federales del 2006. Cuatro acontecimientos previos al 2 de julio sustentan esta afirmación:

1. **EL CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO FEDERAL ELECTORAL** (IFE) no estuvo a la altura de las circunstancias dado que sus integrantes no gozaron desde un principio de la confianza de todos los actores políticos. A diferencia del consejo anterior, el nuevo Consejo General del IFE no fue electo por unanimidad de todos los partidos políticos representados en el Congreso, sino principalmente por dos de ellos: el PRI y el PAN. Ello le restó autoridad moral y política para conducir el proceso con imparcialidad. Y en los momentos decisivos de la campaña sus decisiones fueron tímidas y tardías. Al momento de regular las llamadas “campañas negativas”, fue más bien el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación el que les enmendó la plana. Ciertamente, no hay elementos para afirmar que sus integrantes actuaron de mala fe o por consigna, pero sí demostraron falta de oficio político para conducir el proceso electoral bajo los principios rectores de equidad, legalidad y transparencia.
2. **A DIFERENCIA DE SU ANTECESOR**, Ernesto Zedillo, el presidente Vicente Fox no jugó un papel de jefe de Estado sino de jefe de gobierno durante las campañas electorales. La administración de Vicente Fox pagó, en los meses de febrero a junio del 2006, más de 400 mil spots publicitarios en los que resaltó su trabajo y llamó a la ciudadanía a que apoyara la continuidad. La frase: “hay que

cambiar de jinete pero no de caballo” no era gratuita. Expresaba un respaldo tácito a Calderón y una condena velada a López Obrador, quien fue estigmatizado hasta el cansancio como “populista”. Ciertamente, en democracias consolidadas es completamente normal que el presidente en turno haga campaña a favor del candidato de su partido. Empero, en nuestro país eso está prohibido expresamente en la ley electoral. Además, no somos una democracia consolidada. Se puede afirmar que lo mismo hicieron tanto el jefe de gobierno del Distrito Federal como los gobernadores del PRI, pero eso no exime de responsabilidad al presidente de la República, más si se considera que éste se encuentra en el vértice de la pirámide del poder. Su responsabilidad es, por tanto, la mayor de todas.

3. **LA CAMPAÑA MEDIÁTICA** sustentada en el mensaje: “López Obrador es un peligro para México” introdujo un ambiente de linchamiento inadmisible en una democracia. En una competencia electoral que se presume democrática, nadie puede ser un peligro para nadie, en tanto que nadie *a priori* puede erigirse como el juez último y definitivo que decida qué es lo bueno o lo malo, lo saludable o lo peligroso para México. Eso lo decidirán los ciudadanos con sus votos el día de la jornada electoral. Nadie más. Al peligro se le huye, se le aísla, se le erradica. El peligro es sinónimo del enemigo, y sólo en los regímenes totalitarios el otro es visto o construido expresamente como un enemigo al que hay que destruir o exorcizar. Ciertamente, López Obrador había calificado previamente al presidente de “chachalaca” en una desafortunada expresión, por decir lo menos, pero eso no autorizaba a sus contrincantes a descalificarlo con el eslogan de que es un “peligro para México” o de asociarlo con la figura controvertida del presidente venezolano Hugo Chávez.

4. **EL CONSEJO COORDINADOR EMPRESARIAL** intervino ilegalmente en la campaña electoral al tomar partido por el candidato de Acción Nacional. Según la ley electoral, los particulares están impedidos a contratar tiempos de televisión para difundir mensajes electorales; ésta es una atribución exclusiva de los partidos políticos. Al mismo tiempo, no fueron pocas las denuncias en contra de empresarios que indujeron al voto para el PAN entre sus empleados. Así pues, los empresarios y algunos medios de comunicación fueron construyendo alrededor de López Obrador y su campaña una “leyenda negra” que tuvo fuerte impacto negativo en ciertas franjas del electorado. Ello, obviamente, no exime a López Obrador de

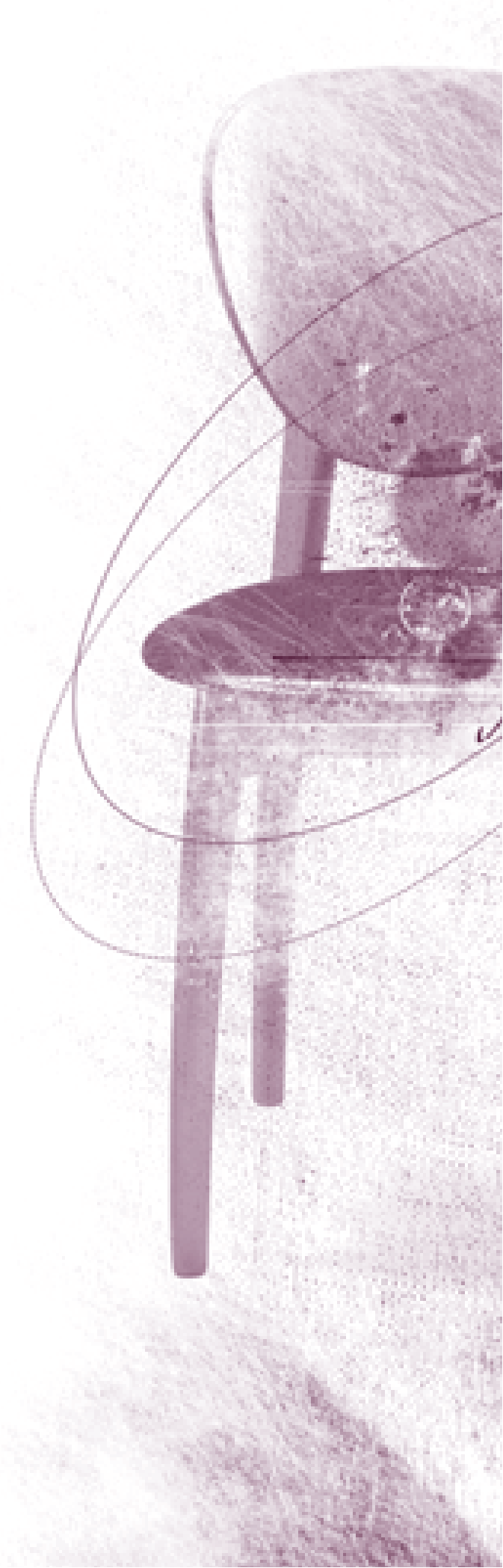


los errores propios cometidos durante su campaña ni del efecto que éstos tuvieron en la baja notoria de sus preferencias electorales.

ESTA SECUENCIA DE ACONTECIMIENTOS ILUSTRAN, entre otras cosas, el proceso de descoloramiento de las instituciones antes y durante el proceso electoral. De ahí que no era de extrañar que asistiéramos el 2 de julio y los días posteriores a la crónica de un conflicto anunciado. Más aún, si se considera el empate técnico que obtuvieron el candidato del PAN y el de la Coalición por el Bien de Todos el día de las votaciones. En adelante, las desconfianzas y los desacuerdos entre las partes serían moneda corriente: López Obrador descalificaría los resultados electorales y solicitaría el re-cuento de todos los votos en todas las casillas del país; el PAN solicitaría que las instituciones electorales se ajusten estrictamente a lo estipulado en el código electoral; el IFE llevaría a cabo las sesiones de conteo de actas distritales en medio de una buena dosis de descrédito; el Tribunal ordenaría volver a contar cerca de 11 mil casillas electorales que no afectan el resultado final. No viene ahora al caso detenernos a evaluar cada uno de los momentos y de las etapas del conflicto post-electoral ni el papel que jugaron en el mismo los contendientes principales. Cada quien deberá asumir la responsabilidad que le toca. Lo que en todo caso me interesa resaltar es que la sociedad salió más dividida después del 2 de julio. Las elecciones no resolvieron el conflicto que se venía gestando con anticipación sino lo agudizaron. El sentimiento de agravio se ha apoderado de una franja importante de la sociedad mexicana. Ignorar esto es desconocer la enfermedad que afecta a nuestro cuerpo político.

LA CIRUGÍA MAYOR: HACIA UNA REFUNDACIÓN DEL ESTADO

CLAUDE LEFORT SOSTIENE en sus *Ensayos sobre lo político* que todo régimen político se caracteriza por una cierta *puesta en forma* de la coexistencia humana. Cualquier puesta en forma implica una *puesta en sentido* y una *puesta en escena*. Mediante la primera, se instituyen las condiciones de inteligibilidad que le dan sentido e identidad a las acciones individuales y colectivas; mediante la segunda, el régimen se pone en escena mediante un conjunto de signos y de ritos que hace visibles a la sociedad. Ambas puestas en





forma, están siendo cuestionadas actualmente en el régimen mexicano. En efecto, los consensos normativos que ofrecen referentes de acción común están fracturados. La ley es interpretada de manera no sólo distinta sino incluso opuesta. Y las instituciones que están encargadas de hacer la ley, sancionar su violación y resolver su constitucionalidad gozan hoy de un fuerte desprestigio público. Al mismo tiempo, los signos y ritos que ponen en escena al régimen político ya no cumplen su cometido dado que hacen visible la fractura y no el consenso, fruto del disenso. Pensemos, por un momento, en los signos y ritos que hacen visible a nuestro presidencialismo. Hoy todos ellos se están cayendo a pedazos. El 1 de septiembre, el presidente Fox no pudo rendir su Informe de Gobierno (más bien mensaje) a la Nación, en la sede del Congreso. El famoso Informe de Gobierno, viejo día del Presidente de la República, terminó en un simple spot televisivo. El 15 de septiembre, el Presidente de la República no pudo dar su último Grito de Conmemoración de la Independencia Nacional desde el balcón de Palacio Nacional como sí sucedió con sus antecesores. El desfile deportivo del 20 de noviembre, presidido por el “señor presidente”, fue cancelado hasta nuevo aviso.

LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DEL PODER, sostiene Lefort, es tan importante como su dimensión institucional. La caída de los símbolos de su puesta en escena es paralela a la pérdida de legitimidad de las instituciones que encarnan su puesta en sentido. De ahí que la crisis que atraviesa nuestro país, la enfermedad que corroe su cuerpo político, no sea una crisis provisional que requiera una cirugía menor (por ejemplo, una nueva reforma electoral), sino se trata de una crisis de Estado, una crisis política, que reclama una cirugía mayor (refundación del Estado). Ciertamente, resulta indispensable hacer una nueva reforma electoral que establezca y acote en la ley los tiempos y las modalidades en los que exclusivamente pueda hacerse propaganda político-electoral y reduzca significativamente los costos de las campañas. Empero, dicha reforma podrá controlar por un momento los síntomas de la enfermedad, pero no atacará sus causas. El cuerpo político de la Nación requiere una cirugía mayor que dé viabilidad a una nueva puesta en forma de la sociedad mexicana. Esa nueva puesta en forma quedaría sellada con la refundación simbólica e institucional de la República.

POR AHORA, NO SE VISLUMBRA en el horizonte la posibilidad de resolver en lo inmediato o a mediano plazo esta fractura. El presidente constitucional, Felipe Calderón, no ha dado muestras de reconocer la magnitud de la enfermedad y se ha limitado a sostener que aplicará toda la fuerza del Estado para hacer respetar la ley y el Estado de derecho. El *decisionismo* calderonista parece desconocer que el problema no consiste en aplicar a tabla rasa el imperio de ley, sino en volver a reconstruir los consensos normativos que le dan viabilidad y sentido común a la ley y a las instituciones políticas. Nuestra crisis política no se resolverá con un Estado decisionista y fuerte, sino con un nuevo orden civil, vale decir, un nuevo pacto social en el que se controlen los apetitos particulares a fin de proteger los intereses generales de la Nación. Por su parte, Andrés Manuel López Obrador, al ser proclamado y proclamarse como “presidente legítimo”, ha concentrado su estrategia en la denuncia de la ilegitimidad de Calderón y en la defensa de los cinco puntos centrales de la Convención Nacional Democrática: *a)* combatir a fondo la pobreza y la creciente desigualdad que imperan en nuestro país; *b)* defender el patrimonio de la Nación; *c)* hacer valer el derecho público a la información; *d)* luchar contra la corrupción y la impunidad; y *e)* luchar para que las instituciones nacionales sean objeto de una renovación profunda. Dicha estrategia tiene la fortaleza de contar con una fuerte base social (por ahora, nadie más que él la tiene) que se siente agraviada, está agraviada, y no parece desmovilizarse, pero, al mismo tiempo, tiene la debilidad intrínseca a dos lógicas difíciles de conciliar: la lógica de conciliación intrínseca a las administraciones locales y municipales bajo el control del PRD, y la lógica de confrontación inherente al movimiento lopezobradorista. De la capacidad y habilidad para resolver este difícil dilema, dependerá en buena medida el futuro del PRD como opción electoral y del movimiento social como alternativa de gobierno legítima.

TODO PARECE INDICAR, entonces, que seremos testigos de un sexenio de confrontación entre dos posturas que a primera vista parecerían irreductibles. ¿No podrá vislumbrarse otro horizonte de futuro? Más allá del optimismo de la voluntad y más acá del pesimismo de la razón, sostengo que sí es posible vislumbrar otra salida a la crisis política del país. Algunas voces han propuesto, especialmente diputados y senadores del llamado Frente Amplio Progresista (frente político conformado por el PRD, Convergencia y el Partido del Trabajo), que el Congreso podría ser el escenario para ofrecer una salida política,





legal e institucional a la crisis actual si se hace cargo de la profundidad de la misma y, en consecuencia, emprende un proceso de cambio de fondo de las instituciones del país. Esperemos que esas voces encuentren eco en los oídos de sus adversarios. Bajo esta óptica, el movimiento social lopezobradorista no sería un supuesto dique anti-institucional, sino su principal catalizador social, es decir, la garantía pública para que las reformas institucionales no fueran cosméticas sino sustantivas. Apoyaría desde la movilización pacífica en las calles, los cambios que se instrumentarían en las cámaras.

¿CUÁL SERÍA EL EJE DE ESE “CAMBIO DE FONDO” de las instituciones? Me parece que si se quiere volver a ajustar lo simbólico y lo institucional tendría que acordarse un nuevo Constituyente que se haga cargo de redactar una Nueva Constitución para la Nueva República. Al respecto, existen un sinnúmero de propuestas que se han elaborado sobre el particular que abarcan tanto aspectos políticos, sociales como económicos. Por ahora me gustaría concentrarme en un cambio político que sería el punto de partida de otros cambios. Me refiero en específico a la forma de gobierno. El presidencialismo mexicano resultó funcional en el contexto de un partido hegemónico y un gobierno unificado. En la era del pluripartidismo y de los gobiernos divididos, el presidencialismo ha creado más problemas de los que ha resuelto, dado que ha generado lógicas de suma cero que desincentivan cualquier forma de cooperación. Habría, entonces, que volver a abrir la discusión sobre la viabilidad y conveniencia de transitar hacia una forma de gobierno semipresidencialista (con Ejecutivo bicéfalo: Presidente y Primer Ministro) o hacia un gobierno parlamentario. Ese cambio “madre” sería el punto de partida y de referencia necesaria de otros cambios políticos no por ello menores que abarcarían temas centrales como: federalismo, municipios y autonomías; segunda vuelta en la elección presidencial y de diputados y senadores; referéndum, plebiscito e iniciativa popular, etcétera.

CON ESTOS CAMBIOS, la salud de la República podría mejorarse. No digo con ello que inmediatamente el cuerpo político gozaría de cabal salud. Siempre existe el riesgo de volver a caer en cama. Siempre existe el riesgo de que los apetitos vuelvan a desbordarse. Pero, por lo menos, el Estado y sus instituciones recuperarían su capacidad conciliadora, y el derecho su punto de referencia como esfera donde se expresa el consenso normativo mínimo de una sociedad necesariamente plural y conflictiva. Y eso, en nuestro actual estado de naturaleza hobbesiano, no me parece poca cosa.



MARÍA ANTONIA MUÑOZ*



El concepto de lo político y las luchas democráticas



INTRODUCCIÓN

SE DICE COMÚNMENTE que vivimos en una crisis de la política, de las instituciones y de la representación. Se dice, también, que este problema se debe a la extendida corrupción entre las clases políticas, a la distancia cada vez más pronunciada entre partidos políticos, sindicatos y otras instituciones de representación política y la ciudadanía general, a la impotencia de ciertos mecanismos de participación como el voto y la militancia partidaria. Aquellos que suman este proceso al crecimiento de la ciudadanía desafectada y el comportamiento cínico, interpretan estos signos como la muerte de la comunidad, de los lazos solidarios, de la preocupación por un proyecto colectivo. Otros, en cambio, ven en el crecimiento de nuevas formas de participación no convencional los anuncios de nuevas tendencias, las demandas de transformación institucional, el espectro de las nuevas caras de la democracia.

PERO ADOPTAR DE LLENO una u otra interpretación podría ser una actitud peligrosa puesto que se sucumbiría ante una realidad falsa. Ambos comportamientos ciudadanos pueden generar transformaciones futuras para uno u otro escenario; ambos son formas diversas de dominar la crisis de la política. Tanto la desafección como la participación no convencional es la forma de enfrentarse a la debilidad de las instituciones democráticas. Ambas constituyen estrategias para dar sentido a la vida en sociedad y a la agonía¹ de una creencia que había sostenido las transiciones democráticas por lo menos en América Latina, a saber, que la competencia entre actores políticos, la participación electoral, los derechos políticos eran una vía efectiva por la cual el ciudadano podía influir sobre el conjunto social.

* Candidata a Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, por la UNAM.

¹ Se hace referencia a agonía y no muerte porque no se puede referir a una tendencia universal. Todavía existen ciudadanos que creen en la participación convencional como mecanismo de influir sobre la toma de decisiones vinculantes.



ESTA MERMA EN LA CREDIBILIDAD de las instituciones tradicionales de la democracia representativa puede ser producto de la percepción de que, mientras antes se creía que este régimen garantizaba que nadie podría apropiarse del poder porque pertenecía a todos, ahora los ciudadanos se ven a sí mismos cautivos o rehenes de una clase política que les expropia la soberanía y la posibilidad de influir sobre las decisiones que impactan sobre el conjunto social.

AHORA BIEN, antes de abatirse frente a esta negativa lectura cabría poner en evidencia que, así como no puede garantizarse que las luchas democráticas se dispersen cada vez más por fuera de las vías tradicionales, tampoco se puede negar que la realidad es un cúmulo de tendencias contradictorias que impiden sentenciar un futuro. En palabras más sencillas, la crisis es un contexto de posibilidad que abre las puertas a múltiples posibilidades, incluso patear el tablero de la actual forma institucional de la democracia sin renunciar a ella. Más bien al contrario buscando renovarla, reactivarla. Frente a este argumento cabría recuperar algunos conceptos en torno a la apertura constitutiva de lo social, lo político y los antagonismos como mecanismos que no permiten generar un cierre definitivo de la historia, aunque, tampoco, garantizar un porvenir más libre, más justo y más equitativo, en conclusión, más “democrático”.

COMO HERRAMIENTAS que permitan reflexionar en torno a las luchas democráticas se desarrollarán algunos conceptos. En la primer sección se desarrollará la idea de lo político asociado sobre todo al cuerpo teórico que propone Ernesto Laclau. En la sección que le seguirá se introducirán algunas ideas de Jacques Rancière. Ambos retoman el concepto de lo político como proceso ubicuo que desborda el encapsulamiento que la sociología positivista ha realizado acerca de la política. Ambos representan plataformas que permiten pensar a la democracia fuera de su formato liberal clásico.



LO POLÍTICO: DISLOCACIÓN, ANTAGONISMO Y LAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS.

SE PUEDE PARTIR LA DISCUSIÓN en torno a lo político desde de una concepción ontológica, es decir, una reflexión en torno a cómo se estructura y comprende la realidad social. Un primer paso es señalar que sólo se puede acceder a ella indirectamente, a través de su simbolización. Y, como este siempre es un orden incompleto y condenado al fracaso, entonces lo social no puede ser más que una realidad “abierta”, esto es, que escapa a una interpretación transparente y verdadera, que no puede ser entendida como una la totalidad racional (Zizek; 2003). Derrida (1989) señala que desde las reflexiones de Nietzsche, Freud y Heidegger la idea de que existe un significado trascendental para comprender la realidad o una lógica racional que subyace a los procesos sociales se volvió inverosímil. Desde este “descubrimiento”, el orden social comenzó a ser invadido por la lógica del discurso, en otras palabras, el juego de las diferencias y el desplazamiento de los significados invadió la lógica de la objetividad.

EL COROLARIO SOCIOLÓGICO que haría justicia a esta noción es que las sociedades se estructuran en base a un núcleo de imposibilidad que las hace ser siempre diferentes, conflictivas, cambiantes, unidas por aquello que las separa. No obstante, no hay que concluir que es impracticable cierta coherencia, unidad o cierre “A diferencia de las totalidades fundantes del modelo esencialista, la unidad ya no puede ser constitutiva, sino más bien constituida o instituida como resultado de un esfuerzo por estructurar la diversidad fenoménica del mundo, imprimiéndole una forma o unidad específica” (Arditi, 1991, 112). Las totalidades no desaparecen, sólo que su unidad es histórica, transitoria y fugaz.

DESDE ESTE PUNTO DE VISTA, el concepto de lo político se vuelve revelador para interrogarse acerca de la forma que asume lo social, acerca del modo de institución de la sociedad y, por supuesto, acerca de la crisis de la política. Lefort (1990) es un punto de referencia imposible de eludir en esta discusión. Para él la política define a la esfera de instituciones separada de otras, como la economía y la jurídica. En democracia, ésta se identifica con el Estado y con la competencia entre partidos, con el *locus* donde se da forma y se renueva la instancia general del poder.

PERO, AUNQUE ESTA ESFERA HACE VISIBLE y es una forma de “manejar” o administrar las divisiones sociales, a la vez oculta el mecanismo simbólico general que hace posible esa separación. Lo político es, entonces, la puesta en marcha de un mecanismo simbólico por el cual la sociedad se unifica a pesar de las diferencias (Portier, 2005) Así, la democracia no solamente hace referencia a un régimen institucional sino a un tipo particular de sociedad: donde se hace visible el lugar vacío del poder.

CON ESTOS ELEMENTOS TEÓRICOS, se puede ir verificando que la debatida crisis de “la política” puede suponer el debilitamiento de la efectividad de ciertos mecanismos institucionales para procesar los conflictos sociales o la pérdida de credibilidad de los partidos políticos como actores monopólicos en la competencia por los cargos de toma de decisiones vinculantes. Pero nunca la nombrada crisis puede suponer la desaparición de la política y de lo político.

PARA LACLAU, AL IGUAL QUE PARA LEFORT, lo político no está atado a un lugar en la estructura social, sino que está asociado al momento de subversión de lo instituido, la reactivación de los procesos



sedimentados en el terreno de lo social.² Lo político consiste en redescubrir “a través de la emergencia de nuevos antagonismos, el carácter contingente de la pretendida objetividad” (2000, 51).

DESDE LA PERSPECTIVA DE LACLAU, una sociedad es una estructura precaria, “fallida”, impotente en su pretensión de determinar toda actitud, acción colectiva o proceso social.³ Por esto mismo, la ideología es constitutiva de lo social, pero no como “falsa conciencia” sino como “aquellas formas discursivas a través de las cuales la sociedad trata de instituirse a sí misma sobre la base del cierre, de la fijación del sentido.” (2000, 106) En otras palabras, si, por un lado, la sociedad se estructura alrededor de una imposibilidad, por otro, la ideología es necesaria para fijar cierto sentido, para “reprimir” u “olvidar” aquello que amenaza la identidad en cuestión. Por ello señala que “hay política cuando hay, de un lado, dislocación, y del otro lado, reinscripción, es decir, espacialización o hegemonización de esa dislocación” (Laclau, 1997, 140). Para ello es necesario construir un discurso que se suponga “verdadero” y que construya la coherencia que el mundo social no tiene.⁴ Así, la lucha por el poder, la toma de decisiones y las alternativas propuestas siempre son parciales e históricas, pero imposibles de erradicar. Para poder profundizar la reflexión sobre estas afirmaciones será necesario explicar los conceptos que las hacen posibles.

LA DISLOCACIÓN A LA QUE ESTÁ SOMETIDO todo orden social se define por el quiebre en la capacidad de dar sentido, “de dar explicaciones lógicas” dentro de la estructura. Es cuando una totalidad articulada de significados deja de tener capacidad de otorgarle un significado a la acción, a las prácticas que estructuran nuestras vidas y nuestras identidades (individuales y colectivas). En otras palabras, cuando la “estructura” pierde su capacidad de “estructurar” y muestra o hace visible su imposibilidad. Pero esta interrupción del discurso, en general, no deriva en la suspensión total del mismo, sobre todo si se hace referencia al ámbito de lo político (en el ámbito individual podría interpretarse como un brote de locura). Zizek (2005) aduce solo simbólicamente se puede aprehender la situación dislocada, puesto que, como se dijo anteriormente, la realidad únicamente es asequible a través del mundo de los significados. Esto

2 Laclau no distingue entre lo político y la política como otros autores, entre ellos Claude Lefort que distinguen entre el momento de cuestionamiento y puesta en marcha del orden y el subsistema donde los conflictos políticos están domesticados. Para Laclau, la diferencia se marca entre institucionalización y reactivación, es decir, “lo social” y “lo político”.

3 Esto no quiere decir que la estructura social es una categoría inútil, aunque no puede determinar exhaustivamente las identidades que contiene debido a esa “fuga” de sentidos, lugar vacío o dislocación que condena a la sutura al fracaso inevitable. La consecuencia de anunciar esta falla o dislocación es la declaración de la “plenitud inalcanzable”, es decir, renunciar a la posibilidad de una sociedad enteramente transparente y enteramente emancipada.

4 La discusión acerca del orden social ha sido ampliamente desarrollada. ¿Son las sociedades complejas, sin un centro que les dé coherencia? ¿Es la estructura social explicada a partir de una lógica fundamental como las relaciones de producción? Las tradiciones sociológicas han respondido por la positiva a ambas preguntas, tal vez de manera incorrecta. Pero lo que queda detrás es la aserción de que si el orden es necesario explicarlo, entonces este sólo es el resultado de una artificialidad y, yendo aún más allá, como tal no hay un cimiento último para dicha construcción. Tal vez sea más útil asumir una respuesta no positiva y decir que las sociedades son, entonces, organizadas en torno a un núcleo traumático y “[...] la presencia de la negatividad inherente a un exterior constitutivo significa que lo social nunca logra constituirse plenamente como orden objetivo” (Laclau, 2000, 35).

reintroduce, en la interrupción del discurso, la aparición de otro, el cual reinterpreta la situación dislocada. Así, el antagonismo es una forma de señoría sobre esta situación.

LA NOCIÓN DE ANTAGONISMO no hace referencia a relaciones entre dos sujetos dentro de una estructura objetiva sino a experiencias en las que se manifiesta el límite de la objetividad de lo social. El antagonismo se define por una relación de pura negatividad, esto es, la presencia de un “otro” que identifico como la negación de mi propia identidad, como el elemento que materializa o externaliza mi “falta” (Laclau, 1997). De esta manera la dislocación es dominada a través de su forma simbólica, la existencia de un terreno común unido sólo a través del conflicto.

ESTA RELACIÓN POR EXCELENCIA política representa dos objetividades o estructuras significativas que se enfrentan y que no comparten ningún sistema común de reglas entre la identidad de una y de otra (Laclau, 2000). “Los antagonismos presuponen la total exterioridad entre la fuerza antagónica y la fuerza antagonizada; si no hubiera relación de total exterioridad entre las dos, habría algo en la objetividad social que explicaría el antagonismo como tal, y en este caso, el antagonismo podría ser reducido a una relación objetiva” (Laclau, 1997, 130). Lo único común a estas exterioridades es el terreno que se une por la disputa, por la división y el conflicto.

RESUMIENDO, el antagonismo es la forma simbólica de la apertura a la que están sometidas las sociedades, es la existencia de dos proyectos radicalmente diferentes que constituyen un campo político solamente a través del conflicto. Pero en este punto se hace imprescindible distinguir dos niveles de análisis.

UNA COSA ES DECIR QUE EL ANTAGONISMO IMPIDE a la realidad social objetiva constituirse como una totalidad encerrada en sí misma (Zizek, 2005). Pero otra muy distinta es el antagonismo entendido como luchas contra la opresión, la desigualdad y que ponen en cuestión la subordinación. Éstas serían las luchas exclusivamente democráticas porque su soporte simbólico necesario es la idea de que todos somos iguales.

PARA LACLAU Y MOUFFE, la subordinación se define como aquella relación donde un sujeto está atado a las decisiones de otros, mientras que las relaciones de opresión son “aquellas relaciones de subordinación que se han transformado en sedes de antagonismos” (1985, 196). Para ellos sólo el discurso democrático, donde se sostiene que todos los hombres son iguales, puede funcionar de exterior constitutivo, de momento de interrupción del discurso que sustenta la subordinación y abrir paso a la formación de una relación de opresión. De esto se deduce que pueden existir antagonismos que no se deban a las relaciones de subordinación y que, por tanto, lo político no garantiza la lucha democrática.

AHORA BIEN, también dice Laclau que el capitalismo desorganizado potencia las condiciones de posibilidad de la democracia radical porque extiende la dislocación a múltiples ámbitos de la

EL ANTAGONISMO ES LA FORMA SIMBÓLICA DE LA APERTURA A LA QUE ESTÁN SOMETIDAS LAS SOCIEDADES, ES LA EXISTENCIA DE DOS PROYECTOS RADICALMENTE DIFERENTES QUE CONSTITUYEN UN CAMPO POLÍTICO SOLAMENTE A TRAVÉS DEL CONFLICTO





vida. “Para nosotros, por el contrario, la posibilidad de una transformación socialista y democrática de la sociedad depende de la proliferación de nuevos sujetos de cambio, lo cual sólo es posible si hay algo realmente en el capitalismo contemporáneo que tiende a multiplicar las dislocaciones y a crear, en consecuencia, una pluralidad de nuevos antagonismos” (Laclau, 2000a, 57). La lógica de la argumentación sería que el capitalismo contemporáneo genera mayores espacios de visibilidad de la contingencia y precariedad de toda objetividad, sumado a los efectos dislocatorios a él ligados. Estos últimos, a su vez, abren la posibilidad de una política radicalizada porque se adquiere una nueva libertad frente a la objetividad, viendo el carácter construido de lo social.

PERO LA DISLOCACIÓN PUEDE SER DOMINADA de varias maneras. Una de las lógicas es la típica emprendida por el Estado, frente a una demanda que muestra la presencia de una falta, las instituciones la integran administrativamente. Otra lógica es la constitución de fuerzas antagónicas, pero que, además, no necesariamente suponen la confrontación en base a una relación de opresión. Se puede poner como ejemplo la existencia de dos elites que se disputan la forma hegemónica que asumirá la economía nacional.⁵ Finalmente, otra forma de dominar las dislocaciones del capitalismo son las luchas democráticas.

EN OTRAS PALABRAS, si bien, por un lado, es cierto que las dislocaciones abren la posibilidad al antagonismo, lo que tiene más peso para explicar las luchas contra la subordinación es la existencia de un espacio público trazado con significados relacionados con el orden simbólico democrático. Más específicamente, una política democrática depende de la existencia de ciertos sentidos acerca de la igualdad de cualquiera con cualquiera, de su dispersión a campos más amplios de la vida social, de los recursos que existan para organizar colectivos en torno a estos sentidos, de los soportes que divulguen este discurso, etcétera. Pero, sobre todo, de la percepción de los propios subordinados de su desigualdad y el procesamiento público de ésta como injusticia.

LO POLÍTICO: RECONOCIMIENTO DE UNA INJUSTICIA Y DEMOSTRACIÓN DE LA IGUALDAD

SI NO HAY NECESIDAD DE UNA SECUENCIA entre la multiplicación de las dislocaciones y la pluralidad de los antagonismos no es suficiente nombrar a los cambios del capitalismo contemporáneo como causa de la mayor “conciencia de la historicidad del ser”, ni a ésta como responsable de una maximización en las posibilidades de la democracia radical. Más bien, no son las dislocaciones en sí mismas, sino los significantes que quedan circulando en el espacio simbólico “quebrado” o “discontinuo” los que permiten la aparición de los antagonismos.⁶

5 Para profundizar sobre este tipo de ejemplo ver la idea de “empate hegemónico” en Portantiero, Juan Carlos *Los usos de Gramsci*, Folios, 1984.

6 Para Laclau “este carácter finalmente incompleto de lo social es la fuente principal de nuestra esperanza política en el mundo contemporáneo: es solo él el que asegura las condiciones de una democracia radical” (Laclau, 2000, 97).



EN OTRAS PALABRAS, no es el capitalismo desorganizado el que debe ser la fuente de optimismo político, porque en realidad así como han proliferado los antagonismos también lo que se ha visto es el aumento de las conductas cínicas y desesperanzadas al respecto del cambio social. La dislocación no es suficiente para entender las posibilidades de una política radicalizada sino la extensión de los significantes nacidos de las experiencias democráticas o simplemente de las ideas de igualdad/libertad dispersas en la trama social y la creencia en la posibilidad de éxito ganada en las experiencias de lucha de los colectivos. Para continuar con esta reflexión será interesante desarrollar otro cuerpo teórico que no parte de un punto de vista ontológico para definir a “lo político”.

PARA RANCIÈRE lo político “es el encuentro de dos procesos heterogéneos. El primer proceso es el de gobernar y entraña crear el asentimiento de la comunidad, cosa que descansa en la distribución de participaciones y la jerarquía de lugares y funciones.” (2000, p. 145). El segundo proceso consiste “en un conjunto de prácticas guiadas por la suposición de que todos somos iguales y por el intento de verificar esta suposición” (2000, p. 145). Al primer proceso lo llama *policy* o policía y al segundo emancipación o política.

ESTE ENCUENTRO EXISTE gracias a dispositivos específicos de subjetivación. “Por subjetivación se entenderá la producción mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencia dado, cuya identificación, por lo tanto, corre pareja con la nueva representación del campo de la experiencia” (Rancière, 1996, p. 52).

COMO SE PUEDE DEDUCIR DE ESTA AFIRMACIÓN, la política no consiste en lograr la justicia ni el bien común, sino que se trata de una demostración de un error. “la política no está hecha de socios que representan grupos efectivos sino que se refiere a la cuenta en sí de un sujeto excedente respecto a toda distribución social. Y pasa así por un proceso de subjetivación de aquél que toma la palabra y adopta un nombre para designarse” (Rancière, 1999, p. 251).

SI BIEN RANCIÈRE SOSTIENE que no se apoya en una ontología,⁷ parte de la hipótesis de que la policía siempre genera un daño a la igualdad. No existe un desarrollo en torno a cuáles son las instituciones específicas que permiten crear un “conjunto de procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, las organizaciones de los poderes, la distribución de los lugares y funciones

⁷ Para Rancière (2003) la política no está basada en una teoría del lenguaje, ni en un fundamento lingüístico comunitario o en una disposición antropológica hacia lo común. Por una vía que no describe una ontología acerca del orden [...] trato de mantener la conceptualización de la excepción, daño o exceso separado de cualquier tipo de ontología. Hay una tendencia común de que no se puede pensar política, a menos que uno conecte sus principios con un principio ontológico; la diferencia heideggeriana, la infinitud espinosiana del ser en la concepción de Negri, la polaridad del ser y el evento en el pensamiento de Badiu, la rearticulación de la relación entre potencia y acto en la teoría de Agamben” (Rancière; 2003; 8).



y los sistemas de legitimación de esa distribución” (1996, p. 43). La *policy* puede existir en un contexto institucional democrático o totalitario, pero lo fundamental es que si ésta daña a la igualdad a la vez está rodeada o se desarrolla en un contexto donde la igualdad es, al menos, un sentido o un significado compartido por unos pocos.

EL SUJETO POLÍTICO que pretende describir Rancière no se ciñe a los tradicionales, como los partidos políticos, los sindicatos. La importancia no es la forma institucional que asumen los colectivos emancipadores sino el mecanismo que insertan en el espacio público. Un sujeto político, de hecho, no es una identidad definida, atada a un lugar específico del espacio social, como, por ejemplo, el aparato productivo o el origen geográfico de un individuo. Aquél se instituye cuando una sumatoria de personas que se unen a partir de una identidad que está “entremedio”, que une “un ser con un no-ser o con un ser que no-lo-es todavía” (2000, p. 149). Un ejemplo lo podría constituir el movimiento obrero. El proletario es aquel “que mide la distancia entre la parte del trabajo como función social y la ausencia de parte de quienes lo ejecutan en la definición de lo común de la comunidad” (Rancière, 1996, p. 53).

PERO CUALQUIERA PUEDE SER UN SUJETO POLÍTICO. Cualquiera puede ser la temática que permita que un colectivo genere una universalización del daño, un encadenamiento entre aquellos que se reconocen como oprimidos, siempre y cuando opera una desclasificación, se cuestione el nombre que le otorga la policía y se manibre una demostración acerca de la igualdad (Rancière, 2001b). La pregunta que podría ordenar esta identidad es ¿somos o no somos iguales?, ¿somos o no somos ciudadanos?

HAY QUE NOTAR QUE EL DAÑO GENERADO A LA IGUALDAD no opera como un disparador de la política. Pero este daño solamente es visible cuando se intenta verificar la igualdad. Sólo hasta que un colectivo genera determinados mecanismos de subjetivación aparece el momento de lo político. Este supone, en primer lugar, el intento de verificación de la lógica de la igualdad entendido bajo la pregunta anteriormente hecha. En segundo lugar, la construcción de un escenario polémico compartido con un otro (aún cuando el otro rechaza la evidencia o argumento) y, finalmente, la condena a la desaparición de la identidad política (porque se trata de una identificación imposible, como ya se dijo). Por ello, otra característica de lo político, es su condición efímera.

LA IDEA DE QUE EL ORDEN se constituya sin una categoría como un exterior constitutivo (aún con todos sus límites) puede derivar en que pueda existir un orden social en donde no exista el momento político. La *policy* se funda sobre una ignorancia u olvido acerca de esa exclusión, de esos invisibles. ‘La parte de los que no tienen parte’ es un supuesto que no tiene lugar en la configuración sensible del orden

policial (Rancière, 1996). Pero con la aparición de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, el significante “igualdad” se ha dispersado y funciona como ese operador lógico que permite introducir la lucha emancipatoria o democrática.

POR ESO HAY UN ANTECEDENTE SIMBÓLICO, antes que institucional, para comprender la democracia. Tal vez la crisis de las instituciones y la representación tenga que ver con ello. La democracia no es tal si se reduce al voto, a la competencia partidaria y a la ciudadanía definida por la representación territorial. Aquel régimen no existe si no se instalan los mecanismos que permiten generar dispositivos verificadores de la igualdad. Si los individuos no pueden desclasificarse de su lugar de ciudadanos solo como ciudadanos votantes, si no pueden cuestionar que ellos también pueden tomar decisiones vinculantes, si no se crean espacios para demostrar que un “ciudadano” vale lo mismo que un “dirigente político”.

¿PERO DE ESTO SE DEDUCE que no importan las instituciones, la ley o el tipo de sistema político? La respuesta por supuesto es que sí importan. Lo político introduce el dispositivo de la verificación de la igualdad el cual subvierte la división de los lugares y las funciones. Esto quiere decir que si bien lo político es un momento efímero, deja un rastro en el orden policial.

ESTAS HUELLAS SON LAS QUE HAY QUE ESTIMULAR puesto que son las marcas de la igualdad en las instituciones. ¿Cuál es la vía para superar la crisis de la política y la crisis de la representación? La contingencia rige nuestro futuro y las conductas desesperanzadas, individualistas o cínicas pueden seguir consolidándose. No obstante, alguna intuición puede resultar de este repaso teórico en torno a lo político. Obsesionarse por la transparencia institucional o por los mecanismos electorales es válido solamente si detrás le sigue un objetivo, la creación de procedimientos que permitan la aparición de la polémica social, el manejo del daño y la verificación de la igualdad. 

LA DEMOCRACIA NO ES TAL SI SE REDUCE AL VOTO, A LA COMPETENCIA PARTIDARIA Y A LA CIUDADANÍA DEFINIDA POR LA REPRESENTACIÓN TERRITORIAL



BIBLIOGRAFÍA

- Arditi, Benjamín (1991) "La totalidad como archipiélago. El diagrama de los puntos nodales", en Benjamín Arditi (coordinador) *Conceptos. Ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía*, Paraguay: CDE-RP. Ediciones, pp 103-124.
- Beck, Ulrich; Giddens, Anthony y Lash, Scott (1997) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, España: Alianza.
- Laclau, Ernesto (1984) "Metaphor and Social Antagonisms", en L. Groesberg (editor) *Marxism and interpretation of culture*, Inglaterra: pp. 5-12.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (1985), *Hegemony y Socialist Strategy*, Inglaterra: Verso.
- Laclau, Ernesto (1997), *Hegemonía y Antagonismo; el imposible fin de lo político*, Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Laclau, Ernesto (2000), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Argentina: Nueva Visión.
- Lefort, Claude (1990), "Democracia y advenimiento de un lugar vacío", en *La invención democrática*, Argentina: Nueva Visión, pp. 187-193.
- Portier, Hugues (2005). *Claude Lefort. El descubrimiento de lo político*, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Rancière, Jacques (1995), "Post democracy, politics and philosophy. An interview with Jacques Rancière", en *Angelaki*, vol 1, #3, Inglaterra: pp. 171-178.
- Rancière, Jacques (1996), *El desacuerdo*, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Rancière, Jacques (2000), "Política, identificación y subjetivación", en Arditi, A. (editor) *El reverso de la diferencia; identidad y política*, Venezuela: Nueva Sociedad, pp. 145-152.
- Rancière, Jacques (2001a), "Ten theses on politics", en *Theory and event*, 5;3.http://muse.jhu.edu/journals/theory_and_event/v005/5.3ranciere.html, (octubre 2004).
- Rancière, Jacques (2001b), "La democracia es fundamentalmente es igualdad", en Quiroga, Villavicencio, Vermeren (comps.), *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, Argentina: Homosapiens, pp. 247-257.
- Rancière, Jacques (2003). "The thinking of dissensus; politics and esthetics", trabajo presentado en la Conferencia *Fidelity to disagreement; Jacques Ranciere and Politics*, realizada en Londres los días 16 y 17 de septiembre.
- Schmitt, Carl (1998), *El concepto de lo político*, España: Alianza Editorial.
- Zizek, Slavoj (2005). *La ideología, un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura: Argentina.



SILVANO CANTÚ*

Un café con Hannah Arendt

Aproximaciones a lo político desde la cafeticultura



No sólo estamos en el mundo, somos parte de él

HANNAH ARENDT

UNA RACIONALIDAD SOLUBLE (EN LA IRRACIONALIDAD)

A **GROSSO MODO**, la racionalidad que opera a través del mercado mundial del café no es muy distinta a la del mercado especulativo global en la gran mayoría de los *commodities* (bienes básicos), ni de la gran mayoría de los bienes y servicios que se compran y venden: es una racionalidad utilitarista. La teoría económica convencional –ética y psicológicamente limitada– caracteriza esta racionalidad identificando la realidad del comportamiento externo del individuo con la consistencia interna de sus elecciones y la maximización del propio interés.¹ En este supuesto, la motivación “normal” del individuo y la sociedad –en tanto que suma indiferenciada de individuos– es la correspondencia entre las elecciones que una persona hace y su propio interés: el egoísmo.

SIN EMBARGO, como observa Amartya Sen, “el mundo tiene su parte de Hamlets, Macbeths, Lears y Otelos”: la “realidad” del comportamiento humano y de sus motivaciones es mucho más amplia e impredecible de lo que los economistas convencionales suponen (o al menos no son exclusivamente egoístas). No todo es mercado y no todas las personas tienen como ideal de vida trabajar para consumir y acumular capital en un círculo inagotable (o, finalmente, agotado por la muerte). Por más méritos que pueda tener el modelo de racionalidad utilitarista para describir la “realidad,” dista mucho de ser el más adecuado cuando se trata de darle a la “realidad” algún significado normativo.

* Graduado en Derecho por la UANL, miembro fundador del Observatorio Ciudadano por la Democracia, que desarrolla un programa de educación ciudadana en comunidades cafetaleras de Veracruz, y consultor en materia de cafeticultura. silvanocantu@gmail.com

¹ Sen, Amartya. *Sobre ética y economía*. Colección Los Noventa. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial. México 1991. pp. 28–39.



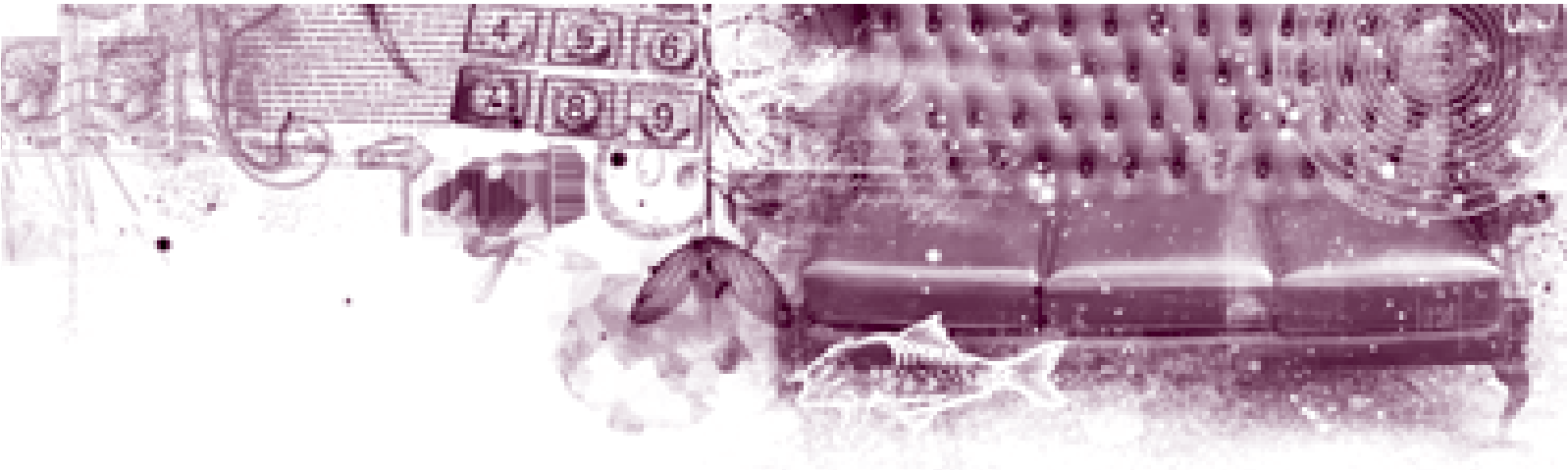
LA RACIONALIDAD DEL GLOBALISMO ES LA RACIONALIDAD DE LA EFICIENCIA
ECONÓMICA, DE LA OPTIMALIDAD DE PARETO: **NINGUNA PERSONA PUEDE MEJORAR
SIN EMPEORAR LA SITUACIÓN DE OTRA PERSONA**

EL GLOBALISMO (esa dimensión de la globalización que tiende a darle a ésta un sentido unívocamente economicista) ha apostado en buena medida a proyectar en todos los ámbitos (la economía, la cultura, la política, la sociedad) su concepto de racionalidad utilitarista, el cual supone que todos los intercambios entre las personas se reducen a la formulación de ciertos medios idóneos para conseguir un único fin: la maximización de la utilidad propia (generalmente en su modalidad de beneficio económico). La racionalidad del globalismo es la racionalidad de la eficiencia económica, de la optimalidad de Pareto: ninguna persona puede mejorar sin empeorar la situación de otra persona.

EL CAFÉ NO SE SALVA DE ESTA VISIÓN UNÍVOCA, toda vez que como negocio es bastante rentable: es el *commodity* cuyas operaciones obtienen el mayor valor en el mundo, sólo después del petróleo. No obstante, la gran debilidad del mercado cafetalero está en la distribución de esta riqueza: el hecho de que aquellos que hacen posible las inmensas utilidades cafetaleras en su origen (los campesinos), viven generalmente en la miseria.

EN RETROSPECTIVA HISTÓRICA, esto constituye la gran deficiencia del primer cuerpo de derechos de la modernidad: pese a la ficción de la igualdad jurídica universal, la desigualdad persiste de facto y complica –si no es que anula– el ejercicio de la igualdad y de la libertad. Al pobre, en el mejor de los casos, se le da la libertad de elegir cuál sería el dueño de su fuerza de trabajo y la muy relativa capacidad jurídica para firmar un contrato. En el campo, las inequidades del sistema se acentúan y ni siquiera una segunda generación de derechos humanos (los derechos de los individuos en colectivo) resolvería el problema. Cualquiera que vaya a una plantación cafetalera en México –para no ir tan lejos– notará que la mayoría de las operaciones se realizan sin garantías jurídicas (sin contrato) y con el “racionalísimo”, egoísmo, en el que prevalece la ley del económicamente más fuerte (con todo y la vanagloria mexicana de haber aportado a la modernidad esa joya de las garantías sociales). En estas condiciones de necesidad e ignorancia, los campesinos y sus familias ven dificultado de facto el acceso a derechos propios de un régimen de libertades.

ESTO, DESDE LUEGO, no es exclusivo de nuestro país. La racionalidad del egoísmo, del máximo de beneficios con el mínimo de costes, lleva a arbitrariedades tremendas. Para empezar, se le niega al campesino la posibilidad de influir sobre la oferta de lo que él mismo produce, dando a la Bolsa de Futuros de Nueva York o Londres el poder de fijar los precios internacionales. Posteriormente, en un contexto de precariedad y desesperación, se orilla al productor a rematar su cosecha, debajo aun de los bajos precios bursátiles que no cubren ni los costos de producción.



EL ESTUDIO DE OXFAM International sobre el café,² nos ilustra con el dato de que por cada taza vendida al consumidor final, el productor recibe cerca del 1 por ciento de su valor y el 6 por ciento del valor de un paquete de café en el supermercado. Como ejemplo del incremento que experimenta el valor del café de la plantación a la tienda, este estudio cita el caso de Uganda, cuyo aromático se vende con un beneficio para el comercializador de hasta el 7 mil por ciento en el Reino Unido y hasta del 4 mil por ciento en Estados Unidos.

CONSIDERANDO QUE EN EL MUNDO EXISTEN cerca de 25 millones de productores de café más sus familias (en México, alrededor de 3 millones: 280 mil productores más sus familias); que alrededor del 94 por ciento del café de los países en desarrollo se exporta como materia prima (café verde); que en países como Vietnam (segundo productor mundial), debido a las continuas crisis de los precios internacionales, los campesinos cubrían apenas el 60 por ciento de sus costos de producción de café robusta (cuyo precio es fijado en Londres); que según el Banco Mundial hay países cuya economía depende del café (por ejemplo, por su volumen de exportaciones, Burundi depende en un 79 por ciento, Etiopía en un 54 por ciento, Honduras en un 24 por ciento, etcétera); y finalmente que tan sólo cinco grandes transnacionales dedicadas a la industrialización y comercialización de café (Nestlé, Kraft, Procter & Gamble, Sara Lee y Tchibo) compran el 50 por ciento del café verde del mundo, no podemos concluir sino que el mercado global de café es aberrantemente injusto.

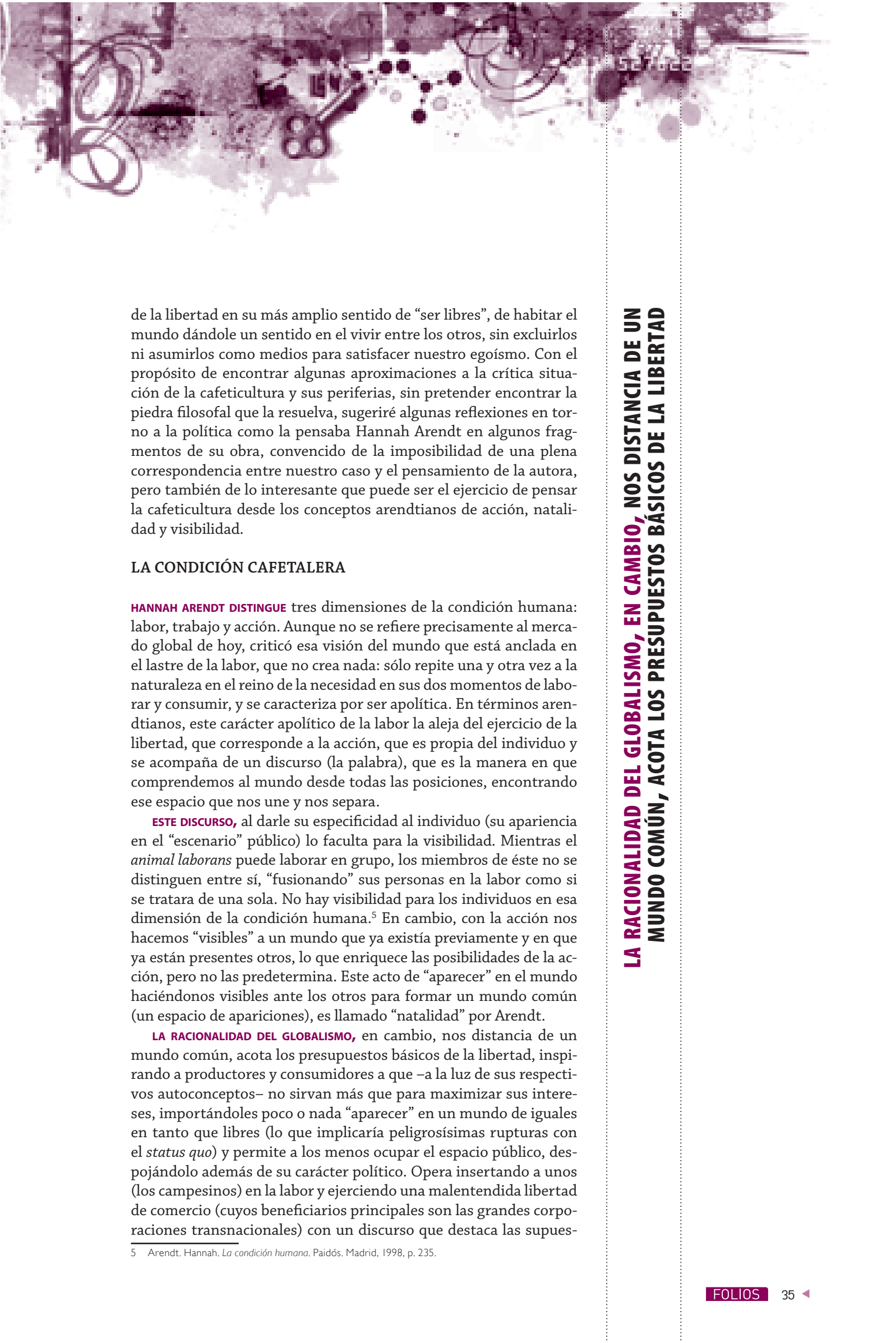
EN UN MUNDO EN QUE EL DISCURSO globalista glorifica a la libertad como su valor axial (el libre mercado, las libertades económicas), nada hay más lesivo a la libertad que las arbitrariedades de una eficiencia económica sin un correlato de ética y criterios distributivos, con el egoísmo como motivo y la maximización del propio interés como fin único de “nuestros” actos, justificando la instrumentalización indiscriminada de recursos naturales y personas. El mismo mercado en sus figuras más fuertes debería prever que esta racionalidad no conduce sino a la destrucción de sus propios cimientos (para el caso, esta “racionalidad” tiene mucho de eufemismo para egoísmo irracional). Esas proyecciones universales del egoísmo son la gran tragedia de la libertad, tergiversada por muchos de nuestros contemporáneos económicamente más poderosos, habilitados por gobiernos que entienden la libertad como anomia en las relaciones económicas (particularmente entre los más fuertes y los más débiles). En un mundo con una “libertad” así, tan parecido al Estado de Naturaleza hobbesiano, impera el derecho del más fuerte donde “ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad”.³

YA QUE LA VOLUNTAD ES EL SUSTRATO de la libertad y que el sentido de la política es justamente la libertad,⁴ corresponde a la política el restablecimiento de las condiciones fundamentales para el ejercicio

2 Gresser, Charis y Tickell, Sophia. “Mugged. Poverty in your Coffee Cup”. Oxfam Int., 2002. pp. 8, 10, 11, 20, 26, 27.

3 Rousseau, Jean Jacques. El contrato social. Ed. Dante, México, 1988, P. 11.

4 Arendt, Hannah. ¿Qué es la política?. Paidós/UAH, Madrid 1997, pp. 61-62.



de la libertad en su más amplio sentido de “ser libres”, de habitar el mundo dándole un sentido en el vivir entre los otros, sin excluirlos ni asumirlos como medios para satisfacer nuestro egoísmo. Con el propósito de encontrar algunas aproximaciones a la crítica situación de la cafeticultura y sus periferias, sin pretender encontrar la piedra filosofal que la resuelva, sugeriré algunas reflexiones en torno a la política como la pensaba Hannah Arendt en algunos fragmentos de su obra, convencido de la imposibilidad de una plena correspondencia entre nuestro caso y el pensamiento de la autora, pero también de lo interesante que puede ser el ejercicio de pensar la cafeticultura desde los conceptos arendtianos de acción, natalidad y visibilidad.

LA CONDICIÓN CAFETALERA

HANNAH ARENDT DISTINGUE tres dimensiones de la condición humana: labor, trabajo y acción. Aunque no se refiere precisamente al mercado global de hoy, criticó esa visión del mundo que está anclada en el lastre de la labor, que no crea nada: sólo repite una y otra vez a la naturaleza en el reino de la necesidad en sus dos momentos de laborar y consumir, y se caracteriza por ser apolítica. En términos arendtianos, este carácter apolítico de la labor la aleja del ejercicio de la libertad, que corresponde a la acción, que es propia del individuo y se acompaña de un discurso (la palabra), que es la manera en que comprendemos al mundo desde todas las posiciones, encontrando ese espacio que nos une y nos separa.

ESTE DISCURSO, al darle su especificidad al individuo (su apariencia en el “escenario” público) lo faculta para la visibilidad. Mientras el *animal laborans* puede laborar en grupo, los miembros de éste no se distinguen entre sí, “fusionando” sus personas en la labor como si se tratara de una sola. No hay visibilidad para los individuos en esa dimensión de la condición humana.⁵ En cambio, con la acción nos hacemos “visibles” a un mundo que ya existía previamente y en que ya están presentes otros, lo que enriquece las posibilidades de la acción, pero no las predetermina. Este acto de “aparecer” en el mundo haciéndonos visibles ante los otros para formar un mundo común (un espacio de apariciones), es llamado “natalidad” por Arendt.

LA RACIONALIDAD DEL GLOBALISMO, en cambio, nos distancia de un mundo común, acota los presupuestos básicos de la libertad, inspirando a productores y consumidores a que –a la luz de sus respectivos autoconceptos– no sirvan más que para maximizar sus intereses, importándoles poco o nada “aparecer” en un mundo de iguales en tanto que libres (lo que implicaría peligrosísimas rupturas con el *status quo*) y permite a los menos ocupar el espacio público, despojándolo además de su carácter político. Opera insertando a unos (los campesinos) en la labor y ejerciendo una malentendida libertad de comercio (cuyos beneficiarios principales son las grandes corporaciones transnacionales) con un discurso que destaca las supues-

LA RACIONALIDAD DEL GLOBALISMO, EN CAMBIO, NOS DISTANCIA DE UN MUNDO COMÚN, ACOTA LOS PRESUPUESTOS BÁSICOS DE LA LIBERTAD

5 Arendt, Hannah. *La condición humana*. Paidós, Madrid, 1998, p. 235.

tas ventajas comparativas y la apertura comercial sin limitaciones (pese a estar acompañada de un discurso, la racionalidad globalista se mueve más en la dimensión del trabajo que en el de la acción, toda vez que se mueve sobre el eje de los medios y fines utilitaristas con pretensiones de predictibilidad. La acción, en cambio, es impredecible en sus consecuencias).

EN ESTA RACIONALIDAD, los productores de café ven sensiblemente reducida su autonomía frente a las embestidas de las grandes agroindustriales, que controlan el mercado de insumos productivos (semillas y agroquímicos);⁶ que con el apoyo de los gobiernos y organizaciones económicas internacionales, promueven la conversión de cultivos tradicionales a otros de alto valor agregado en su calidad de ventajas comparativas y el dismantelamiento de las estructuras y regulaciones públicas para el desarrollo del sector primario (vía acuerdos como la Ronda Uruguay y el Consenso de Washington); que inciden en las políticas comerciales de las cadenas de supermercados más poderosas del mundo, etcétera.

ESTA PÉRDIDA DE AUTONOMÍA de la mayoría de los productores tiene su correlato político. Por una parte, en países como Brasil o Colombia, en que los cafetaleros están mejor organizados y, con o sin el Estado, han dado a sus comunidades aportes importantes en infraestructura y servicios públicos, los famosos desafíos de la globalización han podido ser más o menos lidiados y han representado en muchos casos oportunidades de insertarse exitosamente en el comercio mundial. Pero en casos distintos, el globalismo ha operado salvajemente, arrasando con recursos naturales y empobreciendo a los campesinos, que han tenido que articularse en torno a grandes agroindustriales y sus lineamientos de producción para sobrevivir. Esto conduce a la estandarización de prácticas agrícolas (que en este contexto equivale a la institucionalización fáctica de la reiteración) y a la dependencia de campesinos y naciones enteras al mercado global en términos alimentarios y comerciales.

ESTA DEPENDENCIA INDUCIDA DENUNCIA, por otra parte, la grave crisis de representatividad política del sector primario y, particularmente, de los cafetaleros. Esta reducción de la libertad sólo puede contrarrestarse (vista la falta de voluntad política de los gobiernos y la falta de condiciones de igualdad en el mercado) desde el ámbito de los mismos productores, tomando en sus manos lo que la acción artificial de la representación no les da.

CON TODO, debido a que no se puede dar el salto cuántico de la pobreza a la competencia global o a un marco jurídico y político que permita hacer del mercado actual un mercado más justo, la batalla inicial en la reconquista de esta libertad debe darse en la política que desplieguen los mismos productores para la acción concertada en muchos niveles, desde la comunidad productora misma hasta la escena mundial y, además, en muchas dimensiones (por ejemplo,

⁶ Según la FAO, en 1980 había más de siete mil fuentes –públicas y privadas– de semillas en el mundo. A partir de 1998, tras un agresivo período de compras de pequeñas empresas de semillas, se estimaba que operaban sólo mil quinientas semilleras, veinticuatro de las cuales dominaban la mitad del mercado mundial.



LO FUNDAMENTAL DE “LO POLÍTICO”, COMO LO ENTENDIERON PENSADORES TAN DIVERSOS COMO TOCQUEVILLE, LEFORT, CASTORIADIS Y LA MISMA HANNAH ARENDT, ES LA LIBERTAD DE CONFIGURAR CON OTROS LA VIDA EN SOCIEDAD (LIBERTAD POLÍTICA) Y LA LIBERTAD DEL INDIVIDUO FRENTE A LOS DEMÁS...

la organización cafetalera como agente del desarrollo comunitario, como escuela para la técnica, la investigación y la democracia, como agroindustria social, como agente de difusión cultural y de sustentabilidad ecológica, como sistema de información comercial y como actor democrático plural, no corporativo).

LA ACCIÓN CAFETALERA EN CLAVE ARENDTIANA

LO FUNDAMENTAL DE “LO POLÍTICO”, como lo entendieron pensadores tan diversos como Tocqueville, Lefort, Castoriadis y la misma Hannah Arendt, es la libertad de configurar con otros la vida en sociedad (libertad política) y la libertad del individuo frente a los demás de asumir esta convocatoria para el trabajo político de la manera que mejor le parezca. Es decir, además del reconocimiento de la igualdad del otro para compartir este espacio público como espacio político, debemos reconocer la diversidad de los otros, entendiendo con ello la libertad como pluralidad.⁷

ESTA PLURALIDAD, en Hannah Arendt, procede de la natalidad y la acción. Por la natalidad, rompemos en cierto modo con el pasado insertándonos al mundo como “alguien” nuevo y nuestras acciones lo hacen también mediante la introducción de “algo” nuevo y propio al mundo, interrumpiendo un proceso de la naturaleza, lo social o la historia (lo que Arendt llama “un nuevo comienzo”, peculiaridad de la acción).

SI PARA HEIDEGGER (quien fue maestro y –dicen las malas lenguas– amante de Arendt), el ser es un ser para la muerte, y para los utilitaristas la conducta del individuo se mide por el éxito histórico de sus actos, para Arendt el ser lo es para la natalidad, para sentar nuevos comienzos y su acción no se mide tanto por el éxito histórico de sus consecuencias sino por su innovación en el flujo de la historia, de la vida cotidiana. Así, además de plural, la acción arendtiana es impredecible e irreversible y constituye un tipo de racionalidad distinta a la utilitarista.

¿CÓMO APLICAR UNA RACIONALIDAD así al mundo del café, en que todo parece cifrarse en medios y fines, eficiencia económica y labor colectiva? Primeramente, distinguiendo lo económico de lo político en la cafecultura. Económico es el cambio de bienes por dinero, pero política es la forma en que los productores se organizan entre sí para producir y comercializar su café, incluyendo las prácticas al interior de la organización o comunidad que habilitan a sus miembros, sin discriminación ni exclusión, para participar en la toma de decisiones comunes, para disentir y proponer, para establecer condiciones mínimas en las operaciones comerciales que celebren, y deliberar sobre prioridades e inversiones colectivas a propósito de las utilidades que reciban por su cosecha, etcétera. En suma, favorecer en lo posible que la organización o comunidad sean espacios de apariciones, mundo común.

7 Arendt, Hannah. ¿Qué es la política?. Paidós/UAB. Madrid, 1997, p. 45.

ESTE CRITERIO DE DIFERENCIACIÓN puede articularse con un segundo criterio general, el de la pluralidad en tanto que distinción orgánica y democrática de las funciones que desempeñan los miembros en sus organizaciones y comunidades. No se trata, pues, de la organización “fusionadora” que se erige en una persona hecha de individuos que hacen todos lo mismo. Se trata, más bien, de la organización en que cada miembro asume su distinción y aporta lo propio al conjunto. Lo político aquí se expresa en un compromiso: el de aumentar el “inicio” (la cafecultura, que en México tiene más de doscientos años) con la acción y la palabra. Esto es posible si asumimos la multidimensionalidad de la organización cafetalera: no sólo tiene sentido en tanto que productora de café, sino como escuela para la acción (para esto la habilita su constitución democrática); como escuela formal de técnica y conciencia (en la institución de círculos de estudio y deliberación, de articulación con otras organizaciones de cualquier naturaleza que les brinde asesoría y abra espacios para el conocimiento en ámbitos tan diversos como el derecho, la política, el funcionamiento del mercado internacional, etcétera); como agente de difusión cultural (asumiendo un discurso propio, nutrido en parte de sus tradiciones pero sin instalarse en el puro folclorismo, sino facilitando la “aparición” de valores individuales y grupales creativos e innovadores); como actores democráticos apareciendo en el espacio público con sus reivindicaciones y demandas, pero también con propuestas que no les vengan dictadas por programas políticos exógenos sino que puedan realizar por sí o en participación con otros de sus iguales, por ejemplo, por medio de la promoción de determinada legislación que les favorezca (que, por cierto, aún no existe en México),⁸ etcétera.

AUNQUE SE OBJETE a esta multidimensionalidad de la cafecultura que las condiciones actuales de educación y patrimonio de los campesinos se encuentran limitadas para todos estos propósitos, no sólo cabe la bienintencionada mención al carácter “taumatúrgico” del “nuevo comienzo” arendtiano, sino que una visita a las comunidades cafetaleras pueden ser sorpresivas por el grado de conocimientos y el sentido que dan los campesinos a su propia actividad y su entorno natural y social (que yo considero como un germen para una visión sustentable del mundo). Con todo, el apoyo externo no está reñido con esta visión, siempre que se conceda al campesino el poder de determinar su nuevo comienzo, no así sus consecuencias, que no corresponde a nadie determinar.

FINALMENTE, la organización no puede limitarse a ser un código de ética, que no se traduzca en mejoras en la calidad de vida de los cafetaleros. No se busca dar comienzo a una ente-

⁸ En las Cámaras de Diputados y Senadores hay dictámenes con proyecto de Ley de Desarrollo Integral y Sustentable de la Cafecultura, pero además de que no se han aprobado tienen serias deficiencias en lo relativo al órgano rector de la política pública para el café y las políticas sociales y de desarrollo rural que le son relativas.



EL CONSENSO DE LOS PRODUCTORES EQUIVALE EN LA ESCALA GLOBAL A CONFLICTO, EN TODO CASO, UN CONFLICTO QUE PERMITE A LA CAFETICULTURA LA PLURALIDAD DE LA POLÍTICA Y NO EL MONOPOLIO QUE TRASTOCA LA DISTINCIÓN ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

lequia más, sino más bien, en buena medida, a un espacio de convivencia más justa entre los diversos factores de la cadena cafetalera, incluyendo a los consumidores. El consenso de los productores equivale en la escala global a conflicto, en todo caso, un conflicto que permite a la cafeticultura la pluralidad de la política y no el monopolio que trastoca la distinción entre lo público y lo privado. Por ello, la organización “multidimensional” de la cafeticultura debe aspirar a superar las limitaciones de otros modelos, como el comercio justo y las corporaciones “políticas” (que generalmente son clientelas electoreras). Por ejemplo, se pueden adoptar los estándares internacionales del comercio justo (precios mínimos y primas de comercio justo), aumentadas con mejores precios mínimos (que siguen siendo muy mínimos en comparación con las opíparas utilidades de los tostadores y comercializadores) y superando el esquema que favorece la pura exportación, vía el fortalecimiento del mercado interno, evitando así sobreofertas que reducen los precios y permitiendo el acercamiento de los connacionales urbanos al campo, sensibilizando así en la democracia. Asimismo, la multidimensionalidad de esta organización política trasciende al ámbito de la necesidad (un tanto cuanto conductista) del comercio justo, para instalar en el mundo de los iguales (de los libres) a los cafetaleros. Esto les daría una mayor autonomía decisional para competir. Por último, las exigencias de esta propuesta encuentran algunas claves para su solución en la articulación de las comunidades cafetaleras y sus organizaciones (que actualmente están atomizadas y limitadísimas en sus ámbitos de acción y eficiencia económica). Esto también evitaría el “castigo” del globalismo a quienes toman un camino alternativo.

EN LO GENERAL, esta acción en la cafeticultura en clave arendtiana, apenas un esbozo, faculta a los cafetaleros para que tomen plena conciencia de que no sólo están en el mundo, sino que forman parte de él (y no sólo como proveedores de materia prima barata, sino como actores determinantes). Por supuesto, también los consumidores deberemos poner nuestra parte de conciencia del mundo común y definitivamente, tarde o temprano, lo deberán hacer las transnacionales.

CONCLUYO dejando aún muchos temas pendientes, bajo el entendido de que estas reflexiones son aproximaciones, pero comentando a manera de epílogo que las dinámicas de esta actividad tan compleja garantizan la impredecibilidad de la acción. No obstante, aún cabe esperar que en el consenso, en el diálogo propio de la palabra, los cafetaleros encuentren una vía para influir activamente en su destino, de tal modo que su libertad sea la “libertad de querer que esto o aquello sean así o asá”.⁹ En el café y en todo –me parece– es de eso de lo que trata el mundo. ☐

⁹ Arendt, Hannah. *Qué es la política?*. Paidós/UAH, Madrid 1997, p. 66.



ÁNGEL SERMEÑO*

Transformaciones y desafíos de la teoría democrática contemporánea

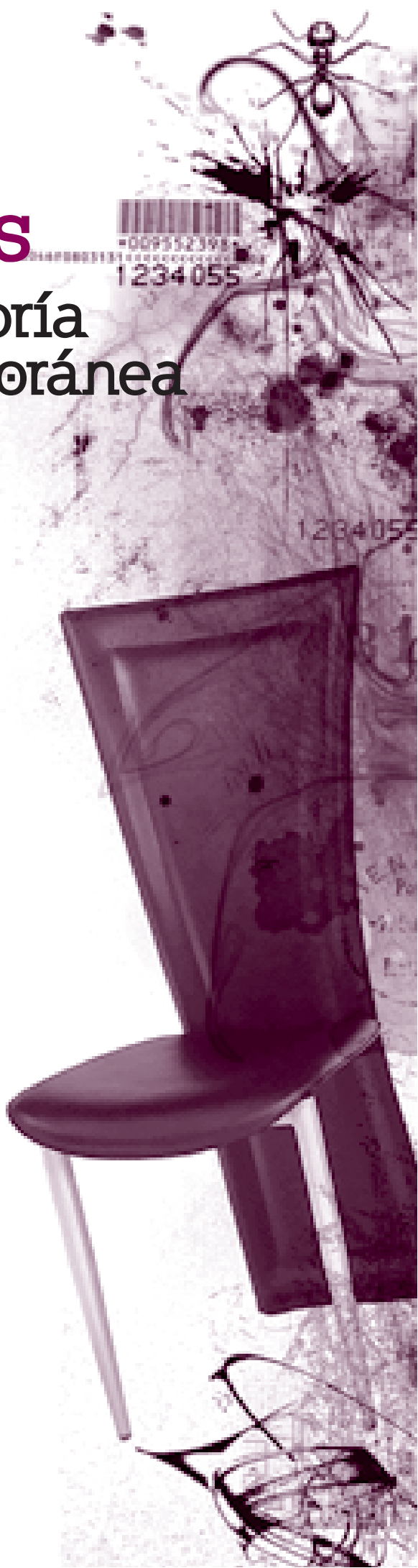


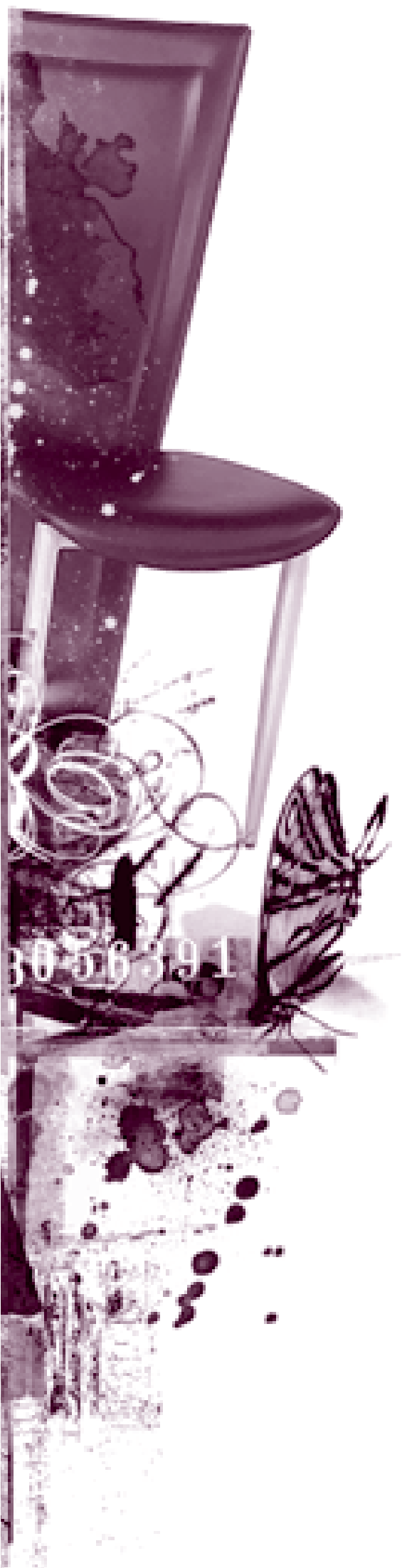
DEL ENTUSIASMO POR LAS LIBERTADES AL DESENCANTO DEMOCRÁTICO

LAS POSTURAS MÁS PESIMISTAS sobre el valor de la teoría política contemporánea sostienen que ésta, en especial cuando adopta el formato de democrática, no posee en realidad capacidad para explicar la naturaleza y el impacto de las transformaciones o, incluso, de la emergencia de nuevas realidades y procesos sociohistóricos de gran trascendencia para la configuración del orden social. Este radical juicio, sin embargo, no logra opacar o minimizar el hecho de que gran parte de la nueva literatura sociopolítica se dedica a describir y descifrar la dinámica y lógica de estas nuevas realidades en referencia. De ahí, precisamente, la proliferación de estudios –quizá cada vez menos aproximativos, pero tal vez sin alcanzar a ser satisfactoriamente concluyentes– sobre fenómenos tales como: la globalización; la fragmentación cultural y la afirmación y expresión de nuevas identidades; los alcances de las funciones del aparato de Estado; el impacto del desarrollo tecnológico; la revolución de la información y los enfoques sobre la creciente complejidad de la constitución de la realidad social; definen, entre otros muchos, los nuevos temas de la agenda de desarrollo de la teoría política contemporánea. A pesar de su exactitud queda, no obstante, algo del pesimismo de los enfoques radicales mencionados que abiertamente contrarían la capacidad de la teoría política para orientarnos de manera satisfactoria en la comprensión de tales fenómenos y, especialmente, en su naturaleza fallida ante la necesidad de reajustar con sentido y congruencia nuestro comportamiento frente a dichas nuevas realidades.

UNA TESIS MÁS ESPECÍFICA de esta perspectiva escéptica ante el valor de la teoría política impugna, con diferentes dosis de radicalidad, la capacidad del discurso democrático (liberal y

* Candidato a doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor-investigador de Tiempo Completo de la Academia de Ciencia Política y Administración Urbana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).





representativo, en particular) para hacer frente a los desafíos reales de estas transformaciones inéditas. En este sentido, se nos dice, con bastante acierto en mi opinión, que el discurso democrático adopta dos expresiones muy distanciadas o, mejor dicho, colocadas en extremos opuestos de un mismo eje que paradójicamente convergen en un mismo resultado consistente en vaciar de sentido y contenido a la democracia. Una postura hace de la democracia un ejercicio retórico e ideológico (que la convierte en un principio de legitimación válido en sí mismo, pero que cuando no se traduce en prácticas y ordenes institucionales eficaces hace de dicha legitimación un vulgar ejercicio de enmascaramiento de la realidad). La postura opuesta hace de la democracia un discurso utópico de alto contenido normativo que apela a valores e ideales que igualmente no se traducen en experiencias prácticas reales.

POR SUPUESTO, esta tensión dentro de la teoría democrática, entre la dimensión axiológica normativa y su traslado hacia un ejercicio práctico, no es nada nueva; siempre ha existido y tradicionalmente ha cumplido un papel más bien positivo, consistente en evaluar, en función de su referente normativo, la calidad del ejercicio democrático concreto.

A LO LARGO DE SU LARGA HISTORIA, la democracia siempre se cocibió como un proyecto permanentemente inacabado que, precisamente, retomaba de sus impulsos normativos las energías necesarias para conciliarse con las problemáticas concreciones del presente. La cuestión abiertamente expresada en muchos diagnósticos sobre “el futuro de la democracia” consiste en determinar si ese papel positivo se sigue jugando; es decir, si bajo las transformaciones de la realidad de la estructuración y dinámica del orden político es aún realista defender la viabilidad de la aplicación o concreción de los valores normativos de la democracia. Ante esta suerte de dilema, el espectro de posturas adopta, como hemos dicho, un matiz de escepticismo y rechazo que se diferencia básicamente por su radicalidad.

POR UNA PARTE, TENEMOS AQUELLAS POSTURAS que tajantemente anuncian la defunción de la democracia, hasta aquellas otras que proponen una reconstrucción exhaustiva de dicha teoría para devolverle viabilidad y sentido a sus valores. Según la primera postura, la democracia sería, en razón de la génesis del presente, una forma política evolutivamente frágil y, de hecho, improbable. Según la segunda postura, en cambio, las propias autocríticas del discurso democrático indican los correctivos (epistemológicos, normativos y prácticos) que salvarían los aspectos más problemáticos y universalistas de la democracia liberal. En tal disyuntiva, evidentemente, no están en juego cuestiones menores dado que atrás de los valores del discurso democrático están en consideración los alcances de la modernidad. En suma, el dilema civilizatorio

que se juega en esta reflexión sobre el sentido y la viabilidad del discurso democrático es, precisamente, el de elegir entre dismantelar o reconstruir, con las implicaciones que ello conlleva, el imaginario democrático.

FACTICIDAD Y VALIDEZ DEL IMAGINARIO DEMOCRÁTICO

TODO ORDEN SOCIAL ES, como sabemos, un artificio humano, una construcción social que depende de la correlación de fuerzas imperantes en el contexto histórico de una sociedad. De esta manera, la teoría política de cada época ha cumplido con la tarea de fundamentar y justificar ese orden socio-histórico que en razón de la pluralidad y contingencia humana tiene que estar siendo constantemente construido y reconstruido de forma abierta e inacabable. Justamente, la raíz o fundamento de la práctica política se encuentra en esa condición intrínseca de fragilidad social. Es decir, salta a la vista que el objetivo de la práctica política –en un sentido muy amplio– es definir la forma del orden social, y para cumplir ese propósito se vale de un conjunto de significaciones sociales centrales que facilitan la objetivación concreta e institucional del orden socio-histórico. Estas significaciones pueden llamarse, de acuerdo con una influyente categorización de la teoría política contemporánea, como el “imaginario social” (Castoriadis).

AHORA BIEN, la naturaleza de un imaginario social es esencialmente simbólica. Lo imaginario y lo simbólico van juntos. Esto es, un imaginario utiliza lo simbólico para expresarse y existir. De hecho, un imaginario social es algo mucho más amplio y profundo que las construcciones intelectuales producidas por la teoría política, aunque el ejercicio de reflexión sobre la realidad social que expresa puede dar cuenta de los contornos (con límites poco claros) y los contenidos (valores, prácticas, etcétera) de un imaginario específico. En este sentido, un imaginario social indica el modo en que imaginan o entienden y dan sentido a su existencia social los integrantes (individuos y grupos) de un orden social. Esto significa que el imaginario es compartido por el conjunto de una sociedad y no es el coto privado de una minoría. Por ejemplo, una elite dirigente o el propio segmento de intelectuales de una sociedad. Al ser, en consecuencia, una concepción colectiva compartida, el imaginario hace posible prácticas comunes que informan nuestra vida social.

TODO IMAGINARIO SOCIAL es complejo y condensa, entre otros contenidos, las expectativas normales que mantenemos unos respecto de otros. Por otra parte, un imaginario es algo que es al mismo tiempo fáctico y normativo. La relación entre estas dos dimensiones (prácticas y valores) no es, como de manera sensata se puede comprender, unidireccional. Es decir,





“las cosas sociales obedecen a las significaciones que figuran, inmediata o mediatamente, directa o indirectamente y recíprocamente; las significaciones imaginarias sociales están en y por las cosas que las presentifican y las figuran (Berian, 2004, p.158); o, dicho de otra manera, puede sostenerse que la importancia de una definición como la de imaginario social radica en que es lo que le da sentido tanto a un acto particular como a una institución en un contorno simbólico amplio y profundo. Así, los actos y las instituciones sociales cobran sentido en el marco del conjunto simbólico que hace realidad un mundo de significados. Es ese mundo de significados los que les proporcionan a los miembros de una sociedad una concepción del lugar que ocupan en el tiempo y en el espacio y entre las demás personas.

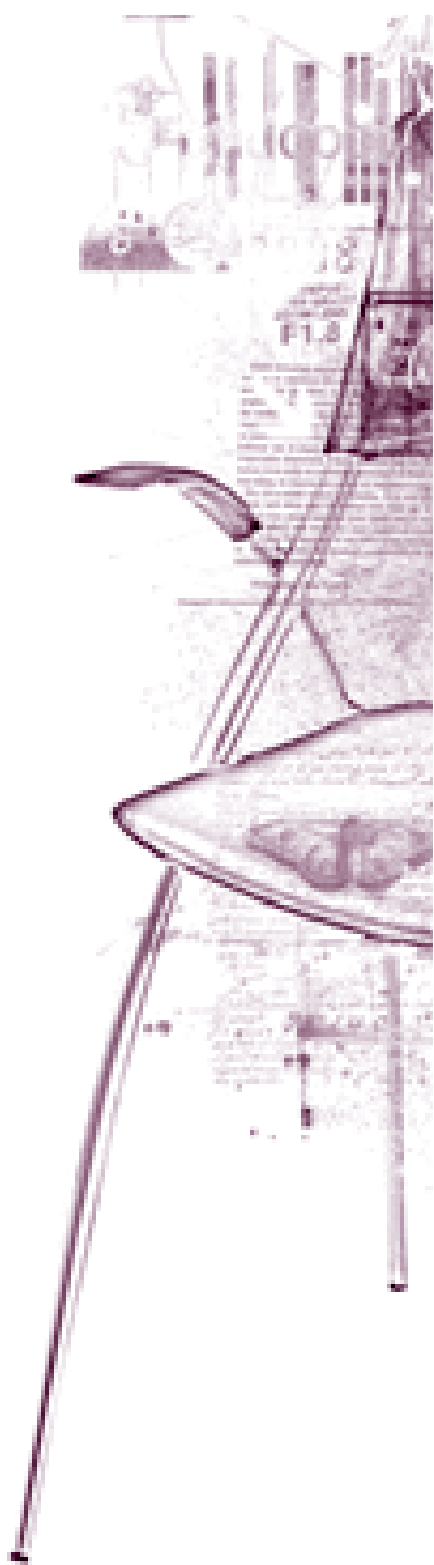
ESTAS BREVES CONSIDERACIONES conceptuales que indican unos contornos elementales para poder utilizar la categoría de imaginario social tienen el propósito de compartir la visión de un filósofo como Charles Taylor, que sostiene que un imaginario social es, en el fondo, primero la definición y luego la concreción de un orden moral. Para Taylor, el orden social de la modernidad es, precisamente y ante todo, un orden moral que nació como una idealización de valores que poco a poco dieron paso (en un proceso histórico con contradicciones y retrocesos sin que, por tanto pueda asumirse como una evolución teleológica ordenada y tendente a un orden superior) a prácticas e instituciones que hoy día se intercomunican y moldean mutuamente con el imaginario social de la modernidad. De esta suerte, “el orden moral de la modernidad se caracteriza por el surgimiento de ciertas formas sociales entre las que se cuentan: la economía de mercado, la esfera pública y el autogobierno del pueblo entre otras” (Taylor, 2006, p. 14).

SIN DUDA, EL PILAR DE ESTOS VALORES ESTRIBA, a juicio del referido autor, en una concepción de los seres humanos que los define como agentes sociales y racionales que colaboran pacíficamente para beneficio mutuo; y en donde la doctrina de los derechos naturales (humanos) se volvió el trasfondo moral universal de las prácticas y del discurso de las instituciones modernas. Para Taylor este impacto en la construcción de la realidad social contemporánea no puede subestimarse. En su opinión, “esta idea de orden moral ha reformulado nuestras nociones de sociedad y política. Ha supuesto el paso de un contexto único a muchos distintos; ha avanzado del ámbito teórico al imaginario social; ha definido, finalmente, un conjunto de exigencias que este orden moral impone” (Taylor, 2006, p. 43). La visión del orden moral moderno como imaginario social es que este orden moral no se asume como una utopía que en cuanto tal es irrealizable sino que enfatiza o, mejor dicho, exige una realización más o menos plena aquí y ahora de ese entramado de normas que dan cuerpo a dicho

orden moral. Habría, en opinión de Taylor, una suerte de componente “óntico” en el sistema normativo y moral de la modernidad que justificaría su realización en la historia. De esta suerte, la siempre argumentable distancia insalvable entre facticidad y validez no sería en sí misma problemática toda vez que –al menos en parte, y sujeto a diversas condiciones– ese orden moral sería realizable. La distancia entre la norma y la práctica en esta perspectiva sería en el fondo un poderoso aliciente para adecuar ésta a la norma.

HOY DÍA, LA VERDAD SEA DICHA, este componente “óntico” se encuentra en entredicho. Asumiendo, en efecto, que el impacto sobre la construcción de las realidades socio-históricas del presente de este imaginario social no puede minimizarse, tampoco puede no advertirse que las inéditas transformaciones de las realidades políticas habrían vuelto obsoleto e inviable el discurso del orden moral moderno y, con él, como es obvio atisbar, el discurso de la democracia liberal representativa. Expresado de muy diversas maneras y por un conjunto amplio de autores de signo ideológico opuesto, emerge una idea común que comparten muchos de los diagnósticos sobre la mutación de las instituciones democráticas y su funcionamiento real. Este argumento afirma, a grandes rasgos, que los supuestos clásicos de la democracia son irrealistas. Es decir, las transformaciones de las realidades políticas (globalización, posmodernidad, complejidad, etcétera) hacen inviable que el discurso y las instituciones diseñadas para hacer realidad los objetivos de la democracia (autonomía moral del individuo; autogobierno; ejercicio de libertades y derechos; justicia e igualdad económica; participación política y democrática). En opinión de una autora como Seyla Behabib “algunos aspectos de nuestro universo social, simbólico y político han sido transformados profundamente y casi con certeza de modo irrecuperable. El presente alberga muchas paradojas, contradicciones y hechos que nos dejan perplejos”. La consecuencia directa de lo anterior sería para esta misma autora que “los ideales culturales y políticos de la modernidad: las metanarrativas de las democracias liberales se han vuelto poco creíbles para la vanguardia humanística y artística de la sociedades occidentales del capitalismo tardío... [de manera que] se ha producido un clima intelectual profundamente escéptico respecto de los ideales morales y políticos de la modernidad, la ilustración y la democracia liberal” (Benhabib, 2005, pp. 13-14).

ENTONCES, DE SER CIERTO LO ANTERIOR, ¿cómo explicar –y no sólo constatar– ese pesimismo radical? ¿Tienen o han recibido respuestas convincentes las argumentaciones que impugnaron y aún hoy día colocan en entredicho la eficacia de las prácticas y de las instituciones democráticas? ¿Es posible corregir la aparente tendencia declinante y parabólica de tales instituciones? ¿El asidero universalista del orden moral en que consiste el imaginario democrático puede aún sostener las bases fuertemente normativas de la teoría democrática contemporánea? Estas y otras interrogantes similares atraviesan, como insisto, los intereses y las preocupaciones de la





**CREO QUE CEDER ANTE EL NIHILISMO Y RELATIVISMO DE NUESTRO TIEMPO
ES INACEPTABLE DESDE UN PUNTO DE VISTA ÉTICO-POLÍTICO**

gran mayoría de autores y corrientes del pensamiento político contemporáneo. Personalmente me suscribo a las visiones que defienden la importancia y pertinencia de la tradición universalista en la filosofía práctica. Al estilo de Jürgen Habermas y otros autores, creo que ceder ante el nihilismo y relativismo de nuestro tiempo es inaceptable desde un punto de vista ético-político, dado que dicha opción implica necesariamente que se sacrifiquen aspectos tan relevantes como la legitimación, el consenso y la libertad dejando, en consecuencia, el camino abierto en pos de la eficacia, la eficiencia y la gobernabilidad, a soluciones definidas por rasgos tecnocráticos y autoritarios. Sin embargo, no puede negarse ni la extensión ni la profundidad, la rapidez e, incluso, el vértigo de las transformaciones de las realidades socio-históricas del presente ya indicadas. Por tanto, la cuestión sustantiva sobre la que ha estado girando este esfuerzo de problematización intenta aclarar, a partir de la revisión de los más destacados diagnósticos sobre el tema, en qué condiciones y con que auto correcciones (teóricas y prácticas) la democracia puede continuar siendo deseable y preferible como régimen político.

DIAGNÓSTICOS SOBRE LAS TRANSFORMACIONES DE LA DEMOCRACIA

CON LA INTENCIÓN DE ILUSTRAR, de manera un poco más concreta, la tesis anteriormente expuesta, describiré a continuación algunos de los principales elementos que se vuelven recurrentes en los diagnósticos pesimistas sobre las transformaciones de las realidades y los órdenes sociales del presente. Es conveniente aclarar que se trata de un recuento improvisado e incompleto que no intenta ofrecer aún una sistematización satisfactoria que defina, por ejemplo, la jerarquía de los nuevos problemas o la comprensión última de la naturaleza de dichas transformaciones y, ni siquiera, intenta ofrecer claridad completa sobre sus orígenes, entre otras razones objetivas, por la falta de espacio en este momento para acometer dicha tarea. En todo caso, un primer rasgo compartido por muchos de estos diagnósticos del presente estriba en mi opinión en la gran dificultad para arrojar luz en la confusión reinante en este mundo de principios del siglo XXI.

EN EFECTO, MUCHAS DE LAS VIÑETAS PUBLICITARIAS con las que se intenta condensar el espíritu de esta época de transformaciones siguen dominadas, en su mayoría, por el peso de la ideología y su ocultamiento de realidades más que por un afán verdaderamente esclarecedor de los nuevos engranajes o resortes estructuradores de los inéditos procesos que reconfiguran el orden o, mejor dicho, desorden del momento presente. De esta suerte, frases exitosas y multicitadas como, por ejemplo: “fin de la historia”, “choque de civilizaciones”, “multiculturalismo y exigencia de reconocimiento”, “globalización”, “crisis de la política” o “múltiples modernidades” dan cuenta, en el mejor de los casos, sólo de forma parcial de la dinámica de un mundo no sólo anárquico y caótico sino anárquico y caótico en extremo,



es decir, desenfrenado, incontenible y anómico. ¿Cuáles serían en este contexto la lista de peligros que amenazan al orden liberal y que volverían en los hechos, irreales los componentes del imaginario político de la modernidad en los Estados democráticos del presente? Como digo, no se trata de agotar dicha lista, sino simplemente de ilustrar el surgimiento de nuevas desigualdades y conflictos sociales y, por lo pronto, sólo indicar tentativamente cómo ellos amenazan o desafían abiertamente a las instituciones políticas de la modernidad y la democracia. Reduciré, pues, un listado abrumadoramente extenso a la enumeración y breve descripción de tres procesos sumamente complejos y cuya importancia radica en que se convierten en, por así decirlo, centros de generación y de abigarramiento de las nuevas transformaciones del orden sociopolítico e histórico del presente.

Modernidad y globalización

LA LITERATURA SOBRE LA MODERNIDAD y la globalización ha producido ya varias generaciones de diagnósticos sobre su naturaleza, sobre su origen y, especialmente, sobre su impacto en la transformación del presente. Tal literatura es, por lo demás, intrínsecamente polémica. Aquí sencillamente retomo algunos lugares comunes que contienen una interpretación que si bien yo comparto, no está exenta de contrarreplicas. Sostengo que esta apretada síntesis de la literatura en cuestión nos coloca en la dirección correcta para comprender el sentido de las nuevas dinámicas y desafíos en cuestión. Queda claro, en primer lugar, que la globalización si bien está moldeando un nuevo mundo ha sido una fuerza esencialmente perturbadora y desestructuradora. La globalización, evidentemente, no es homogénea y, en cuanto tal, expresa luces y sombras. Y, tal vez, más sombras que luces.

EN SEGUNDO LUGAR, el vínculo entre la modernidad y la globalización se da a través de los procesos de modernización. La modernidad sería entonces, a grandes rasgos, ese proceso de diferenciación funcional y de secularización cultural que dio paso al imaginario político de la democracia liberal, arriba ya esbozado en gruesos contornos. En cambio, la modernización sería una especie de importante subproducto de la modernidad. Sería un proceso de búsqueda, por una parte, del desarrollo y del progreso en el plano económico y, por la otra, de impulso hacia la creación de instituciones que se convertirían en el soporte de las prácticas de la democracia en el mundo.

EN TERCER LUGAR, a reserva de desarrollar debidamente las dos premisas anteriores, comparto la interpretación que ve en la glo-



**EN EFECTO, CON LA ACCELERACIÓN DE LA MODERNIZACIÓN IMPLÍCITA EN EL
DESARROLLO DE LA GLOBALIZACIÓN, SE ESTARÍA ASISTIENDO A CIERTA Y
SIGNIFICATIVA DESTRUCCIÓN DE LOS REFERENTES Y ASIDEROS MANIFESTADOS EN
LAS INSTITUCIONES PROCURADORAS DE LEY Y DE ORDEN**

balización un proceso de aceleración del proceso de modernización. La consecuencia extrema de tal aceleración sería la detonación de un mundo desbocado, un mundo incontenible, un mundo anómico (Giddens). La globalización expresaría, en cierto sentido, la manifestación de las consecuencias “*perversas*” de la modernidad. Es decir, la modernidad trasmutada en posmodernidad. Dicho de otra manera, al ser la modernidad, al menos si adoptamos un sentido weberiano, un proceso de disolución del orden estamental y la transición desde la autoridad tradicional hacia una autoridad lógico racional, la deformación de dicho proceso radicaría en la acentuación de los rasgos ambivalentes de la modernidad. En efecto, con la aceleración de la modernización implícita en el desarrollo de la globalización, se estaría asistiendo a cierta y significativa destrucción de los referentes y asideros manifestados en las instituciones procuradoras de ley y de orden. Esto es, a la grave erosión del ámbito de las normas que garantizan la estabilidad de la estructura social. Pero no solamente a ello. También asistiríamos al avance del relativismo y nihilismo posmoderno y, por tanto, a la expansión de la desorientación general de la sociedad. Esto es, a la disolución de valores, ligaduras, vínculos, en pocas palabras, a la pérdida de la eficacia del imaginario de la modernidad.

QUIZÁ, ENTONCES, en cuarto lugar, no deba sorprendernos cómo en las realidades contemporáneas presenciamos claramente el resurgimiento de valores y ligaduras premodernas como las que convencionalmente han proporcionado las creencias religiosas. Se trataría, en efecto, de la activación de las diversas religiones (y no sólo las grandes religiones milenarias sino incluso también algunas de las variaciones de las mismas en clave *new age*) como discurso politizable y politizado. Tal suerte de resurgimiento religioso puede comprenderse como un esfuerzo de construir sentido ante la desintegración de las estructuras sociales y del orden que emana de las mismas. La politización del discurso religioso radicaría, precisamente, en su capacidad de movilización y de búsqueda de nuevas ligaduras de sentido. Para una mentalidad que defiende los valores de la ilustración y la modernidad temprana ese proceso orientado a combatir los elementos de la anomia que se desprenden de la globalización y la modernización en el refugio de la religión no carecería de racionalidad pero, evidentemente, sería calificado como de una salida falsa; de una respuesta errónea.

PARECE, ENTONCES, que el principal problema de las sociedades modernas, visto desde esta perspectiva de análisis, consistiría en resolver el desafío de poder construir nuevas ligaduras, nuevos valores y, por supuesto, nuevas instituciones para combatir la des-

tructuración del orden social al mismo tiempo que tales valores e instituciones continúen siendo congruentes con una visión liberal. Es decir, que reactualicen y renueven el clásico imaginario social de la modernidad. ¿Es esto posible?

Nuevas expresiones del conflicto social

ES UN LUGAR COMÚN ADMITIR o reconocer que la base material del proceso de globalización es proporcionada por el desarrollo de la tecnología y, junto a ello, por la importancia estructural que la información adquiere en este nuevo modelo de sociedad. Líneas arriba se ha retomado la tesis que advierte de la condición de anomia social que la globalización trae consigo. Cabe reiterar, por lo demás, que esta anomia no es sólo cultural o simbólica; también posee una expresión material. Aunque en buena medida los enfoques marxistas han cedido terreno en su capacidad explicativa de la transformación del sistema capitalista, su énfasis en la importancia de comprender las expresiones concretas y materiales de tales procesos de cambio continúa, en mi opinión, vigente. En este sentido, ha quedado demostrado, de manera bastante clara y convincente, que uno de los impactos concretos y más visibles de la afirmación de una sociedad estructura por las fuerzas del desarrollo tecnológico e informático de la globalización consisten en la transformación del mundo del trabajo. Lo que conocíamos como la “sociedad del trabajo” ha perdido terreno y ha sido sensiblemente minada por los embates de la globalización.

NO HAY ESPACIO EN ESTE MOMENTO para profundizar en los diagnósticos que explican cómo, en razón del desarrollo tecnológico y del aumento de la productividad, el trabajo asalariado y el capital ya no están, como otrora, indisolublemente unidos. Es decir, el capital ha desarrollado formas de auto-reproducción que pueden prescindir del trabajo de muchos. Lo que si importa en este lugar de la presente argumentación es reflexionar, al menos a grandes rasgos, sobre las consecuencias de este hecho. La idea básica que se defiende, en conexión directa con las reflexiones desarrolladas en el apartado anterior, es que la globalización no sólo ha debilitado la fuerza integradora de instituciones tradicionales como la familia, la comunidad local o, incluso, el sentimiento de pertenencia a un Estado nación, sino que también ha socavado peligrosamente el mundo del trabajo, quizá el último recurso, la última fuente de cohesión social. En opinión de un autor como Ralf Dahrendorf, por ejemplo, las consecuencias de la pérdida en una sociedad del trabajo son radicales en términos de desestructuración social: “...la técnica –argumenta dicho autor– hace prácticamente superfluo el trabajo de la mayoría para el mantenimiento del bienestar del país. Ni la calidad, ni la cantidad bastan ya para estructurar la sociedad. De este modo, el trabajo también pierde su capacidad para estructurar la vida individual. Con ello, las instituciones sociales mudan de carácter y de significación” (Dahrendorf, 2005, p. 66).

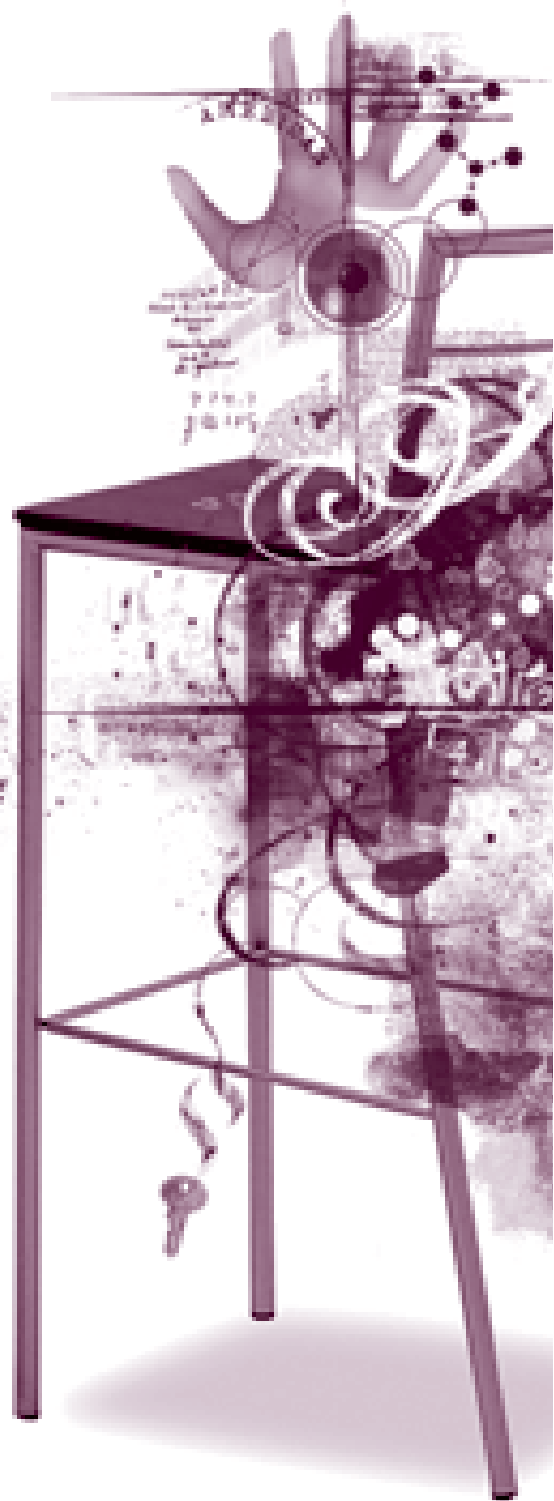
OTRO LUGAR COMÚN, pero exacto en mi opinión, de los trabajos sobre la globalización, es afirmar que su impacto en el



mundo es desigual. Ello implica que parte de la asimetría del despliegue de dicho proceso globalizador tiene que ver con el balance de ganadores y perdedores que el mismo produce. Los contrastes del impacto de la globalización no están a discusión. De un lado, el bienestar y la prosperidad ha logrado niveles sin precedentes en los países beneficiados por dicho proceso. De otro lado, la pobreza en el mundo ha ido en galopante aumento. De esta suerte, el aumento del desempleo y el aumento de la desigualdad han devenido en un nunca visto hasta ahora grado e incremento de la pobreza. Es decir, de la exclusión social, y no de cualquier exclusión sino de la más completa, compleja y extrema encarnada en la condición de pobreza extrema.

AHORA BIEN, la pregunta de sentido común es la que inquiere sobre cómo la vivencia de esta nueva expresión de la desigualdad se traducirá o no en la manifestación de nuevas formas de conflictos sociales que tengan el potencial de poner en severo riesgo a las sociedades contemporáneas. Una forma convencional de formular esta interrogante podría optar por utilizar el viejo argot marxista: ¿desembocará la manifestación de estas nuevas expresiones de la desigualdad y la pobreza en una reedición del conflicto de clases en la sociedad capitalista?

PARA UNA AUTOR COMO EL YA CITADO Ralf Dahrendorf es improbable que dicho formato de conflictividad social se reactuale. En su opinión, el nuevo formato del conflicto social se caracteriza por su individualización. El conflicto contemporáneo no es el conflicto de clase. Ello no implica que este cancelada la posibilidad de organización del descontento en las sociedades de hoy. La delincuencia organizada y el terrorismo serían los nuevos cauces de un conflicto social que nace en la vivencia individualizada del fracaso, la anomia y la exclusión social. La pérdida de horizonte de futuro vivida con particular intensidad en los segmentos jóvenes de la sociedad y primariamente experimentadas a través de maneras individualizadas, da paso de manera casi espontánea a otras maneras impredecibles e invisibles de oposición contra los poderes establecidos y las fuerzas excluyentes del mundo globalizado. Quizá la nota novedosa sobre los cauces de organización del conflicto en el presente radique en la fuerza de la creencia fundamentalista para proporcionar un horizonte de sentido al excluido y, por ende, para movilizar su frustración y amargura en un evidente contexto de manipulación. O, en el otro típico caso de expresión del conflicto social, en la búsqueda de salvación individual a través de las actividades ilícitas como las vinculadas al narcotráfico que, con todo, suponen un elevado grado de organización, desencadenan un sensible deterioro y corrupción de las instituciones políticas y sociales, además de que también pulverizan el significado de los valores asociados a dichas instituciones. Tales respuestas acentúan la anomia social y colocan en entredicho la eficacia de las instituciones para encauzar y resolver tales conflictos. Volvemos, entonces, a la pregunta recurrente que indaga sobre la viabilidad del orden social contemporáneo. En específico, ¿son posibles soluciones “liberales” a las indudables mutaciones de la realidad



y las nuevas manifestaciones de su conflictividad? Y si la respuesta a la pregunta anterior es inevitablemente negativa, ¿lo único que podemos hacer es constatar la muerte de la democracia y resignarnos?

Dilemas y presiones de la democracia

LA DEMOCRACIA, entendida como el diseño institucional de un orden liberal que garantiza a los ciudadanos el ejercicio pleno de derechos y libertades en la búsqueda y autorrealización de las competencias y del desarrollo del individuo, se encuentra radicalmente cuestionada por las señaladas transformaciones del presente. Los pilares institucionales del orden liberal que hacen viable el imaginario democrático ya descrito, son el Estado-nación, y la democracia representativa. Los muchos diagnósticos sobre el impacto de las transformaciones de fin de siglo sobre estas instituciones capitales convergen en indicar algunas de las modificaciones sustantivas en sus funciones y en su núcleo identitario central. Veamos rápidamente, en primer lugar, el Estado-nación.

EL ESTADO-NACIÓN ES, AL MISMO TIEMPO, una institución y un actor político central. En cuanto tal, el Estado nación –en razón de los impactos sufridos por el doble proceso de globalización y modernización– muestra claros problemas para controlar por sí mismo los distintos procesos sociales que, en virtud de lo que dicta tanto la experiencia histórica como la propia doctrina de la teoría política, está llamado a disciplinar, moldear, controlar. Se trata de una objetiva pérdida tanto de soberanía como de autonomía por parte de esta institución tan decisiva. Para ilustrar la tesis anterior convendría recordar que las funciones tradicionales del Estado, como sabemos, abarcan aspectos tan diversos y complejos como el: a) garantizar la seguridad y la defensa de una comunidad política (soberanía territorial); b) cohesionar a dicha comunidad en función de la construcción de una identidad colectiva (procurar condiciones de homogeneidad cultural); c) garantizar un mínimo de bienestar social a sus ciudadanos (políticas asistenciales y rectoría de la economía); y, finalmente, d) generar las condiciones de su propia legitimidad por medio del encauzamiento y la mayor expansión posible de la participación política (principio de mayoría y gobierno representativo). Tales funciones ya no se pueden alcanzar por la creciente pérdida de soberanía y de autonomía del Estado. Esto es, como ya advertía, por su incapacidad para modular y conformar la propia sociedad mediante las decisiones emanadas por su órganos e instituciones políticas.

EN EFECTO, en un mundo cada vez más interdependiente, los miembros de las sociedades nacionales respectivas son afectados por decisiones y procesos que escapan a su (nuestro) control político directo. Los desafíos del Estado y sus instituciones eluden claramente a su propio campo de influencia y, en muchos casos, la capacidad del Estado es simplemente reactiva. En el pasado la política estatal se caracterizaba por crear un orden “desde arriba”; ahora, en cambio, el Estado ha pasado a adoptar una posición claramente defensiva: ya no

LA DEMOCRACIA, ENTENDIDA COMO EL DISEÑO INSTITUCIONAL DE UN ORDEN LIBERAL QUE GARANTIZA A LOS CIUDADANOS EL EJERCICIO PLENO DE DERECHOS Y LIBERTADES EN LA BÚSQUEDA Y AUTORREALIZACIÓN DE LAS COMPETENCIAS Y DEL DESARROLLO DEL INDIVIDUO, SE ENCUENTRA RADICALMENTE CUESTIONADA POR LAS SEÑALADAS TRANSFORMACIONES DEL PRESENTE





organiza a la sociedad, simplemente combate, como puede, el desorden y la entropía. Y no siempre con resultados eficaces. Tal visión es válida no sólo para los referidos temas de la agenda de seguridad de la sociedad, comprende igualmente las otras funciones tradicionales del Estado. En el caso de las identidades colectivas constatamos como las mismas se han pluralizado y fragmentado, del mismo modo que los sentimientos étnicos se han revitalizado y focalizado. Estos procesos multiculturales emergentes, cuando son mal conducidos o manejados erosionan significativamente la consistencia de los “*demos*” nacionales, es decir, una de las bases principales de la cohesión social. Por otra parte, del papel del Estado como garante del bienestar general y como arquitecto de la justicia distributiva puede decirse que, sin duda, es uno de sus roles más afectados o minados. La regulación nacional de la economía parece haberse vuelto un mito del pasado. La sociedad ya no puede ser defendida, o hacerlo con la misma intensidad, del impacto de la dinámica económica global (mercados financieros, poderes multinacionales, agentes globales).

LAS INSTITUCIONES REPRESENTATIVAS que forman parte del Estado democrático son el segundo pilar que sostiene al orden liberal. En rigor, la crisis del Estado nación las incluye a tales instituciones (parlamento, partidos, elecciones). Es decir, también dichas instituciones estarían en un contexto de crisis o de desempeño disfuncional por las mismas causas o razones que afectan el desempeño del Estado en su conjunto, aunque en cada una de ellas dicha crisis se manifestaría de manera particular. El Parlamento y los partidos políticos son, los principales canales de mediación entre sociedad y sistema político. Pero dicha mediación no está libre, en el contexto presente, de distorsiones graves que afectan a todo el concepto y sentido de la representación política. Dicho de otra manera, en cuanto canal de mediación entre ciudadanía y clase política dirigente, ni el Parlamento, ni los partidos funcionarían correctamente. Bajo esta lógica, a los partidos se les imputa básicamente su “oligarquización” y su “estatalización”, mientras que al Parlamento se le reclama el haberse convertido en un espacio de representación sí, pero no democrática, sino corporativa. En consecuencia, la idea de autogobierno del pueblo que las instituciones representativas buscan hacer realidad bajo las condiciones del presente pierde credibilidad. Sin duda, al experimentar mutaciones extremas que modifican las funciones tradicionales de las instituciones representativas acontece que se sustituye a la comunidad política de ser la protagonista decisiva en la confección de las políticas públicas, además de evitar que expresen sus auténticas preferencias.

CON TODO, no puedo recuperar como se debe, por razones de espacio, un aspecto importante de esta tesis que afirma la crisis de las instituciones vertebrales del orden liberal. Este aspecto es, precisamente, el anverso de la misma en el sentido de que las reacciones al declive del parlamento, los partidos o el Estado-nación no implica forzosamente el paso a un paradigma analítico diferente. Muchos autores están advirtiéndolo sobre el riesgo de hablar a la ligera sobre tal enfoque de la crisis de las prácticas democráticas. Es decir, cuestionan la pertinencia

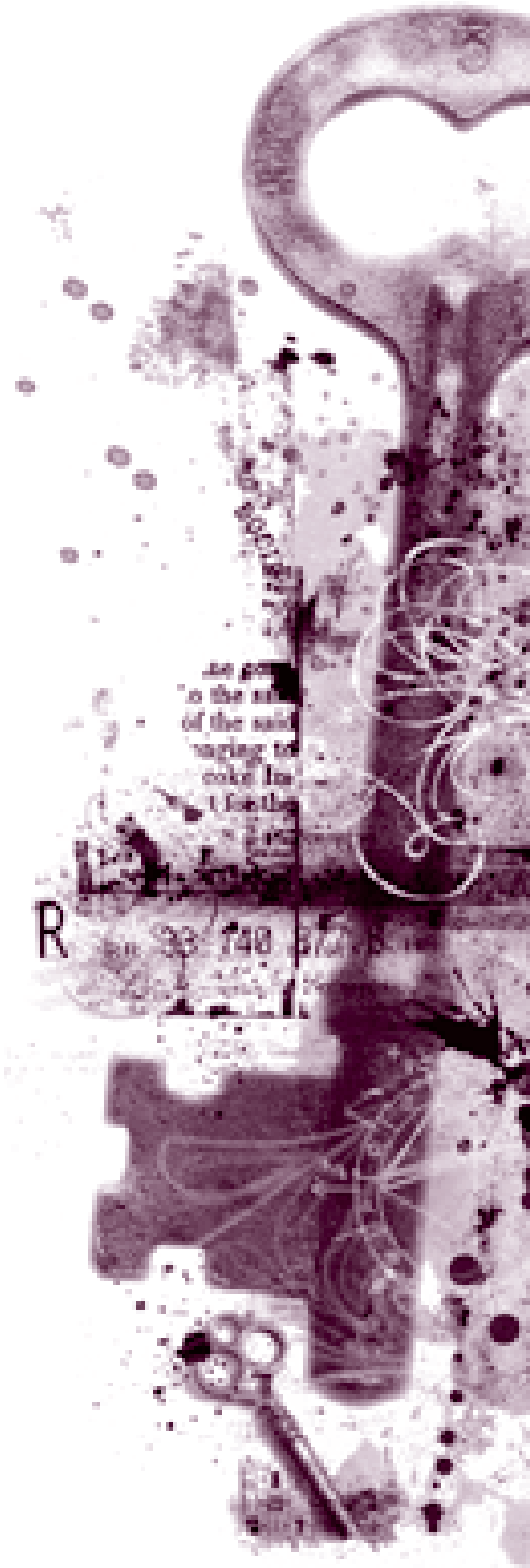
de tales enfoques y defienden la vigencia de la teoría democrática contemporánea; en especial, un argumento emanado del enfoque propiamente politológico para generar teoría política, advierte sobre el peligro de generalizar conclusiones sin que las mismas estén respaldadas por la comprobación empírica. Desde esta perspectiva se nos advertiría de la abundancia de generalizaciones y afirmaciones que carecerían, justamente, de análisis empírico. Veamos rápidamente algunos ejemplos.

PRIMERO, el caso del impacto de la globalización sobre el Estado-nación. Uno de los argumentos más citados en la literatura respectiva es el que defiende el hecho de que, sin minimizar las transformaciones sufridas, el Estado continuará como el protagonista del cambio. Es decir, el Estado seguirá siendo necesario como fuerza estabilizadora frente a la fragmentación que impone la globalización. Será, pues, una institución útil para dotar de eficacia en su interior a las regulaciones, decisiones o disposiciones que, aunque emanadas de instancias supranacionales, requieren de un aparato doméstico para ser llevadas a efecto. Persiste, con todo, la pregunta de cuánto quedaría de la titularidad del Estado para ejercer el monopolio de la violencia legítima, si la tendencia consolidada de un sistema o marco de “governaza” global se abre camino en el horizonte de futuro democrático.

UNA REVISIÓN DE LA TESIS de la crisis de los partidos políticos, en segundo lugar, nos conduce a un debate similar. El meollo de la contrarréplica sostiene que las transformaciones sufridas por los partidos no han conducido ni a la desaparición de los mismos ni tampoco a quedar relegados a un papel secundario en la política democrática. Esto es, los partidos han mostrado contundentemente una enorme vitalidad para renovarse y seguir colocados como agentes centrales del proceso de toma de decisiones. Las funciones propiamente políticas de los partidos, se nos asegura, se mantienen intactas y no han sido suplantadas ni apropiadas por otro tipo de organizaciones o instituciones. Sin embargo, siendo cierto esto último, y de igual manera que en el caso anterior, aún subsisten las objeciones que cuestionan la dimensión representativa de los partidos. Prueba de ello es que, hasta el día de hoy, la crisis de confianza de los ciudadanos en los partidos sigue siendo un desafío no remontable.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A LO LARGO DEL PRESENTE TEXTO he intentado presentar una visión de conjunto de los principales desafíos y dilemas que la teoría democrática contemporánea enfrenta. Cabe reiterar que no he pretendido agotar un tema tan ambicioso y complejo. Simplemente mi objetivo ha sido, a la manera como se estila en los trabajos escolares, el de bosquejar, sin duda de manera imperfecta, un estado de la cuestión y destacar algunas de las fuerzas o tesis principales que se destacan en la problematización del tema que me ocupa.



UN ASPECTO DELICADO de la tarea presente radica en los distintos niveles de abstracción que atraviesan las fuerzas que moldean; de manera inédita, el orden sociohistórico del presente, de las mutaciones de la modernidad a las impugnaciones de los partidos y de los políticos; de la globalización al desmantelamiento del Estado de bienestar. De la creciente vivencia de la anomia social a la evaporación del mundo del trabajo. Este traslape de niveles de abstracción mina sin duda el terreno de reflexión de la temática en cuestión. No estoy seguro de haber librado con éxito tales peligros. Sin embargo, tengo la convicción de que es inevitable moverse en estos niveles de abstracción tan desiguales para acercarse al meollo de la cuestión sobre el futuro de la democracia.

EN ESTE SENTIDO, salta a la vista que la principal pregunta gira en torno a si la teoría democrática contemporánea posee aún la capacidad para orientarnos satisfactoriamente en el entendimiento de los nuevos procesos y fenómenos sociohistóricos arriba reseñados que están moldeando tan drásticamente las realidades del orden social presente. De manera puntual, lo que claramente está en juego es la viabilidad futura del paradigma de la democracia liberal; y, específicamente, el sentido de seguir defendiendo y aspirando a concretar los valores de su imaginario social. Sin embargo, afirmar a secas la vigencia de la democracia liberal o, por el contrario, decretar sin mediaciones su defunción quizá no resuelve el problema de fondo. Esto es, el de precisar cuál es la relación entre las transformaciones de la realidad y las visiones de mundo que fundamentan, no sólo en el plano normativo sino también en el ámbito institucional, un nuevo marco de comprensión del orden social. No deja de ser, en efecto, un tanto paradójico la persistente borrasca ideológica propia del panorama del pensamiento político de nuestros días. Tormenta de ideas que se manifiesta en el acuñamiento de nuevos conceptos que buscan explicar ese vertiginoso movimiento del mundo. Pese a todo, no falta quien piense que este mundo no avanza. Volvemos así al punto de partida.

LOS CAMBIOS INCUESTIONABLES y profundos de las realidades sociohistóricas (globalización y modernidad) ponen en cuestión las visiones convencionales sobre el fundamento y el sentido del orden social. Es decir, vivimos atravesados por el desfase existente entre las ideologías políticas tradicionales (sobre todo la ideología liberal) y los nuevos acontecimientos referidos. La víctima primera de tal situación es, como ya hemos visto, la política. Ahora tenemos el reto de construir nuestra propia imagen de la política a partir de ideologías “fraccionadas, incoherentes, cruzadas, hechas de retazos de antiguas visiones de mundo y de préstamos de otras nuevas. La política sigue viva, pero ya no podemos atraparla desde las cómodas simplificaciones de las ideologías tradicionales” (Vallespín, 2000, p. 215). Una postura que creo puede ser juzgada como conservadora, pero que, por lo pronto, me parece sensata, defendería la idea de que los valores y las instituciones clásicas siguen, a pesar de todo, vigen-



tes. No habría que minimizar en tal sentido que las transformaciones del mundo contemporáneo son profundamente asimétricas de modo que incluso en aquellos contextos donde se han manifestado con mayor fuerza sus efectos podemos constatar, por un lado, la fuerza de las instituciones por adaptarse y responder a tales requerimientos y, por el otro, de que en realidad no tendríamos mayores alternativas. Es decir, frente a la crisis de las instituciones democráticas y mientras no emerjan nuevas modificaciones o presiones del entorno debemos alejarnos tanto de los enfoques pesimistas como de aquellos otros que trivializarían dicha problemática. Debemos, pues, continuar defendiendo los procedimientos democráticos de legitimación del ejercicio del poder so pena de resignarnos al advenimiento de un futuro autoritario. 

B I B L I O G R A F Í A

- Berian, J. (2004). *Modernidades en disputa*, Madrid, An-thropos.
- Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo*, Barcelona, Gedisa.
- Castoriadis, C. (1980). *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets.
- Dahrendorf, R. (2005). *En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós.
- Taylor, Ch. (2006). *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós.
- Vallespín, F. (2000). *El futuro de la política*, Madrid, Taurus.
- Vallespín, F. (2002). "Estructuras condicionantes e ideologías en el siglo XXI", en Mellón, J.A. (coord.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 79-90.
- Zolo, D. (1994). *La democracia difícil*, México, Alianza.

...FRENTE A LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS Y MIENTRAS NO EMERJAN NUEVAS MODIFICACIONES O PRESIONES DEL ENTORNO DEBEMOS ALEJARNOS TANTO DE LOS ENFOQUES PESIMISTAS COMO DE AQUELLOS OTROS QUE TRIVIALIZARÍAN DICHA PROBLEMÁTICA



Abel Galván

PINTOR JALISCIENSE. CONTEMPORÁNEO

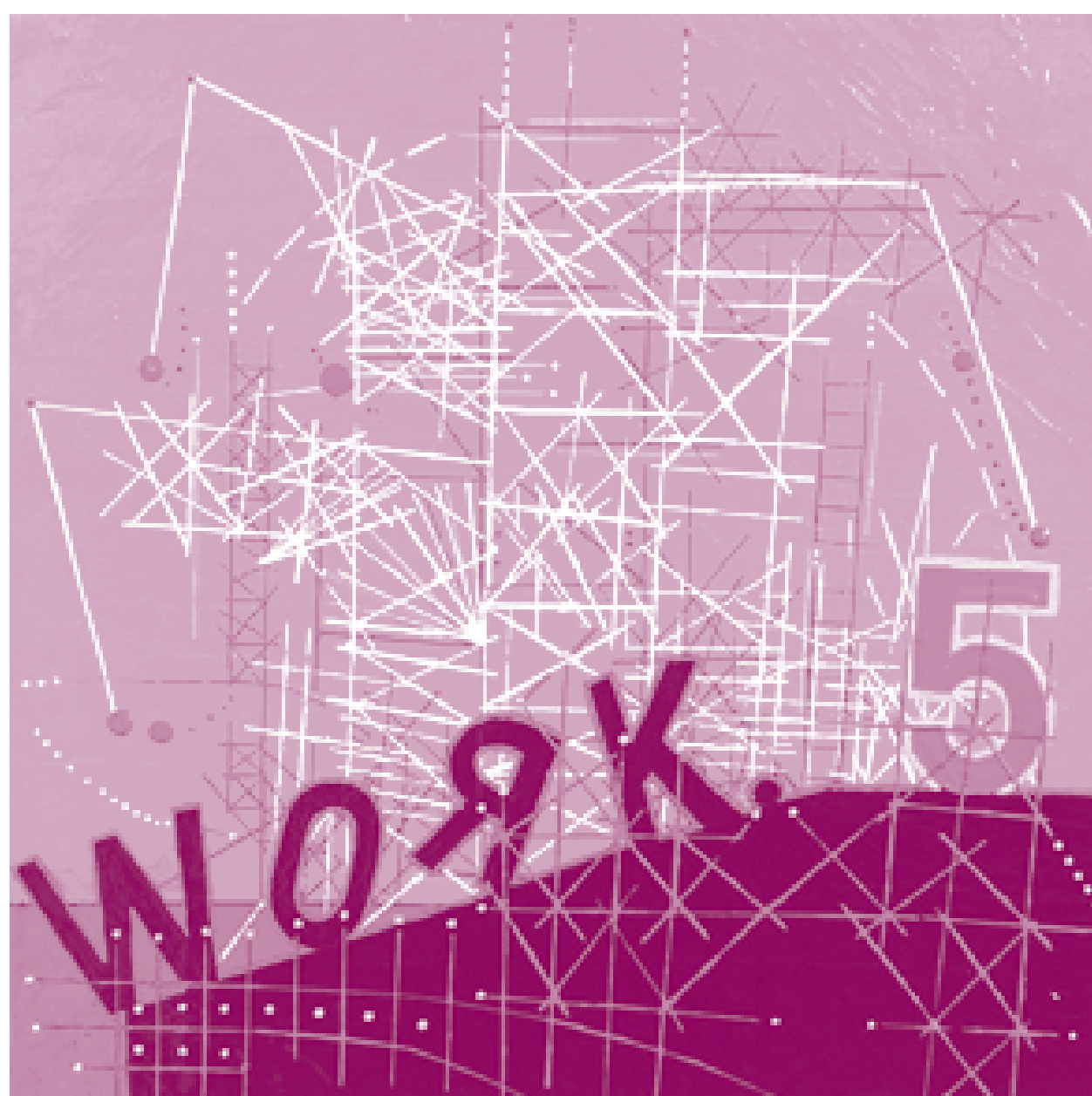
Ironía, simulacro e ilusión

unánime y exclusivamente artísticos. Contexto. Jalisco es historia plástica porque está iluminada por su singular y caediza luz crepuscular, sucia de su arena de corinto con olor a mar. Y es además joven y hemos de suponerle por lo tanto con su panoplia de disuasión, de duelo de la imagen y de lo imaginario, que entraña una melancolía general en la esfera artística, que parece sobrevivir en el reciclaje de su historia y de sus vestigios, asignado a la retrospectiva infinita de aquello que le ha precedido. Duelo transfigurado de ironía, la del arrepentimiento y el resentimiento de cara a su propia cultura. Parodia y palinodia del arte y de su historia, de la cultura, en forma de venganza, característica de la desilusión radical. Las obras de Abel Galván gravitan en torno a la ilusión, sus imágenes más que estéticas, acogen la idea de un éxtasis físico, porque les ha arrancado toda presencia realista. Son un clamor contra la miseria de la imagen sometida, descalificando toda ilusión seductora. El apogeo de esta desimaginación de la imagen, de estos

En el constreñido espacio de una página, ¿qué decir de la pintura de Abel Galván sin escamotear lo esencial? Eso es, adelante, a la búsqueda de esencias. Primero: pintura sensoria. Explosión de recursos técnicos para propósitos

esfuerzos inútiles para hacer que una imagen deje de serlo, es la imagen de síntesis, la imagen numérica, la realidad virtual.

Si una imagen abstrae el mundo en dos dimensiones, restando una tercera al mundo real y por tanto inaugurando el poder de la ilusión, la virtualidad, por el contrario, al volverse hiperreal, destruye esta ilusión pretendiendo la ilusión perfecta. Pero se trata de una ilusión "recreadora", realista, mimética, hologramática. En esa disyuntiva la vía imaginaria de Abel Galván hurta una dimensión a los objetos reales, entregando su presencia mágica y recuperando el sueño, la irre realidad total en su exactitud minuciosa, el éxtasis del objeto real en su forma inmanente, y agrega al encanto formal de la pintura el encanto estético del simulacro, de la mistificación del sentido.



ABEL GALVÁN

ARKYTEKTURA DE LA FE



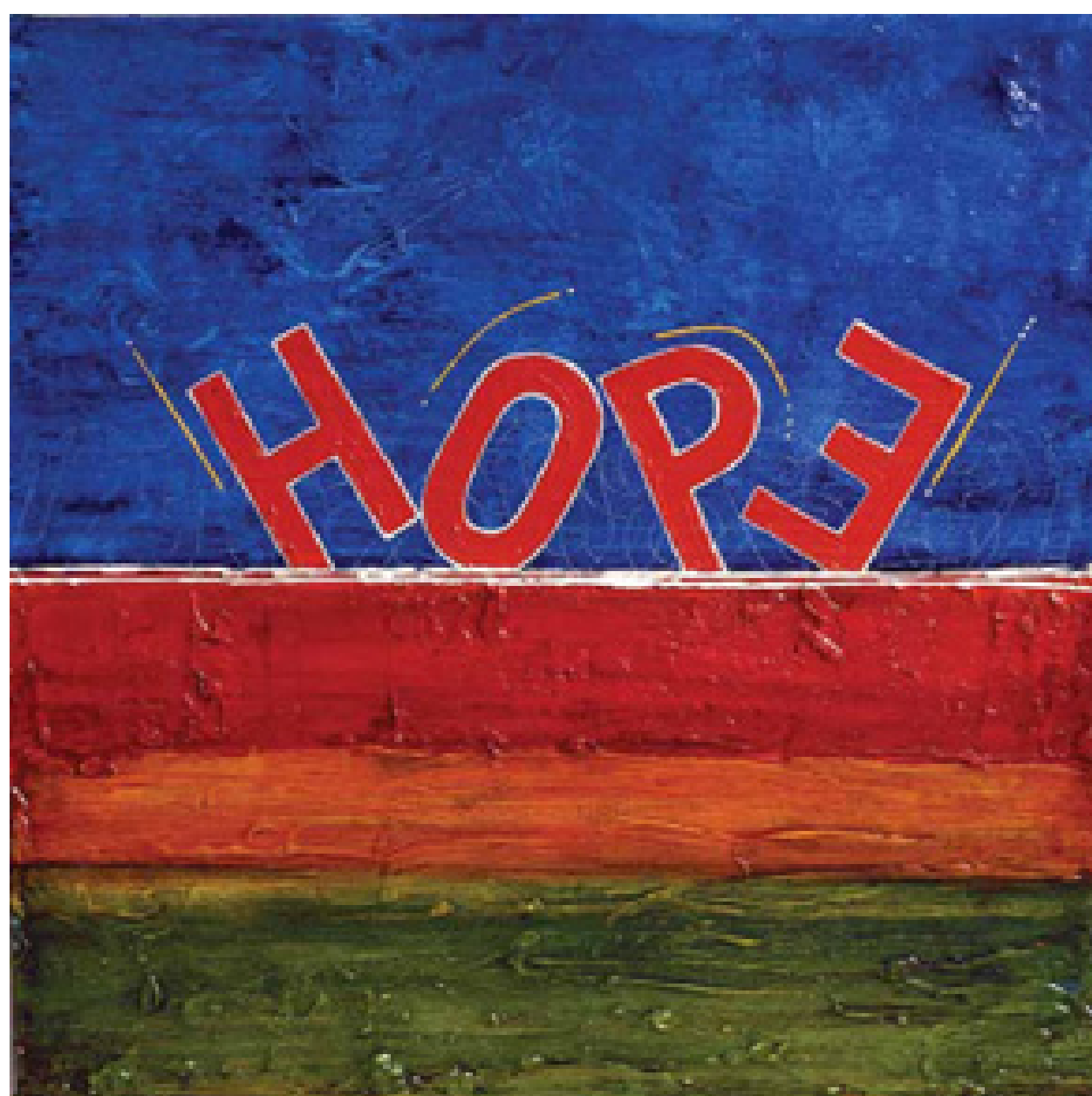
Ocho obras de la serie, "Arkytektura de la fe"
Acrílicos sobre madera, 50x50 cm c/u 2006 / Fotografía: Rafael del Río



city















ARTURO SANTILLANA ANDRACA*

Microfísica de la legitimidad



ENTIENDO POR LEGITIMIDAD la *aceptación* que individuos, grupos, clases, etnias o actores sociales tienen de la autoridad, el andamiaje institucional y las normas prevalecientes en tanto *instancias válidas* para enfrentar, atenuar o superar conflictos cuya intensidad y naturaleza los hacen parte de la vida pública. Si la autoridad, las instituciones o las leyes, normas y reglamentos que pueden intervenir en la solución de un conflicto no son aceptadas por la mayoría de los afectados o por quienes tienen tras de sí un gran poder de decisión y pueden influir a su vez sobre una mayoría, se pueden generar crisis de legitimidad.

LOS MECANISMOS MEDIANTE LOS CUÁLES se constituye la legitimidad son múltiples y variados. En los modernos estados occidentales, la fuente por excelencia de la legitimidad descansa en la legalidad, esto es, en el sistema jurídico que regula coactivamente la conducta pública y privada de los individuos. La misma autoridad de los gobiernos democráticos se origina en la aceptación de las leyes mediante las cuáles son elegidos y se acotan sus derechos y obligaciones. Sin embargo, existen otras tantas fuentes de legitimidad que pueden o no estar relacionadas con el orden legal. La tipología de las formas de legitimidad desarrollada por Weber demuestra que el carisma de un líder o las tradiciones, usos y costumbres colectivas son también fuentes de legitimidad. Particularmente es común que en las sociedades modernas la legitimidad expresada en la racionalidad jurídica se mezcle con el carisma de la autoridad o las costumbres y tradiciones de la nación hegemónica (en el caso de estados plurinacionales).

LA OBRA DE MICHEL FOUCAULT me ha inducido a repensar la legitimidad más allá del modelo weberiano. Y no porque los tipos weberianos hayan perdido vigencia o poder explicativo; sino porque es necesario pensar en su complemento microfísico, ese que se reproduce en la subjetividad y en la intersubjetividad.

* Politólogo. Profesor de tiempo completo de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

ME PARECE IMPORTANTE no perder de vista que hemos vivido un desplazamiento de los centros tradicionales del poder hacia la esfera del mercado; esa esfera que estuvo tan regulada por el Estado y que ahora parece desbordarlo.

LOS DISCURSOS OFICIALES, la presencia del príncipe en el control informativo, el culto a la personalidad de una historia oficial enseñada a través de los canales “culturales” de la televisión, la solemnidad de una retórica cuyos axiomas presumían una fuerte verticalidad en el ejercicio del poder, el culto al carisma y la personalidad de los dirigentes son signos de un poder estatal-patriarcal que están siendo reemplazados por el acercamiento de los gobernantes a la vida privada de los ciudadanos. La televisión y la radio se han convertido en los principales articuladores del entramado social, más allá y a pesar del reino de las necesidades al que se enfrenta cotidianamente cada individuo.

LA DESIGUALDAD SOCIAL, la discriminación, la explotación, las jerarquías de la vida real se desvanecen virtualmente frente a estos medios masivos de comunicación a los cuales puede tener acceso la mayoría de la población; pues aunque existan empresas de telecomunicaciones que ofrecen una gran cantidad de canales televisivos frente a los cuales parte importante de la población se mantiene excluida, existen unos cuantos canales “básicos” a los que puede acceder todo aquel que cuenta con un televisor. Por si fuera poco cada día son más los establecimientos (restaurantes, bares, centros comerciales, peluquerías, bancos, etcétera) que cuentan con televisores para “hacer más amena la vida o los tiempos muertos de espera”.

EL PODER SOCIAL DE LA PANTALLA CHICA es más grande que el de cualquier gobierno de los países más poderosos del mundo. Y aunque dentro de esta realidad virtual a la que accede la mayor parte de la población cuando llega de trabajar o de estudiar, continúa habiendo una proyección social, política e ideológica del mundo existente, no deja de tener un peligroso carácter homogeneizador. Pues se trata de medios masivos pero también pasivos.

SIN DUDA, cada una de las personas que atienden al mismo tiempo un programa radiofónico o televisivo, generan distintas interpretaciones de la información transmitida; sin embargo, el hecho de mantener una actitud por antonomasia pasiva ante dichos medios va provocando homogeneización de criterios; de valores morales, estéticos y hasta religiosos; de aspiraciones a determinados modos de vida.

HABLAR DE SOCIEDAD DE CONSUMO NO SIGNIFICA, de ninguna manera, pensar que existe una sobredeterminación de la esfera económica sobre la política e ideológica, o para decirlo con la jerga de la tradición marxista, no se trata de una determinación de la estructura sobre la superestructura. El consumo, como bien decía Marx, es la realización de un proceso de producción que a su vez está determinado por relaciones sociales, relaciones de poder y situaciones de dominación. Hablar de consumo implica, entonces, hablar de una determinada sociedad, de un tipo de Estado, de ciertas relaciones políticas, etc.

HABITAMOS UN MUNDO DONDE, APARENTEMENTE, la técnica ha desplazado a la ideología. Y digo aparentemente puesto que detrás de la técnica como mera consecuencia de una racionalidad “científica” también subyace una ideología: la del perfeccionamiento funcional, algo sobre lo que la Escuela de Frankfurt, trabajó bastante.

IMPORTA CÓMO SOBRELLEVAMOS UNA VIDA MÁS FUNCIONAL, más acorde a nuestras necesidades, a nuestros tiempos definidos *a priori* por un sistema que nos rebasa. Pareciera que estamos muy lejos de la politicidad soñada por Hegel como la superación del reino de las ne-





cesidades y sus conflictos por una idea ética vinculante y libertaria expresada en el Estado.

LA POLÍTICA HEGEMÓNICA CONTEMPORÁNEA se ha trastocado en un medio para obtener beneficios provenientes de intereses particulares; no colectivos ni comunitarios. Si en algún momento la política tuvo el propósito de paliar los conflictos provenientes de la lucha de intereses sociales particulares, en estos días se ha convertido en un instrumento eficaz para preservar o conquistar prebendas y privilegios.

LAS ELITES GOBERNANTES han sido convertidas a la moda de la productividad: arriesgan la calidad de lo distinto por el imperativo de pautar el destino de los demás. En estos días las elites se han convertido en consejos gerenciales de aparatos burocráticos al servicio de quienes marcan las pautas para preservar intereses particulares presentados como universales y necesarios. El poder político de *facto* está a merced de los inversionistas; de los grandes poseedores de capital. Ellos pautan las necesidades conforme a las ofertas con las que juegan en el mercado.

INTUYO, SIMPLEMENTE INTUYO, que la política ha sido secuestrada o, mejor dicho, invadida por unas cuantas oligarquías que han logrado desplazar a las viejas elites políticas. El tiempo del político y el tiempo del administrador se empatan angustiosamente. Desde que los Estados-nación surgieron, las burguesías estuvieron ahí: mero-deando el poder político, aconsejando o gobernando. Pero quienes llevaban las cuentas les rendían explicación y hasta culto a quienes tomaban las decisiones. Administrar y decidir no eran lo mismo. Digamos que había una mutua dependencia. Pero la profesionalización del saber técnico que regula los flujos de capital, las transacciones financieras y crediticias, el comercio de valores ha sido bien vendida por estas oligarquías que hoy avasallan los espacios políticos y con ello los espacios de decisión.

ESTÁN CAMBIANDO PROFUNDAMENTE las reglas del juego político: la idea del ciudadano y su relación con los gobernantes, la idea de Estado, los vínculos que generan integración social, los factores que determinan la identidad de los individuos. Aunque se están modificando los mecanismos de su legitimidad, *la política continúa siendo necesaria*.

NO ME PARECE QUE LA MENTALIDAD de actores sociales y políticos se haya transformado de la noche a la mañana; pero por supuesto que ha habido cambios lentos y paulatinos. Hoy estamos ante un proceso de adecuación de la identidad individual y colectiva a un mundo fragmentado, frío, estático pero también “encantador” de las mercancías. Por ello, si queremos explicar la convivencia entre la riqueza concentrada en unas cuantas manos y la gobernabilidad en un mundo de desposeídos es menester mirar hacia la microfísica de la legitimidad.

PENSAR EN LA LEGITIMIDAD lleva implícito pensar en el poder pero también en la resistencia. Y el ejercicio de poder si pretende perdurar necesita adaptarse a tales resistencias, esto es, negociar con ellas. Si no se negocia con las resistencias estas crecen y se desvían de los canales diseñados apriorísticamente por los gobernantes. Entonces viene la revuelta o la insurrección; se ataca a los dirigentes políticos y estos caen como víctimas de un sistema más cimentado, más poderoso que requiere sacrificios para mantenerse. Me refiero al sistema del capital, es decir a la civilización de las mercancías y las ganancias bajo la forma social del dinero. Voltar hacia la microfísica de la legitimidad me permitirá entender que hace posible la estabilidad, el orden, la gobernabilidad de los estados y del mundo. ¿Cómo se reproduce el poder de las instituciones en la mente de las personas y cómo estas a su vez fortalecen con su conducta las

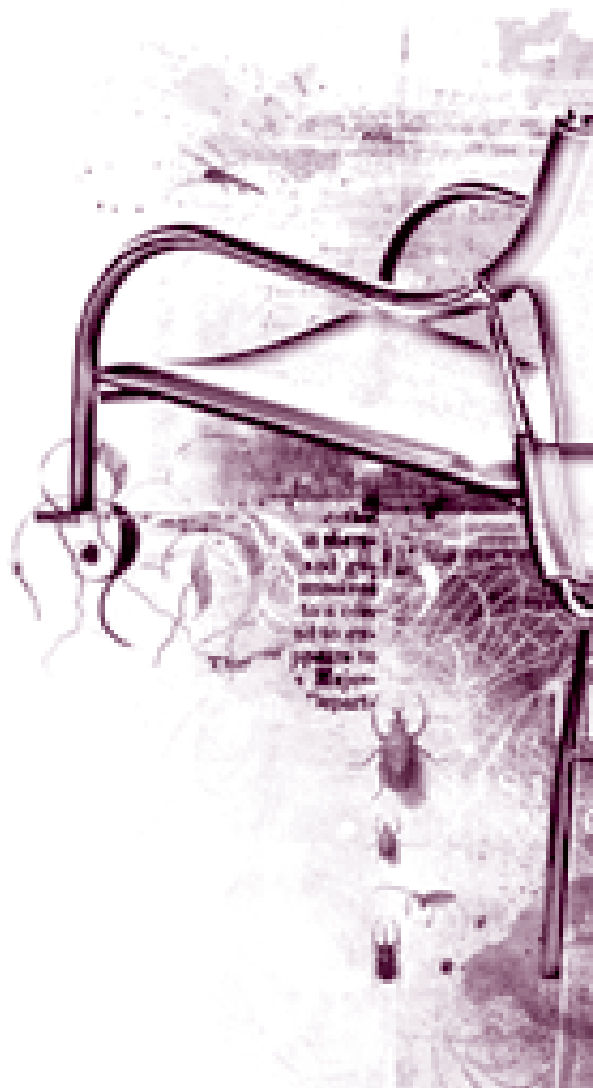
instituciones? Es algo que debe responder las nuevas expresiones de la legitimidad.

¿POR QUÉ SOSTENGO que estamos ante nuevas expresiones de legitimidad? La transición del Estado de bienestar a su configuración actual generó también la modificación de su legitimación. El estado benefactor tenía, entre otras de sus características, cierto culto a la personalidad de sus respectivos gobernantes. El poder del estadista era proporcional al poder del Estado, y ahí donde el Estado tenía más responsabilidades, ahí donde monopolizaba la generación de expectativas para la satisfacción de necesidades (aquello que Foucault llamó el poder pastoral) el poder de su administración era mayor. El culto a la personalidad tenía relación con la satisfacción de necesidades. Antes los gobernantes tenían poder de decisión en la generación de empleos, el sistema de salud y educativo, la alimentación, la seguridad social. Ello les daba, por un lado, mayor fuerza negociadora respecto a los límites y alcances de su poder soberano y, la posibilidad, por otro lado, de aparecer como los “maestros de ceremonias”. Ello le daba a la política un sentido de profesión (Weber) y de arte (Maquiavelo). La legitimidad se jugaba en el carisma, la tradición y la ley positiva. Y se trataba de una legitimidad encarnada en la figura del “príncipe”. En cambio, con el actual modelo estatal el poder soberano se desplazó a la iniciativa privada, esto es, a los sectores empresariales de la sociedad. Y como ya decía Marx, el capital no tiene patria. No ha dejado de haber soberanía; pero la soberanía ya se rige por la ganancia, no por el poder de un pueblo y de su historia.

AL VENDER SUS EMPRESAS Y, POR ENDE, sus responsabilidades, a manos privadas, las viejas burocracias perdieron su razón de ser así como también perdieron poder sus dirigentes y su modelo de operación política. “Entre los 50 hombres más influyentes del planeta, según *Forbes*, no aparece hoy ningún jefe de Estado o de Gobierno, sino tan sólo hombres de multiempresas que toman decisiones sin someterlas a ningún parlamento o consulta popular”.¹ Y no se trata de un desplazamiento de clase sino de oficio; de quién provienen y cómo se toman las decisiones. Las grandes burocracias perdieron poder negociador al momento en que cedieron la directriz económica del Estado. No obstante, continuaban ejerciendo el monopolio de la violencia, de los cuerpos represivos. Hoy los ejércitos, por lo menos en algunos estados de América Latina como México, se han distanciado de las anteriores elites políticas y han sido profesionalizados a través de la incorporación de cuadros directivos formados en aparatos de inteligencia de otros países que son potencias militares como Estados Unidos. Estas estrategias debilitan la soberanía de los estados-nación.

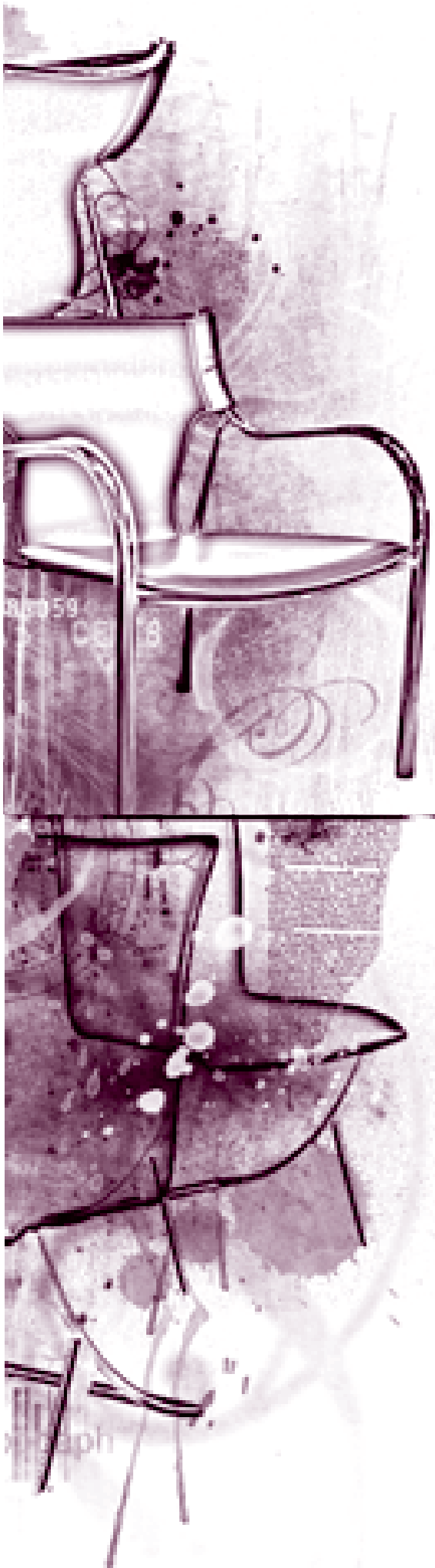
CONFORME EL ESTADO SE HA DESENTENDIDO del gasto social –al quedarse sin empresas y al disminuir sus recursos propios– su poder de decisión se ha trasladado a las empresas privadas y la legitimación de dichas decisiones a los medios de comunicación. “En 1999, las 200 sociedades de mayor capitalización bursátil superaban la suma del producto interior bruto de 150 naciones y las diez multinacionales más importantes en cada sector, controlaban el 86 por ciento de las telecomunicaciones, el 70 de los ordenadores, el 85 de los fertilizantes. Congruentemente, los consejos de administración de esas compañías ejercen mucho más poder que numerosos jefes de Estado, pero incluso más que sus eventuales coaliciones”.²

LA PANTALLA CHICA SE HA CONVERTIDO en el espacio donde se generan o se satisfacen, por lo menos virtualmente, las necesidades de los indi-



¹ Vicente Verdú, *El estilo del mundo*, Anagrama, Barcelona 2003, p. 96.

² *Ibidem*.



viduos-ciudadanos. Hoy, los políticos se ven orillados a disputar espacios en los medios masivos de comunicación para hacer llegar sus ofertas a los ciudadanos y convencerlos de las “bonanzas” de conseguir inversiones y “favores” de la iniciativa privada. Sin este convencimiento mediático cotidiano sería difícil explicarse la legitimación del poder político. “La imagen era antes una visión insuficiente de lo real, el cine era ilusión, la foto una placa, el teatro una mimesis, pero convertido todo en cinematografía, video, televisión, teatro, foto, Internet, nosotros somos el objeto de su panopsis”.³

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SE HAN VUELTO los espacios más eficaces para legitimar el orden mundial controlado por el gran capital y sus aparatos militares. Esta nueva embestida totalitaria está dejando a un lado la oleada democratizadora de la segunda mitad del siglo XX. Y la deja a un lado porque las democracias representativas ya dieron lo que podían dar. El hecho de nombrar representantes no implica poder de decisión.

DURANTE LAS DOS ÚLTIMAS DÉCADAS las transiciones a la democracia generaron estabilidad en un momento en que se hacía necesario un cambio de paradigma en la política económica. Abrir el juego democrático significaba ceder espacios administrativos desde los cuáles no se decide la política económica.

EN PAÍSES COMO MÉXICO la mayoría de la población continúa perdiendo su poder adquisitivo, aunque elija a sus gobernantes a través de un juego “democrático”.

ANTE LA HOMOGENEIZACIÓN de las ofertas político-electorales, la democracia se ha convertido en un mero caparazón sin contenido.

EL CONTENIDO LO PONEN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN a través del consumo o de expectativas de consumo. Y esto no significa que la gran mayoría de la población mundial incremente el consumo –de hecho el desempleo, la pérdida del poder adquisitivo y la miseria han aumentado vertiginosamente–; sino significa, que el trabajo, el goce y el disfrute y la vida misma adquieren sentido a partir de éste.

EL ESTADO YA NO GARANTIZA LA SATISFACCIÓN de necesidades y mucho menos el consumo, por ello ha perdido el poder de decisión que se ha entregado casi por completo a los magnates del capital. El propio Foucault reconocía, desde 1976, el papel de la radio y la televisión como medios fundamentales para la presencia del hombre político.⁴ La ficción de la realidad virtual de los medios masivos desplazó el misticismo, la solemnidad y la fuerza de la política.

ACTUALMENTE LOS POLÍTICOS le rinden a los administradores; están a su merced. La virtud se ha trasladado de la estrategia a la eficiencia. Y aunque se me objete que la eficiencia resulta a la postre una estrategia por parte de quienes controlan los aparatos administrativos, me parece que comprenden dos racionalidades o motores distintos. La estrategia pone en juego el talento, la virtud, el arte de medir la correlación de fuerzas y elegir entre la seducción o la fuerza; entre la consigna o la amenaza. La estrategia es la mejor arma del político. En cambio, la eficiencia es un instrumento cuyo fin está delimitado por sus propios medios. Con la eficiencia la inventiva queda acotada a los mecanismos de los engranajes y la continuidad, no existen los vericuetos, los intersticios o secretos como en la estrategia.

LA RACIONALIDAD EFICIENTISTA COMIENZA a penetrar hasta en los recovecos más íntimos de los hogares. Ya no se trata de revertir el orden, manipularlo o transformarlo sino de sobrevivir, de acoplarse y evitar el dolor.

³ *Ibid.*, p. 120.

⁴ « Un siècle après les premiers journaux illustrés, la radio et la télévision ont démultiplié à nouveau la présence physique de l'homme politique : raison, sans doute, pour laquelle le portrait-charge est redevenu nécessaire », M. Foucault, “Les têtes de la politique” en Michel Foucault, *Dits et écrits II*, Paris, Gallimard, 1976, pp. 9-13.

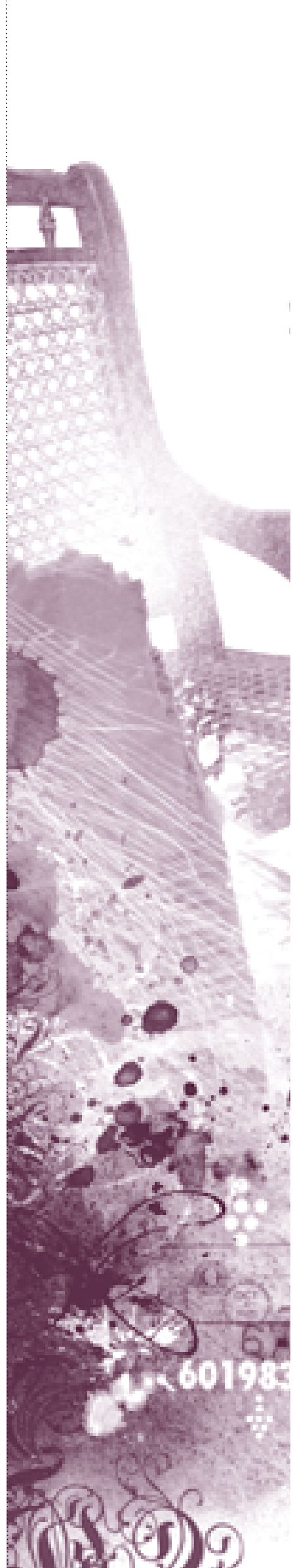
La “política” del Big Brother

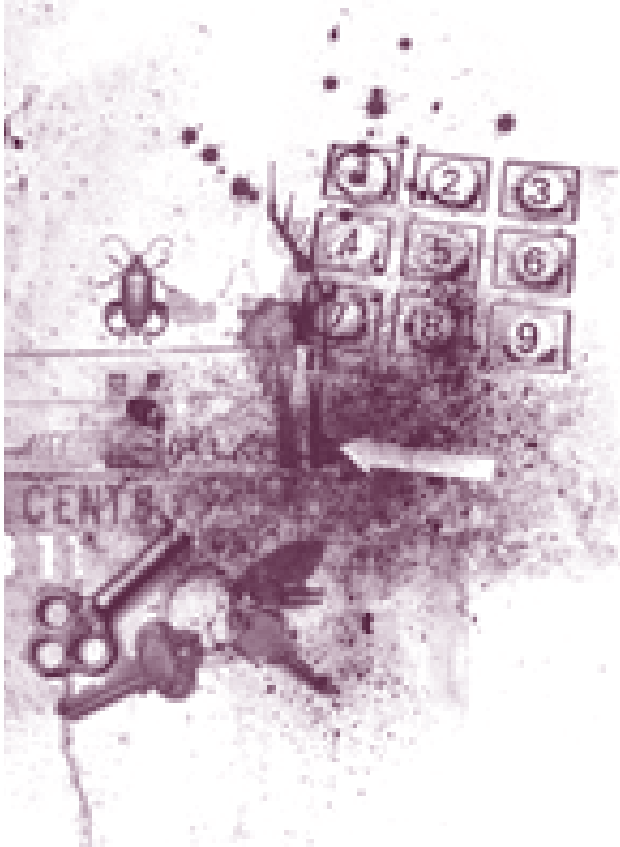
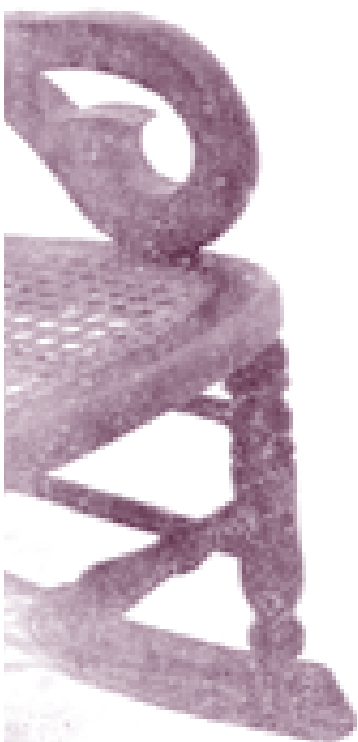
EL PODER DE LOS MEDIOS, o para coincidir con Foucault, la dominación de los medios, de la propaganda, del comercial no es fortuita. También genera valores, tiene su propia ética, tiene una propuesta de vida y de civilización. Una propuesta que, por cierto, no tarda en fracasar si no se renueva.

¿CUÁNTOS “BIG BROTHERS” puede soportar la gente antes de aburrirse? El espectáculo pretende salir de la pantalla e invadir la realidad de la vida cotidiana. Se nos ha querido imponer a cualquier precio una realidad de ficción. Y al ser de ficción se convierte en una realidad diseñada, programada no sólo para vender sino también para generar opinión, para sugerir un mundo de libertades acotadas, de valores morales transmitidos. La sociedad disciplinaria que Foucault describiera tan crudamente en *Vigilar y castigar*, se nos presenta perfeccionada, maquillada, a través de los medios. ¿Qué es el experimento “Big Brother” si no el intento de un panóptico invertido en el que el vigilante es el vigilado? Aparentemente se trata de un experimento en el que el público puede vigilar e incluso castigar desde su calidad de espectador a través de la pantalla a un grupo de jóvenes mujeres y hombres que tendrán el reto de permanecer en una casa por una larga temporada. Todos los rincones de la casa en la que habita este grupo de alrededor de 12 personas es monitoreada por cámaras de video que transmiten en vivo y por televisión lo que ahí sucede. El público permanece como un “espectador participante” que tiene posibilidad de opinar, vía telefónica, sobre quien debe ser expulsado (castigado). Así, los medios ofrecen a los televidentes la posibilidad de ejercer determinado poder sobre los miembros de dicho grupo, es decir, sobre sus víctimas. Se trata de un ejercicio de poder que en apariencia es doblemente personalizado: por un lado el victimario que vigila desde su televisor y llama para decidir; por el otro, la víctima vigilada que tiene nombre y apellido. Sin embargo se trata en realidad de un poder anónimo cuyas reglas del juego son definidas *a priori* por los diseñadores del *marketing*. Este espectáculo sugiere en los televidentes cierta libertad para juzgar y castigar conforme a criterios propios. No obstante, dichos criterios tan sólo obedecen a las expectativas de “normalidad” de la moralidad prototípica.

EL “BIG BROTHER” ES LA HERMANDAD que logran los medios de comunicación, y en particular la televisión, para resanar de alguna manera las heridas de una sociedad desgarrada. Mejor que el público mire hacia los demás en lugar de mirar hacia sí, o que mire hacia sí mediatizadamente, esto es a través de mirar a los demás. En realidad no importa la persona de carne y hueso que logra quedarse al final de la temporada después de haber “derrotado” a los demás a través de la opinión de un público que ella misma dirige. Importan los roles, las funciones predeterminadas, las reglas del juego que ni el público ni los actores deciden. Es el intento de llevar a la pantalla chica, la experimentación de una sociedad teledirigida. Se trata de convertir a cada ciudadano en un vigilante, en un policía de sus conciudadanos, de sus vecinos. Pero ya no es una vigilancia proveniente de la esfera pública, gubernamental. Sino de una vigilancia espeluznantemente más radical. Una vigilancia en torno a la vida

LOS MEDIOS OFRECEN A LOS TELEVIDENTES LA POSIBILIDAD DE EJERCER DETERMINADO PODER SOBRE LOS MIEMBROS DE DICHO GRUPO, ES DECIR, SOBRE SUS VÍCTIMAS





privada, a lo cotidiano. Una vigilancia sobre las manías, los deseos, los comportamientos, la intimidad.

¿QUE MÁS EFICAZ PARA EL DESPLIEGUE ORDENADO de una sociedad que la de contar con un policía en cada ciudadano? ¿Qué más eficaz para la homogeneización de cierta moral y cierta ideología que el jugar con las representaciones de víctimas y victimarios? Se trata de un proyecto que reconoce la necesidad de la exclusión para legitimarla. El mensaje es que debe haber un triunfador. ¿Por qué? Porque sí; porque así es la naturaleza; porque siempre debe haber un vencedor y muchos vencidos; porque al ser parte del Big Brother ya no se cuestiona al Big Brother; porque la gente que a diario es explotada, subyugada, limitada, debe tener la posibilidad de juzgar, decidir, ejercer un poder canalizado, un poder legítimo.

EN EL FONDO, DECÍA, LOS VICTIMARIOS, los televidentes son víctimas de un discurso que simplemente repiten, hacen circular y del que también son artífices. No importa la cantidad de personas involucradas, no importa el número de personas que tomen el teléfono y juzguen, defiendan, excluyan. Importa el experimento social, su trascendencia cualitativa. Unos participan y reproducen, otros callan y también participan y unos cuantos permanecen al margen y, tal vez, critican. Pero el ejercicio genera esa legitimidad que la política estatal ya no logra y continúa siendo necesaria para mantener el funcionamiento del orden social. Big Brother es, a mi juicio, la puesta en marcha de los *dispositivos disciplinarios* pensados por Foucault. Y no porque dichos dispositivos se generen en los medios; sino porque estos simplemente los legitiman.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SIRVEN A LOS GOBIERNOS para fines inmediatos, pero su función no se reduce a ello. A través de los medios circulan y se reproducen estilos de vida, contenidos morales, cierta estética de los sujetos, una moda a seguir, estereotipos de vivienda, automóviles, cierta educación, determinada estratificación social, códigos, normas, etcétera. Los medios los reproducen pero también los insinúan, los incitan, los venden. Evidentemente, las personas no son meros recipientes, dispuestos a ser *llenados* por los contenidos televisivos. También, discernen, eligen, se resisten. Sin embargo, llega un momento en que la capacidad de elección se acota dentro de un mismo estilo de vida, dentro de una misma *arquitectura* de la actitud humana y algo, o mucho, se queda grabado en la conducta de los seres humanos.

EL HECHO DE QUE SEAN LOS EMPRESARIOS quienes están controlando las decisiones concernientes a la vida pública, significa que en algo ha cambiado y se ha transformado el ejercicio de poder. El capital ya no requiere de grandes aparatos burocráticos que lo administren, tampoco le interesa invertir en gasto social; prefiere apostarle a los medios de comunicación, a la propaganda y a la oferta. Sin embargo, ello ha conducido a acentuar las diferencias sociales; a que la población corrobore la existencia de distintas calidades de vida y la cada vez más remota posibilidad de mejorar su nivel socioeconómico.

LA MAYOR PARTE DE LOS ESTADOS EN EL MUNDO han dejado de preocuparse por la salud, la educación, la vivienda de la población. Por lo menos en países latinoamericanos como México ya no se garantiza ni siquiera la alimentación, ha disminuido el poder adquisitivo de la gente, se han privatizado los fondos de retiro y se encuentra en alto riesgo el sistema de jubilaciones y pensiones. No obstante, los ciudadanos continúan obedeciendo. ☐

Vinos de cuento

Los vinos son una excelente razón para hacer de nuestras vidas un sendero sensible y apasionado

HUGO LUNA VÁZQUEZ *



HAY QUIENES DICEN QUE LOS BUENOS VINOS son para momentos especiales; los personajes de Julio Verne brindaban con una botella de Borgoña y Napoleón festejaba sus cruentas batallas con otra más de tinto. Hoy en día, creo que los buenos vinos son parte de un viaje de vida, de una noche cualquiera llena de locura, o de un día de soledad escribiendo uno que otro cuento. Nunca en mi vida he atinado a abrir la botella especial en el momento importante, sin embargo, una y muchas veces mi memoria conserva momentos especiales de mi vida que han quedado plasmados en una copa de vino.

TIEMPO ATRÁS tuve el ánimo de crear una respetable cava de vinos tintos, rosados y blancos. Discretamente asistía a catas de vinos de distribuidores, restaurantes de vino y tiendas especializadas. Así, logre surtirme de una variedad de vinos disponibles para esa o esas ocasiones especiales; pero cuando me encontraba en la espera de esa ocasión especial, todo se me vino al traste. En un viaje a la fiesta de la vendimia en la región del vino mexicano, sucede que perdí mi vuelo de regreso en alguna patética conexión aeroportuaria. Ese día mi entonces novia cumplía años; nunca llegué a la fiesta. Aquella noche, la inocente frustración de esa ternura de mujer hizo que la fiesta de cumpleaños se siguiera, sin mi presencia, pero en mi departamento. Hurgando en mi cocina, ella y sus amigos encontraron mis botellas. Esa noche, un circunstancial naufragio mío terminó por consumir mis más valiosas botellas de Hermitage, Barbaresco y Priorat; adquiridas a precios innombrables, botella tras botella fueron desapareciendo. Parece que esta tragicomedia de un tremendo bacanal de amigos fraternos acabó con mi soberbio ritual de coleccionar botellas especiales. Los enfiestados se iban mofando, entre salud y salud, de este humilde náufrago trasnochado que intentaba dormir en un hotel de paso de aeropuerto, mientras esperaba en una lista de pasajeros dejados un vuelo de regreso para la mañana siguiente.

* Asesor de negocios y aficionado al buen vino.



EN AQUEL VERANO DEL 2005 cuando decidí salir a explorar la Ruta del Vino Mexicano, y no sabía todo lo que iba a cambiar mi idea sobre éste. Eran las fiestas de la vendimia, temporada donde los enólogos se deciden a iniciar el corte de la uva para la fabricación del vino de esa añada. Se dice que el día que la uva alcanza el nivel de madurez y azúcar ideal, el enólogo invita a todos los trabajadores de la bodega de vino para que lo acompañen a los viñedos, descorcha su mejor botella y brinda por la gloria de todos como señal infalible de que empieza el temporal de vendimia.

ERAN PRINCIPIOS DE AGOSTO cuando llamé a Joaquín, la pareja de mi amiga Divix, para invitarlo a esta ruta gastronómica. En ese entonces, este idealista de la lente era apenas un extraño para mí. Sabía de su profesionalismo y los diversos premios que en pocos años había ido acumulando por sus trabajos en temas sociales y de marginación. Lo invité pensando en sus habilidades de fotógrafo y en que al final nuestra amistad podría nacer en este viaje. Entonces le dije a Joaquín: "...vamos

a hacer un documental del vino mexicano; fotorreportaje, tú pon las imágenes y yo los textos. Por primera vez capturarás la belleza, y no la barbarie de nuestro mundo".

UNOS DÍAS DESPUÉS, con pocas palabras de por medio, dos mochilas, nuestras cámaras y libretas, abordamos el avión de las ocho de la mañana con rumbo a Tijuana. Recién aterrizados rentamos un auto pequeño, y nos dirigimos con rumbo al sur de la península de la Baja California. Primero pasamos por el pueblo de Rosarito donde nos detuvimos en una humilde fonda a comer langosta servida con arroz y frijoles; pagamos una cuenta casi regalada y ahí vinieron las primeras fotos con los lugareños. Caminamos un poco por la avenida principal hasta un hotel en forma de feria o carnaval donde nos dieron a tomar tequila de serpiente de cascabel y yo, que soy de tierra de agave, nunca lo hubiera imaginado. Tomamos algunas fotos más y regresamos a la carretera costera. El paisaje era de un inmenso mar que terminaba entre dunas de arena y expresivos cactus. Una hora más tarde ya estábamos arribando a Ensenada, místico pueblo bajacaliforniano sede de la competencia todo terreno Baja 1000, visitado siempre por los aficionados al vino, e inspiración rotunda del *blues* de Hotel California. Nos hospedamos en un motel de paso y partimos cayendo el medio día a buscar nuestra primera bodega de vino.

ASÍ, PASARON LOS SIGUIENTES 5 DÍAS mientras visitábamos una y otra vez pequeñas bodegas de vino y grandes marcas, restaurantes rurales con exóticas cocinas marroquíes y francesas, museos rusos, cementerios indígenas, restos de monasterios, granjas con camellos y casas albergue de colores para niños huérfanos que eran administradas por extranjeros. Por las noches regresábamos a Ensenada para cenar en algún restaurante de fábula, una copa más de vino e íbamos a dormir temprano para levantarnos con el primer rayo de sol; iluminación ideal para la fotografía y momento en que los trabajadores de campo iniciaban con la vendimia del día. Casi todos estos lugares estaban a unos cuantos kilómetros de la carretera principal, y se accedía a ellos a través de rústicos y sinuosos caminos de tierra. Poco o casi nada aparecía en el mapa; era como adentrarse en un Safari en medio de la nada, pleno desierto y sol intenso, para repentinamente toparse con un viñedo, bodega o caseríos dispersos. Como resultado del gran esfuerzo de un grupo de amantes de la fabricación del vino, y con la tradición de casi cinco siglos, estábamos viviendo el despertar del vino mexicano de calidad; para estas fechas ya era más de treinta las bodegas de vino en este conjunto de valles privilegiados por un clima desértico que se



baña con los vientos del océano Pacífico y que se ha dado por llamar el mediterráneo mexicano.

SE DICE QUE LA REGIÓN, EL TERRUÑO DEL VINO, es importante para definir su calidad; hoy vamos encontrando lugares comunes en Chianti, Ribera del Duero, Borgoña, Mendoza o el Valle de Guadalupe; sin embargo, quién es el fabricante y el empeño que éste pone en su vino es esencial para hablar de prestancia tras un buen sorbo de vino. Así, nuevas bodegas han nacido a la sombra del brillo de un talento demostrado. Desde algunas que se han dado a la tarea de privilegiar el uso de métodos tradicionales de fabricación modernizados por los avances tecnológicos de nuestros tiempos, hasta complejas interpretaciones de la uva basadas en la fabricación libre y experimental de vino en pequeñas cantidades.

EL ÚLTIMO DÍA DEL VIAJE recuerdo que visitamos los campos de Santo Tomás, y nos recibió una bella rubia ataviada con su traje de vendimia, una pañoleta en la cabeza y un gesto sensual propio de un cuadro de Monet. Mientras mi compañero de viaje se esmeraba en fotografiar a un cuervo que colgaba muerto del mástil de viñedo, como amenaza a los de su especie para no acercarse a las uvas, empecé a caminar con ella hacia la bodega donde añejaban en barricas francesas sus nobles vinos. Sibarita extremo, me puse el buzo de empleado de campo que ella me ofreció y acepté de sus angelicales manos una copa que sirvió desde la barrica con una yarda de ordeña de cristal. Tocamos las copas y dimos el primer sorbo. Yo observaba como sus labios se iban mojando con vino tinto, fue entonces que ella me tomó la mano y la puso en su mejilla, se acercó y me besó con los labios todavía húmedos del vino. Acercó su cuerpo a mí, giró su rostro y me abrazó. Así como el señor del vino decide dejar la piel de la uva junto a su jugo en el proceso de fermentación y con esto lograr que el vino tome esas tonalidades entintadas y oscuras, yo no hice más que aceptarla entre mis brazos y permanecí inmóvil, dejé su atuendo como piel y le confié a la añoranza del día siguiente la tarea de desnudarla paso a paso mientras me iba derritiendo en ese recorrido. Unos minutos después se escuchó que alguien se acercaba desde el exterior; ella se separó de mis brazos, me entregó una botella de vino sin etiqueta y con una lágrima en el rostro se marchó sin más; estremecido yo volví al auto donde Joaquín me esperaba y partimos de regreso a Tijuana para tomar el vuelo de vuelta a casa.

FINALMENTE, DESPUÉS de perder el vuelo de esa noche, logramos regresar a casa un día tarde para la celebración de mi entonces novia; llegué a casa solo y con la botella de vino especial para agregar

a mi valiosa colección. Iba como despertando de un sueño cuando descubrí que mi colección de vinos había desaparecido. Recuerdo que esa noche escribí unas letras rodeado de una copa de vino, unas rebanadas de pan bañados por aceite de oliva italiano, queso manchego semi-maduro, aceitunas manzanilla de Andalucía y jamón serrano engendrado en el pueblo de Vic dentro del norte Catalán; esa noche fue larga, yo seguí soñando embriagado con ese beso y con la libertad de un buen vino servido en mi copa ya nunca más guardado en el rincón de una cava de colección... Así las cosas, espero que la traición a mi memoria no haya dejado algunas manchas fuera, pero si así lo fuere seguro estoy que ellos estarán conscientes de su eternidad. ☐





Dieter Nohlen.

Diccionario de Ciencia Política

México: Editorial Porrúa México y El Colegio de Veracruz.

2 volúmenes, 785 y 1529 pp., ISBN 970-07-6115-0

(con la colaboración de Rainer-Olaf Schultze y 161 científicos).

Con el entusiasmo de quien escribe su primer libro, el profesor Dieter Nohlen ha conseguido, luego de un arduo trabajo,

que uno de sus mayores anhelos se hiciera realidad: la publicación de una versión en español de su reconocido *Lexikon der Politikwissenschaft*, que compiló con la colaboración del profesor Rainer-Olaf Schultze y que hasta el momento sólo se había publicado en alemán (2002, tercera edición, 2005). Esta versión del *Diccionario de Ciencia Política* no fue una simple traducción de los vocablos publicados en el original sino que supuso la inclusión de nuevos conceptos, la sustitución y eliminación de otros; la adaptación de muchos de los términos a la realidad hispanoamericana así como también la adecuación de las referencias bibliográficas a los materiales que están accesibles en español.

EL DICCIONARIO ES UNA OBRA QUE ABORDA las herramientas conceptuales, metodológicas y teóricas de la ciencia política de una manera sistemática. El objetivo es revisar el modo en que se han definido los conceptos, las metodologías que se han empleado y las teorías que se han utilizado para explicar diversos fenómenos políticos. Esto diferencia a la obra de otras enciclopedias de la política o incluso de otros diccionarios de política como el publicado por Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (Madrid: Siglo XXI, 1991). Aquí no se trata de estudiar fenómenos sino de revisar el modo en que se han estudiado e identificado las relaciones entre los diversos conceptos y los enfoques teóricos que le han dado sustento. Por tanto, este trabajo no es sólo un diccionario de política sino un manual, donde conceptos ordenados alfabéticamente, se interrelacionan y referencian mutuamente.

EL VOLUMEN I DE LA OBRA ESTÁ PRECEDIDO POR UN ENSAYO introductorio sobre cómo enseñar y cómo estudiar ciencia política. En el texto, Nohlen manifiesta su preocupación por el desarrollo de la ciencia política como disciplina científica; su vinculación con la evolución política de cada país y su papel como una especialidad estrechamente relacionada con la democracia, al punto de que resulta imposible su ejercicio sin un contexto de pluralismo y competencia política. Además, presenta un rico esquema respecto a la enseñanza de la disciplina, definiendo su campo de estudio, su método y su diferenciación de la política cotidiana. Este análisis resulta muy útil para ayudar a delimitar el ámbito de estudio de la ciencia política, en un contexto como el latinoamericano, donde durante décadas ha estado abandonada, debido a las interrupciones autoritarias y sultanísticas. Esto ha provocado que bajo su nombre se enseñaran conte-

nidos que estarían lejos de su ámbito de interés, si se lo compara con el de universidades europeas o estadounidenses, y ha fomentado un desarrollo desigual de la disciplina en la región, como bien se ha podido comprobar en la reciente investigación desarrollada y publicada por la *Revista de Ciencia Política* de Chile.

EN CUANTO A LA PRIMERA CUESTIÓN, el objeto de análisis de la ciencia política, se pueden diferenciar tres áreas. Primero, la de la *teoría política*, en la que a su vez se encuentran tres subáreas: la de la historia de las ideas, la de la teoría política moderna y la de la metodología en ciencias sociales. Segundo, la de la *política comparada*, que está subdividida en tres dimensiones: la de la forma, el proceso y el contenido de la política (lo que en inglés se diferencia como *polity*, *politics* y *policy*). Tercero, la de las relaciones internacionales, donde se incluye tanto la política exterior, las relaciones intergubernamentales y entre diversas manifestaciones de la sociedad civil o el nivel supranacional. Estas tres áreas no pueden analizarse de manera autónoma, sino que viven constantemente interrelacionadas. Por lo que aún cuando uno se especialice en una materia, el estudio siempre debe integrar a las demás.

RELACIÓN A LA SEGUNDA DIMENSIÓN, en cuanto a cómo enseñar ciencia política, el autor señala que se debe emplear el pensamiento lógico y sistemático, esto es, difundir la lógica de la argumentación, que permita diferenciar al interior de lo conceptual. En la siguiente cuestión, se plantea la necesidad de emplear el método comparado para la investigación en ciencia política. Urge implementar contenidos donde se enseñe la política comparada como algo clave en la investigación politológica. Nohlen alerta respecto a que en América Latina se ha desarrollado más la comparación histórico-cronológica y mucho menos la sistemático-comparativa. Por eso resulta clave que introducir asignaturas que enseñen a comparar a los estudiantes y que se desarro-

llen investigaciones a partir de emplear comparaciones internacionales sobre la base de tipologías y evidencias empíricas.

FINALMENTE, en el artículo introductorio, el autor destaca el hecho de que la reflexión científica se debe separar de la política cotidiana, del mundo de la opinión y del compromiso ideológico. La investigación politológica debe estar exenta de las pasiones partidistas o interesadas. La enseñanza de la disciplina debe estar en un nivel de abstracción lo más alto posible, como “algo lejano y fuera de la política” (p. xxiv), para de esa manera convertir a la política en objeto de estudio. Todo esto supone sustituir la “cultura de la opinión por la cultura del argumento” (p. xxv), algo que no estaría de más tener en cuenta en algunos centros que dicen enseñar ciencia política en América Latina.

ESTA OBRA SE CONVERTIRÁ en un libro de consulta obligada para profesores y estudiantes de ciencia política, por varias razones. En primer lugar, debido a la exquisita sistematización y rigurosidad con la que se ha trabajado cada uno de los conceptos. En segundo lugar, porque dado el conocimiento sobre América Latina del compilador, la obra ayuda a ubicar estos conceptos en la tradición teórica y empírica latinoamericana. En tercer lugar, porque tras la traducción al español, es posible ubicar el desarrollo bibliográfico de esos términos en materiales accesibles para el investigador hispano interesado. Con ello, la obra permite tener a la mano un estado de la cuestión de las principales publicaciones realizadas sobre América Latina en diversas líneas de la investigación. Finalmente, el libro resulta un aporte excelente para el conocimiento de las herramientas metodológicas aplicables a la investigación politológica, dando cuenta del interés del profesor Nohlen por el desarrollo de una ciencia política lógicamente argumentada, metodológicamente rigurosa y sistemáticamente estructurada en la región. 

FLAVIA FREIDENBERG
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



